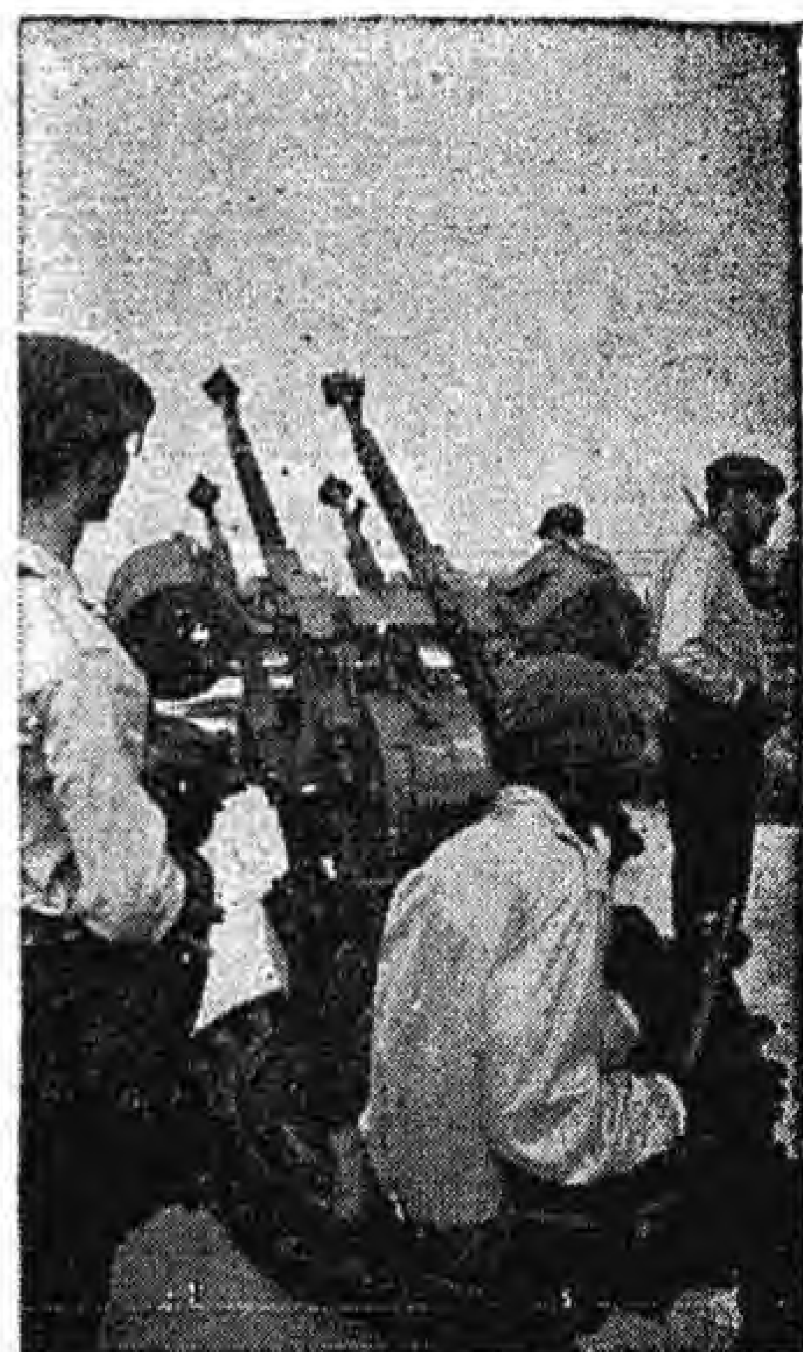
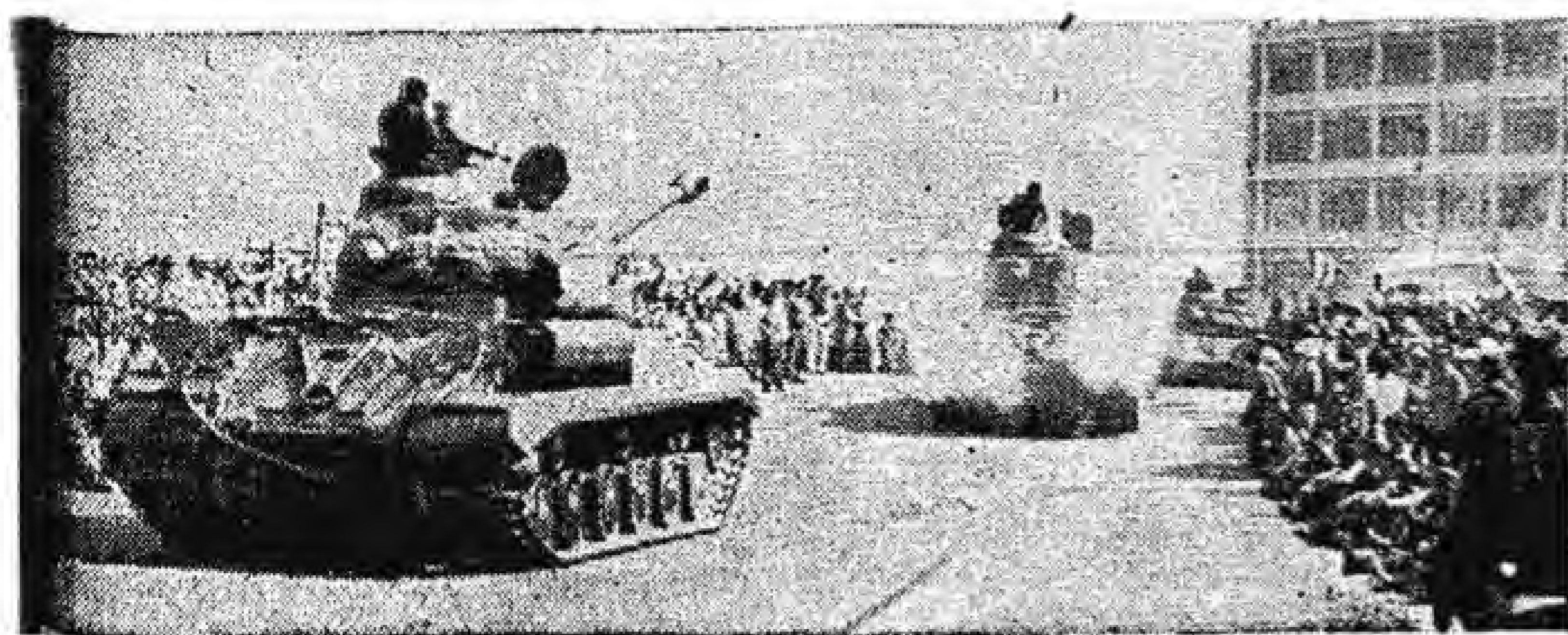




EL DESFILE DE LOS HOMBRES

EL II ANIVERSARIO Y LUNES DE REVOLUCION



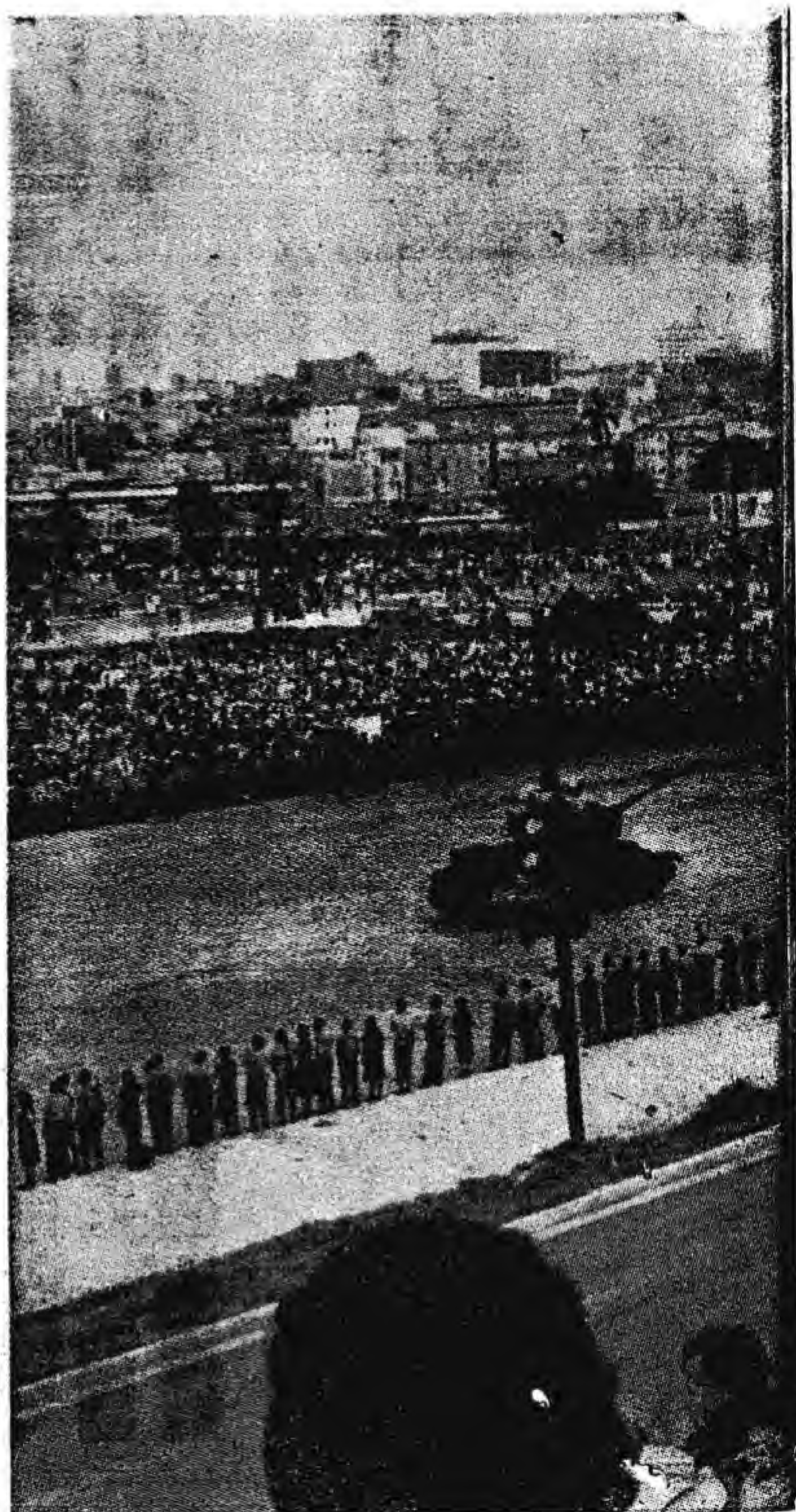
director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando Fernández
director artístico: raúl martínez
portada de: tony évora
fotos: mayito, salas, korda, liborio y ernesto.
número 89 enero 4,1961

Para los contrarrevolucionarios y para los imperialistas se organizó el desfile. Para ellos, que tienen ojos y no ven y oídos que no oyen, estas fuerzas armadas, desfilando por horas y horas, les metieron por ojos y oídos la rotunda afirmación de la Revolución Cubana: ¡Patria o Muerte!

Este desfile no se organizó para que armas y entorchados relumbraran, o acaso para dar al pueblo una tarde espectacular. A pesar de la belleza que supone una parada militar, el Gobierno Revolucionario tiene la suficiente austeridad para pasarse sin ella. Más todavía, como su objetivo es la paz, como su meta no es el armamentismo ofensivo ni la aventura guerrerista, no ha mostrado sus armas en son de guerra, de desafío o de pura bravata. Por el contrario, las desenfundó para avisar a los vendepatrias y a los imperialistas que no estamos, según piensan ellos, haciendo un mal cálculo, ni indefensos ni acobardados.

La verdadera importancia del desfile radica, pues, en el coraje del pueblo y en la fe revolucionaria implícita en este coraje. Más que con el dinero, es con la fe y el coraje que el pueblo ha adquirido las armas para defenderse: aquí una metralleta son dos metralletas y un tanque son cinco tanques. Estados Unidos tiene más tanques, aviones y hombres que nosotros, pero no defiende ninguna causa, como no sea la del colonialismo y la rapacidad. Nosotros, en cambio, defendemos la libre determinación de un pueblo a regir sus propios destinos, y, si compramos armas, no lo hacemos con ánimo guerrerista, mas por el contrario, para preservarnos de las amenazas del imperialismo. Sin duda el Gobierno Revolucionario preferiría comprar más tractores, crear más cooperativas, instalar más fábricas, pero en vista de los mil peligros que amenazan a la Pa-

EDITORIAL



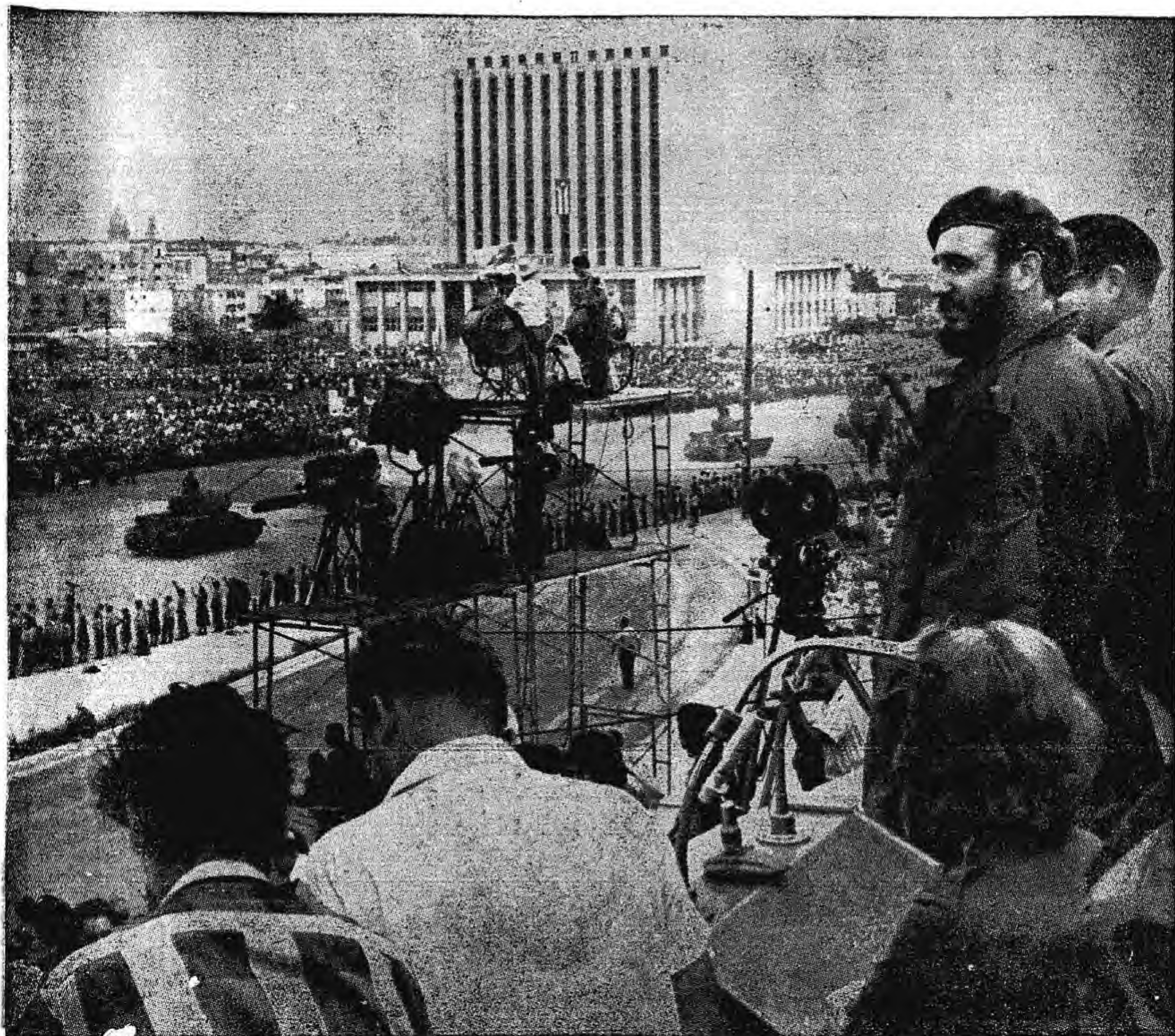
ría ha sido necesario ponernos, como se dice, en pie de guerra.

El pueblo ha visto por sus propios ojos el material defensivo de que dispone el Gobierno de la Revolución, ha visto los efectivos y ha visto a los hombres y mujeres encargados de manejar esas armas modernas. Ante el inminente peligro de una invasión armada, a tiempo avisada por nuestro máximo líder, un desfile como el de la tarde del dos de enero es una seria advertencia para aquellos que siguen creyendo ingenuamente que los "guatemalazos" están a la orden del día y que la conciencia nacional es una palabra hueca.

En LUNES, tan pronto se supo que tendría lugar el desfile, surgió la idea de reseñarlo. Esto no es inusitado, por cuanto el magazine ha dado fe —escrita y gráfica—, de los grandes momentos del Gobierno Revolucionario, pero en el caso particular del magno desfile, nuestra "movilización" tendría que ser más total: el equipo completo de LUNES amén de otros escritores y artistas invitados han sumado sus esfuerzos para reseñarlo en todos sus pasos. Es así que distribuyendo a sus hombres en sectores de tiempo y espacio, se ha logrado plasmar, como el lector verá inmediatamente, todo lo acontecido desde la hora cero del día dos hasta la terminación del discurso de Fidel. LUNES pretende haber captado el verdadero rostro de este desfile que es, en definitiva, un hermoso acto de afirmación revolucionaria. Cree haberlo captado en la vibración del pueblo, en el rostro sudoroso del miliciano, en el entusiasmo de la muchedumbre ante las armas prestas a defendernos en la palabra aleccionadora de Fidel.

Y estas palabras LUNES las recoge íntegramente no sólo por su importancia histórica y por ser un alto instante político, sino porque sin ellas este día glorioso para la Revolución cubana queda incompleto —quedaría incompleto también LUNES si no culminara nuestros testimonios—.

Quede pues, este número de LUNES como el testimonio histórico de una jornada decisiva de la Revolución.



JOSE PARDO LLADA

Los invitados a Cuba para celebrar el segundo aniversario de la Revolución. Los invitados a la tribuna para acompañar a los líderes revolucionarios, para ver el desfile del pueblo armado, para estar con el pueblo, en el pueblo; los invitados y sus anfitriones dan sus palabras de saludo, de apoyo, de respeto y cariño al pueblo cubano y son Pablo Neruda y Rosaura Revueltas, U.M. Chernyzhev, V. Poliakovsky, Shen Chien y James G. Endicott; Robert Taber y Omar El Gammal, Virginia Grutter, David Ledesma y Alvarez Menéndez, Richard Gibson, Saul Landau.

Pablo Neruda

Felicidades. Patria o Muerte. Venceremos. Este es el desfile Grandioso del 2do. aniversario de nuestra Gloriosa Revolución.

Juan Almeida

El desfile es una muestra del poder militar de esta Revolución invencible. Una muestra del alto grado de organización alcanzado por el Pueblo armado que en corto tiempo se ha constituído en el más formidable ejército del mundo.

Capitán Emilio Aragonés

Este formidable desfile de fuerza militar garantiza al pueblo de Cuba que la Revolución es invencible.

Raúl Cepero Bonilla

Ministro de Comercio

Ante ésta manifestación de fuerza popular podemos asegurar al enemigo que un pueblo en el poder es invencible. Muerte para los invasores y traidores. ¡VENCEREMOS!

R. Curbelo

Ministro de Comunicaciones

Hoy, en el segundo aniversario del triunfo de la revolución, hemos visto cumplido el pensamiento de Camilo Cienfuegos. El pueblo uniformado responde a la agresión imperialista alistando sus armas para la defensa de la patria.

Como nunca se siente el fervor y el patriotismo de los cubanos dignos.

Hoy está más segura la soberanía de nuestro pueblo, porque en sus manos están los fusiles para defenderla y en su pecho el convencimiento firme de morir antes de ser esclavos.

La F.E.U. saluda la firmeza revolucionaria y junto con el pueblo proclama la muerte para los invasores, el paredón para los terroristas y la unidad indestructible en el cumplimiento del deber con nuestros mártires.

Rolando Cubela **A. Quevedo**

Estaríamos orgullosos de pertenecer a un ejército como éste.

Las armas que presentamos al pueblo están en las manos legítimas del pueblo para defender su libertad y Futuro glorioso.

Rolando Díaz Aztaraín
Ministro de Hacienda

V.M. Chermyzhev

Radio Moscú

El desfile y demostración del pueblo cubano para el 2do. aniversario de la Revolución es magnífico. El pueblo cubano está determinado a defender su causa de independencia y reforma con la ayuda y la voluntad de todos los pueblos del mundo amantes de la paz, la Revolución cubana ciertamente triunfará. Este hecho fortalecerá grandemente la paz mundial.

James G. Endicott
Delegado del Consejo Mundial de la Paz

El desfile ha mostrado un poco de las fuerzas armadas de la Revolución. Sin embargo, el arma grande de la revolución, la decisiva es otra que no se ve: el formidable espíritu revolucionario de nuestro pueblo. Más que nunca unión, producción, defensa y conciencia revolucionaria. Con ello, con nuestra voluntad de vencer con nuestra civilización, con Fidel al frente, no habrá quien pueda detener la marcha gloriosa de la revolución. Venceremos.

Aníbal Escalante

Me sentí muy impresionado por el acto de hoy. Lo más impresionante fueron las milicias populares para la Revolución. Había un inmenso número de tanques y me impresionaba ver cómo la Revolución pudo entrenar todo este número de personas en tan poco tiempo.

Con frecuencia pienso en lo que he visto, la Revolución es muy poderosa y los contrarrevolucionarios no tienen el menor chance de triunfar.

OMAR EL GAMMAL,
Embajador de la RAU.

"Ya adultos, nos ha sucedido que Cuba cambia nuestro mundo, con su verdad. Y es tal vez uno de los misterios del proceso revolucionario: el hombre, que creía la vida ya para siempre delimitada, descubre que todo puede cambiar y se renueva. Cuba marcha en armas, y nos duele de cierta manera tener que alegrarnos, pero así es: con ella marchamos todos, con la esperanza. Y al lado del pueblo de Cuba, y al lado de la palabra de Fidel, una vez más definimos en la esperanza.

VIRGINIA GRUTTER

Presenciando unidos esta tarde al pueblo y el Ejército Rebelde, ambos armados poderosamente para defender nuestra libertad, no digamos: **Venceremos**; gritemos mejor: **¡Hemos vencido!**

NICOLAS GUILLEN.

Una vez más el pueblo Revolucionario de Cuba dice presente al llamado de la Patria amenazada por el imperialismo Yanqui. Con la consigna de PATRIA O MUERTE ¡VENCEREMOS!

Capitán Felipe Guerra

Una Revolución capaz de organizar la fuerza que vemos en el Segundo Aniversario, es realmente triunfadora. Venceremos.

Dr. ARMANDO HART,

Ministro de Educación.

La extraordinaria fuerza moral de la Revolución cubana tiene ya el parangón material de una fuerza física, que en esta conmemoración el pueblo cubano ha tenido la oportunidad de apreciar en la muestra que desfiló marcialmente. Con esta magnífica conjunción de fuerzas, la Revolución cubana es invencible en su responsabilidad universal de líder en la batalla de abatir para siempre al Imperialismo.

¡Viva la Revolución cubana!

¡Viva por la libertad de todos los pueblos!

GUILLEN

Omar El Gammal
Embajador de la R.A.U.

"De Cuba vamos llenos de verdad, de esa Verdad que esconden cautelosa y arteramente las ratas periodísticas a sueldo y tinta de A.P y U.P.I.; prometemos a nuestros hermanos cubanos decir esta verdad a toda voz y en todas partes, porque nadie que haya visto y sentido lo que nosotros aquí en Cuba, puede negar que la Revolución cubana es la más grande conquista de un pueblo en lo que va de siglo y que este pueblo respalda a su líder como un solo hombre. El camino que Cuba señala es la única ruta digna para los pueblos de Latinoamérica. ¡Ojalá pronto Ecuador posea su Fidel Castro!"

DAVID LEDESMA

Las impresiones de anoche me dejaron agobiada. Hubiera querido tener unos brazos inmensos para abrazar a este pueblo entrañable y una garganta inmensa para decirle te amo y con mi pequeña insignificante persona, pero con todo mi corazón estoy contigo.

Mario Kuchilán

Este desfile, además de enseñar al pueblo cuan rápidamente se aprestan sus hijos para su defensa, es una demostración de las fuerzas verdaderas que defienden todo lo ganado hasta hoy en todos los aspectos. Que se atrevan los agresores, que continúen en sus planes agresivos que esas mismas fuerzas con la consigna de "Patria o Muerte" les harán morder de una vez por todas el polvo de la derrota acelerando, aun más la caída en barrera del imperialismo con toda su secuela de ignominias.

En este 2do. aniversario de la caída de la tiranía un caluroso saludo al heroico pueblo cubano.

Pedro Miret

"Es el día de hoy, cuando cubanos y hermanos del mundo hemos conmemorado el segundo aniversario de la gloriosa e inexpugnable revolución, con la que hemos entrado en una nueva etapa de la historia mundial. Veo muy cerca la caída del imperialismo y no hay duda alguna de que si Cuba es invadida los pueblos del orbe asaltarán el poder para instaurar, definitivamente, un mundo ético, donde la palabra Hombre sea escrita con honor. Fidel Castro, como líder de Hispanoamérica, ha roto el mito de la desunión que tanto lamentó Andrés Bello en el siglo pasado".

ALVARO MENENDEZ FRANCO, miembro del Consejo Municipal de Panamá.

El Acto más emocionante a que he asistido: las armas en las manos del pueblo para defender a Cuba, orgullo de América y corazón de los pueblos.

PABLO NERUDA.

El poder militar junto a la razón del pueblo de Cuba es lo que hace invencible a nuestra Revolución y a nuestra Policía. ¡VENCEREMOS!

J. Naranjo
Ministro de Gobernación

La respuesta junto a su Gloriosa Revolución y frente al Imperialismo es ésta formidable celebración del II aniversario que asegura cientos de aniversarios más.

Carlos Olivares
Ministro Interino de Estado

El pueblo ha visto con orgullo el desfile de sus fuerzas. Nunca un ejército fue más querido por un pueblo que éste de milicianos, soldados y policías rebeldes que hoy adelantó en impresionante avance el recibimiento que espera al invasor.

Los cañones, los tanques, las antiaéreas, los fusiles y las populares "metralletas checas" ratifican hoy en el mudo lenguaje del acero el grito del pueblo: "PATRIA O MUERTF

José Pardo Llada

Sabíamos que la Revolución es poderosa por la razón que la impulsa, por el formidable pueblo que la sustenta y la lleva adelante, por los líderes que la dirigen, por el respaldo de los demás pueblos hermanos que necesitan revolución, por el apoyo de los países socialistas de quienes nos habían dicho tantas mentiras y calumnias como hoy dicen de la Revolución cubana; y desde hoy sabemos que es poderosa también por la cantidad y calidad de armas modernas que posee y por el formidable ejército que las usará: el pueblo de Cuba. Todos los factores anteriores unidos hacen que nuestra Revolución sea invencible ¡VENCEREMOS!

Faustino Pérez

Mi pobre castellano no me permite expresar bien todo lo que siento al asistir al gran desfile del 2 de enero. ¿Qué me impresionó especialmente? No son las armas, aunque son buenas. Me impresionó más que todo la unidad del pueblo con su gobierno revolucionario, con su líder máximo Fidel Castro. Esta unidad es la garantía de la victoria definitiva del heroico pueblo cubano. Y esta victoria es inevitable porque al lado del pueblo de Cuba están todos los pueblos pacíficos del mundo y entre ellos el pueblo soviético.

¡Viva el 2do. aniversario de la revolución de Cuba! ¡Viva la amistad cubano-soviética!

Vadim Poliadovsky

Corresponsal de la revista "En el exterior" que se edita en Moscú

Lo más saliente de este desfile del 2do. aniversario es, precisamente, que la Revolución llega a su segundo año. El imperialismo norteamericano, los criminales de guerra, la oligarquía destruida de los grandes terratenientes, hacendados e importadores, no han perdido sus sueños de recuperación. Y el desfile de hoy les muestra tres elementos decisivos: El pueblo, las fuerzas armadas revolucionarias —pueblo en armas— equipadas ya de manera insuperable y la solidaridad internacional expresada en la presencia de nuestros mil visitantes.

Es la respuesta de Cuba a la nueva tentativa de atacarnos, una respuesta que reafirma el grito unánime de "Patria o Muerte". ¡Venceremos!

Carlos Rafael Rodríguez

La realidad triunfante de nuestra revolución es una: contra la agresión del vil imperialismo yanqui, el pueblo de Cuba armado junto a los demás pueblos del mundo dará al traste con las falacias de dominación mundial de las fuerzas retrógradas de la humanidad.

La Revolución y su pueblo han triunfado.

Fernando Ravelo

El desfile de hoy demuestra a los imperialistas y sus miserables lacayos quintacolumnistas que la revolución no solo tiene al pueblo en alma y corazón, sino que tiene también las armas para enfrentar cualquier provocación. La Revolución exhibe sus fuerzas: que las vean los criminales y cobardes antipatriotas. La revolución es invencible. Hoy tiene dos años. Y seguirán muchos años de luchas de triunfos y victorias. ¡VENCEREMOS!

Blas Roca

TESTIMONIOS

TESTIMONIOS

Vadim Poliakovsky,

El acto de hoy es maravilloso, el pueblo de Cuba tiene que decir lo mismo que digo yo.

Emilia Goriarán
Madre del Cte. Camilo Cienfuegos

Rosaura Revueltas

Mirando el desfile ya no podemos decir que es lo más grande y hermoso que hemos visto en dos años, cada cosa es más y más, y cada emoción es más grande: pensamos, con esto, con nuestro pueblo y con Fidel nadie podrá arrebatarnos nuestra Revolución.

HAYDEE SANTAMARIA,
Directora de
"La Casa de las Américas"

Este acto está muy bien organizado. Con este acto vemos la decisión del pueblo cubano para defender su patria. Vemos el gran trabajo hecho por el Gobierno cubano durante los dos años transcurridos. También vemos la confianza y el amor del pueblo cubano hacia el Gobierno revolucionario y los dirigentes del Gobierno. El pueblo chino está muy contento al ver que el pueblo es más fuerte cada día más.

SHEN CHIEN

Los veo desfilar... son milicianos impregnados del color de trincheras abiertas para defender la patria. ¡Que vengan! ¡Venceremos!

Ernesto Vera

Impresionados más allá de toda posibilidad, nos sentimos más firmes y seguros que nunca. ¡VENCEREMOS!

E. Vázquez Candela

La anunciada intervención del Imperialismo yanqui, en connivencia con las fuerzas negativas de la ignorancia, el crimen y la explotación, encontrará la adecuada respuesta del Poder Revolucionario y del pueblo de Cuba.

El desfile del equipo militar de la Revolución Cubana evidencia que ya el pueblo tiene suficientes efectivos para erradicar para siempre los rezagos de la explotación, y las amenazas de un imperialismo que languidece sin gloria, bajo el paso arrollador de un pueblo que defiende sus legítimos intereses. "Patria o Muerte". ¡Venceremos!

Dr. Alfredo Yabur
Ministro de Justicia

Dos de enero 1961.—día caliente en este invierno tropical con sol y luz: alegría para los que vivimos aunque antes se sufrió y se luchó "útilmente"; recuerdo y gratitud para los que todo lo dieron hasta la vida que se les fue entre torturas de los asesinos y la indiferencia de los pancistas de siempre, realización de lo que para ello sólo fue utópico y lo dieron todo; nosotros no tenemos razón para quejarnos de nada —la queja es la justificación del carácter: sólo ellos tienen derecho a quejarse si les traicionamos— nunca será inútil su sacrificio: cero compasión para quienes no las tuvieron con ellos y no la tienen con la patria que no dudan en intercambiar por un miserable plato de "lentejas yanquis".

Llegamos sobre las 9 a. m. Departimos con muchos amigos cuya mano nos trajo el cariño de su corazón unificado en el sacrificio por la patria que es prójimo y sacrificio.

Remontamos la subida hasta el pedestal de la "estrella" y vimos la gigantesca realización en piedra de Martí aunque pensamos ¿a qué precio en sangre y pesos?

Luego llegó Fidel y con él la vida y el aliento. Con él Dorticós —que es decir la República Revolucionaria— y en el séquito fue arribando a la Tribuna el gobierno en pleno. Fidel me tendió la mano del corazón que estrechamos con nuestra diestra e intercambiamos gestos y sonrisas de hombres. Saludé al señor Presidente vestido de "miliciano". Luego el desfile, pueblo y milicianas. Representativa de todos los cuerpos armados: arma al brazo. Pueblo curioso regado por todo el trayecto del desfile para verlo muchas veces e ir al final dando un complemento de masas hacia la Plaza Cívica.

Pensamos en el miedo razonable de los pusilánimes y traidores porque con la hoja de güerra de sus estériles ambiciones no lograrán frenar ni menos dar marcha atrás al proceso de la Revolución Cubana de Fidel y de su pueblo. Anhelamos que los engañados —de buena fe: por temor— sepan rectificar a tiempo y que equivocarse y rectificar es de quienes son seres racionales, los otros son animales.

Es sólo por ellos, por ellos en la generosidad de la Revolución Cubana que no quiere hacer otra cosa que construir. Hoy debe ser día de meditar y reflexionar: un pueblo decidido a defenderse con medios y coraje para ello es algo que debe hacer pensar a quienes no se arrinconen en la estupidez de sus desmedidas ambiciones. Hoy desprecian nuestra invitación a la meditación rectificadora; pero acaso mañana recuerden agradecidos. Sólo cumplimos un deber, cumplir con la Patria. El desfile apoteósico: Ejército en oleadas verde-olivos con sus armas bien acatadas y dispuestas a todo, —armas largas de todo tipo: hasta bazukas. Luego en sus ruedas los morteros. Luego los largos cañones anti-tanques. Tras ellos los de tiro rápido 122. Todos en sus dotaciones. Luego los tanques con su cañón: sobre su monotonía impresionante los tanquistas y sus banderas. Una gran música de tanques para hacer "pachangueros" al imperialismo yanqui y todos sus lacayos. Tras el desfilar de tanques la sonrisa de Fidel: yo rubrico la de él con mi humilde gesto de aprobación y alegría. Fidel que es Verbo —y el Verbo se subraya con las armas en la hora presente del mundo y de Cuba—, pero Fidel es el cerebro y el brazo de la Revolución Cubana: es una síntesis de Martí y Maceo en versión de actualidad cubana y mundial. Tras las armas, oleadas inacabables de milicias de todos los sectores. Tras ellos el oleaje de esa floración que son las mujeres decididas a defender la patria, intercambiados sus artículos femeniles por las armas defensoras de la libertad: es el cariño tras la fuerza y todo al servicio de la libertad para la que nos creó Dios.

Mujeres dos veces en sus vestimentas, en sus gestos y en su decisión por defender a Cuba. Luego la infantería de todas las milicias y tras lo mostrado un etcétera de lo que queda regado por Cuba, evitando en campos y ciudades: costas y cielos la sorpresa asesina de los yanquis y sus lacayos de dentro y fuera, y al final el verbo encendido de Fidel; Patria para todos los buenos cubanos. Muerte "abrasadora de nuestros campos" de los que osen invadirnos o agredirnos; y al final venceremos y siempre Cuba será el pueblo que luchó por su libertad aun a cambio de sacrificio y de la vida.

Un pueblo así ni retrocede ni se vende, ni se alquila.

Honor a los que lo dieron todo: nosotros debemos sacrificarnos porque esto no sea frenado ni hecho retroceder.

Dr. Germán Lence.

R

Carlos Olivares

A la sombra de José Martí en la tarde del 2 de enero, mientras un pueblo libre y determinado demostraba su voluntad de seguir existiendo, obtuve el convencimiento más firme que nunca de que esta revolución que se inició en Cuba era ahora la revolución de las Américas. También era la mía; Se trataba de una revolución no sólo del Caribe, de la América Latina, sino también de la América del Norte. Esto que pasaba ante mí no era un ejército extranjero, sino una demostración vibrante y cálida de un pueblo armado y alerta dispuesto a defender no solamente sus hogares, su país, sino también a pelear por el derecho de todos los hombres del mundo a liberarse de la ignorancia y la pobreza, así como de la tiranía extranjera y nacional.

Los maestros voluntarios, que desfilaban orgullosos ante el Presidente y el Primer Ministro, estaban armados con algo más que simples armas automáticas. Estaban armados con una fe en la dignidad del hombre, conscientes de que el pensamiento y la acción deben unirse para barrer con la ignorancia y la desesperanza de siglos de opresión. Yo, un negro norteamericano, sólo podía pedir que este ejército de luz un día liberara a mi pueblo que aún vive en cadenas en ese país que vanamente se jacta ante el mundo de ser una democracia modelo.

Las armas modernas, el espíritu del entusiasmo y disciplina de las milicias me impresionó, pero más que eso me impresionó el enorme sentido de dedicación a una causa justa que se desbordaba mucho más allá de las costas de Cuba y que tiene una significación vital para todos los pueblos de este hemisferio. Si este ejército tenía que luchar contra un agresor del Norte, pelearía contra un imperialismo que ha oprimido a sus hermanos, así como a los pueblos de la América Latina, y me di cuenta de que su victoria sería también nuestra propia victoria. Se ha dicho hace mucho tiempo que ningún pueblo que oprime a otro es libre. No hay más que examinar a los Estados Unidos hoy en día para confirmar esto.

Pero la Revolución cubana es el principio del fin de una era de ignorancia, pobreza y opresión en este hemisferio. Y si estos valientes hombres y mujeres tienen que pelear para probarlo, su solo ejemplo amenaza a los mercaderes de la muerte y a los que se alimentan de la miseria humana que tratan de prevalecer sobre las fuerzas de una humanidad en pie. Lo sé. Esta revolución es mía y en su éxito está mi propia liberación y la de mi pueblo, tanto negro como blanco.

RICHARD GIBSON

Desde el alba hasta la puesta del sol, columnas de milicianos desfilaban ante la tribuna. Allí había visitantes de todo el mundo, pero para los visitantes norteamericanos, la visión de los trabajadores y campesinos provistos de armas automáticas significó temor y felicidad. Tuvimos miedo, miedo de que nuestro gobierno cometiera el crimen increíble de atacar a esta pequeña isla de libertad; miedo de que estos trabajadores y campesinos tuvieran que usar sus armas contra los infantes de marina norteamericanos. Sin embargo, también conocemos la felicidad y la certidumbre, el conocimiento de que estos hombres y mujeres milicianos iban si era necesario a dar sus vidas por la más noble de las causas, para defender su libertad, su país, su revolución.

Algunos norteamericanos habían preguntado: "¿Por qué no hay elecciones libres?" Hoy obtuvieron la respuesta. Dar armas al pueblo es demostrar mucho más confianza en él (es saber que está con su gobierno) que realizar las ceremonias electorales. La posibilidad de unirse a la milicia, de morir por su país, he ahí la verdadera posibilidad. Qué tontas parecerán a estas gentes nuestras "elecciones libres". Recordé el dilema que confronté en las elecciones de noviembre. Podía votar, podía elegir. Pero la elección ya había sido hecha por mí. La selección de los candidatos no la había decidido yo, y muchos negros norteamericanos no habían podido ni siquiera votar, decidir qué fanático debía cerrar las escuelas del Sur. Qué farsa la de la prensa americana al decir que en Cuba no hay libertad.

Hablé con los rusos. Era una oportunidad única. Los pocos rusos que pueden llegar a los Estados Unidos se ven limitados en sus viajes. Sólo ven lo que el Departamento de Estado quiere que vean. Hablé con chinos. Nunca había hablado con un chino desde su Revolución. Miramos pasar a la Milicia. Para ellos era una afirmación de algo que él conocía como la realidad: "El pueblo", me dijo, "triunfará en todo el mundo. Cuba es el primer paso en la América Latina, pero ¿y su país?" Me sentí avergonzado. "Espero que algún día vendrá a mi país", le dije. Aplaudimos a los milicianos.

Fidel comenzó a hablar.

SAUL LANDAU

Sentado en un banco de piedra frente al monumento del gran José Martí en la Plaza Cívica de La Habana, traté de olvidarme del tremendo colorido y la excitación de un momento de gran drama en la breve historia de la Revolución cubana y consideré la paradoja que se desarrollaba ante mí.

¿Qué paradoja? Pues que todo este despliegue militar —Fidel Castro mirando hacia el horizonte mientras se aproximaban más y más unidades militares, el ominoso ruido de los tanques, el eco de mil pisadas, las bocas de los cañones antiaéreos buscando los cielos de Cuba, las brigadas de morteros, las ametralladoras, las muchachas de lindos uniformes y los serios muchachos con sus rifles nuevos no representaban la guerra ni el deseo de la guerra ni propósito agresivo alguno, sino la determinación sobria de un pueblo de buscar su propia felicidad y su tranquilidad nacional.

El fatalismo y el deseo de la muerte implícito en el tradicional desfile militar no estaba allí, como tampoco estaba la arrogancia del militar de profesión ni la idea mal oculta de agresión.

Lo que uno veía no eran guerreros en sentido tradicional (para los chinos civilizados el soldado de oficio ocupaba el lugar más bajo y despreciado de la escala social) sino una ciudadanía en armas. Y las armas, aunque formidables, parecían en manos de

estos jóvenes no tanto armas como simples herramientas con que habrían de realizar una tarea difícil y posiblemente desagradable —si había que hacerla.

Esto, es claro, es simplificar mucho las cosas. Los tanques, los morteros, las antiaéreas, los rifles móviles, las filas interminables de milicianos, desfilando ante la tribuna hora tras hora, simbolizaban también la soberanía joven y celosamente guardada de Cuba.

Estos no eran soldados, sino pueblo, gente, y no recibían sueldos. Esto quizás no tenga interés para el inversionista cuyos bienes han sido confiscados, que usa a los contrarrevolucionarios cubanos para recuperar sus perdidos ingresos, o para los militaristas que desean la guerra o para los reaccionarios que exigen intervención militar inmediata y directa para aplastar la Revolución cubana a fin de que no contagie.

Pero yo tuve la impresión —sentado entre las delegaciones extranjeras y contemplando su reacción— que la opinión mundial no aceptará nunca el crimen que se propone. Y tuve además la impresión de que el mundo está contemplando algo nuevo y vital que nace aquí en Cuba, que viene al mundo en una corriente poderosa de energía que ya atraviesa el hemisferio y cruza los océanos, para dar nuevas esperanzas y revitalizar la imaginación de los oprimidos del mundo.

Y todo con un toque de pachanga. Qué sorpresa ver el cohete americano, que pensábamos que se había desintegrado por toda la provincia de Oriente, cuidadosamente armado y puesto allí para que todo el mundo lo viera.

"¡Mírala, que linda viene!" Quizás —pensé yo— hay aquí más simbolismo que en todo lo demás.

ROBERT TABER

Yo he viajado antes —Méjico, Francia, España, Marruecos— pero ahora, sólo a noventa millas de mi país (y en tan pocos días de ausencia) padezco la peor de las nostalgias. Porque jamás me sentí más alejado, tan desligado, en tan completo exilio... Los Estados Unidos están a solo noventa millas de Cuba; pero nosotros vivimos a mil años luz de la verdad y del honor.

Es difícil escribir cosas como estas —el rencor me ahoga las palabras y cuando pasa la cólera siento una gran lástima por todos nosotros— por nuestra patética arrogancia imperialista, nuestro desesperanzado destino como víctimas. Se me nublan los ojos...

Escribo estas cosas por sentirme obligado —primero conmigo mismo— para purgar la cólera, y tal vez como un acto de penitencia por cada uno de los aspectos de mi pasado, por mi participación (los impuestos que he pagado, las mentiras de las que me he hecho eco) en nuestro destino miserable. Pero también obligado con la gente que no me juzga por lo que hecho y por las cosas que deseamos hacer.

Hasta esta semana no sabia lo mucho que me importa mi país (la sofisticación callosa que cultivamos es la armadura necesaria contra el dolor que esta noche me despedaza) —pero ahora, en mi desolación, en la vergüenza que padezco como un norteamericano, súbitamente entiendo las hermosas posibilidades del patriotismo.

Y ahora descubro en nuestro sucio mundo oficial y en nuestra increíble deshonesta prensa la fuente de mi cólera. Han empoercado nuestra herencia (**Ethan Allen y The Green Mountain Boys**) los han transformado en espías al servicio de C. I. A., impulsando a las clases parásitas de La Habana a comenzar una contrarrevolución) y han reducido nuestro lenguaje a un balbuceo paranoico que refleja la senilitud nacional. Así como sus amos, las iluminadas corporaciones, han ensuciado nuestro paisaje con la misma tranquilidad conque robaban a medio hemisferio.

Yo no puedo siquiera refutar las mentiras. Mi pluma queda millas detrás de mi pensamiento y mi pensamiento es un siglo detrás de mis sensaciones. Tal vez más tarde, pueda yo escribir con más coherencia, pero en el presente ya es suficiente poder decir que los hechos están todos al alcance de la mano (ver los libros y artículos publicados por C. W. Mills; **Anatomía de una Revolución** de Huberman y Sweezy y **Cuba Libre** de LeRoi Jones, publicado en el No. 2 de la Revista Kulchur). Lo que para mí permanece indescriptible es el espíritu que mueve a estas gentes, y la fuerza que impulsa esta fantástica Revolución.

Yo no se hasta cuando podré oir a los cubanos decirme lo que esta Revolución significa para ellos; de las esperanzas que ahora tienen, las maravillas que han alcanzado y la vida que antes tuvieron que soportar. Pero si yo debo vivir con mi propia vergüenza de patriota, al menos puedo unirme a ellos, como un ser humano, en su orgullo.

Entiéndase entonces, por qué es tan difícil y tan maravilloso decir "Cuba sí, Yankis No!"

Marc Schleifer

R

Entre los mútiples colaboradores que han hecho posible este número habrá siempre que señalar al poeta José A. Baragaño porque colaboró en su confección, estuvo durante todos estos días en servicio militar y porque participó del desfile como un miliciano del pueblo.



UN POEMA EN LA PLAZA CIVICA

(fragmento)

Pablo Neruda y Matilde Urrutia estuvieron entre los primeros con Fidel Castro en la tribuna. Allí en el transcurso del desfile Neruda dictaba versos, corregía versos, se los decía a sí mismo repitiéndolos hasta dejarlos en el poema que en la noche daría al pueblo de Cuba, a sus milicianos, a sus soldados, a los líderes revolucionarios, a los visitantes extranjeros y al Continente Americano. Luego dirá cómo el poema se inició durante el trayecto a la Plaza Cívica, cómo crecía con la multitud, cómo quedó con él entre los hombres que le oyeron.

Neruda nos había dicho de su entusiasmo por la lectura de poemas para las grandes masas. Anoche junto a Nicolás Guillén compartió el fervor de un pueblo y su revolución.

Ahora anticipamos a los lectores de "LUNES" un fragmento del poema de la Plaza Cívica.

Pablo Neruda

5

Nuestros pueblos lucharon y perdieron
y fueron traicionados sus amores
digamos la verdad: sólo el dinero
nos gobierna con sus gobernadores,
y contra Cristo el espantoso clero
moviliza sangrientos tenedores.

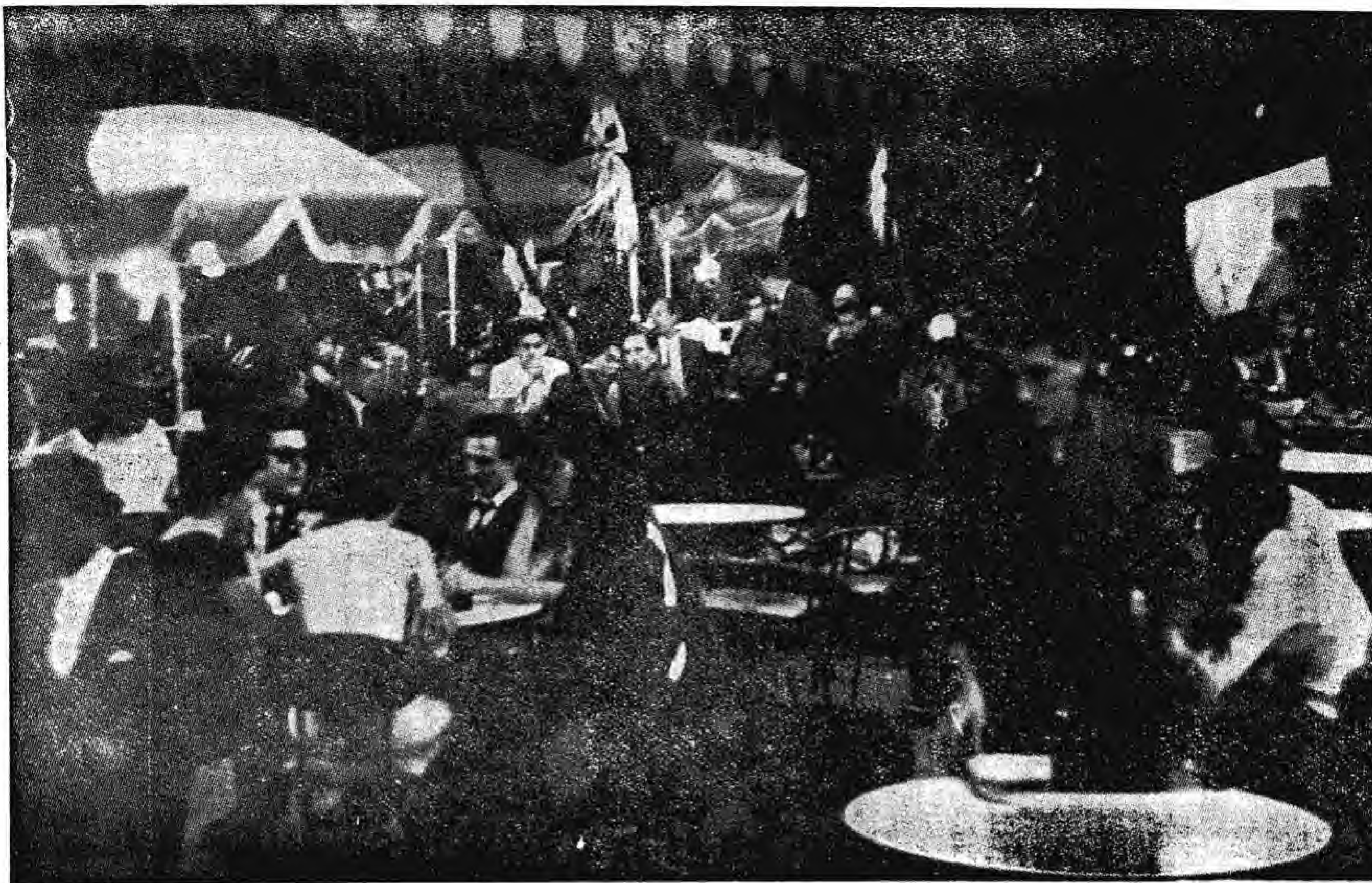
El pobre, el negro, el indio, los mineros,
los campesinos entre sus terrones,
los pobres diablos desde Enero a Enero
de la patria tuvieron sólo el miedo,
y de la democracia las prisiones,
y de la tierra sólo el agujero
donde los enterraron a empujones.

Esta es la historia amarga, el desafuero,
la patria de castigo y sudores
que los pueblos de América tuvieron
y yo soy el poeta verdadero:
la representación de sus dolores.

6

Por eso Cuba todo lo que espero
es que aniquiles a los invasores,
entrégales la tierra que perdieron
para colonizar estas regiones:
que tengan tierra pero en los cementerios.

Cuba si te defiendes, nos defiendes.
Si desfalleces, desfalleceremos.
Ayúdanos venciendo a tu enemigo.
Enseñando, sembrando, construyendo,
y piensa que te ven millones de ojos
y eres el corazón de nuestros pueblos.
Ellos te dicen: "Aquí estamos, Cuba"
"Sólo con tu victoria venceremos".



Por AMBROSIO FORNET

LA MADRUGADA DEL 2 DE ENERO

Contemplo desde el portal la fachada de la Biblioteca Nacional, anaranjada y rojiza. Las ventanas de los edificios públicos están iluminadas: una luz azulosa contra la que se destacan inquietas las palmas y las banderolas de papel que se estremecen sobre los oscuros milicianos de guardia.

Mayito llega vistiendo su flamante uniforme de miliciano y nos dirigimos a la Plaza Cívica. El semáforo hace un guiño verde y una decena de faros tienden franjas lechosas sobre el pavimento y se alejan en dirección a Ayestarán. En la semipenumbra se oye el taconeo rítmico de un pelotón que baja hacia la Plaza. A ratos se escucha una voz de mando seguida de un choque simultáneo de talones y de un breve silencio.

Frente a la tribuna y a ambos lados de la avenida los milicianos se alínean en atención, de espaldas y de frente a la grave estatua sedente de Martí; no son más de cien; algunos llevan dos noches sin dormir y viéndolos uno se pregunta si no estarán durmiendo de pie, como los árboles; pero al pasar ante ellos se percibe una mirada alerta y los rostros van haciéndose perfiles que nos siguen discretamente hasta que damos con el responsable.

El responsable de guardia es un teniente, ligeramente cargado de espaldas, con la boina terciada sobre la ceja izquierda. El es, en efecto, el responsable, pero no el r e s p o n s a b l e m á x i m o y por lo tanto lo siente mucho pero no puede autorizarnos a tomar fotografías. Mayito ha insistido en que se encienda el juego de reflectores que hay frente a la tribuna, para poder hacer tomas de conjunto; el teniente se encoge de hombros: si fuera por él, con mucho gusto, pero...

Decidimos hacer un recorrido por la ciudad. Al acercarnos al automóvil se oye un tintineo de botellas y el golpe seco de cajas al ser depositadas en el suelo. Mayito blande la cámara y escuchó el *clic* del obturador antes de columbrar unas cajas apiladas y el espinazo curvado del obrero que las descarga de un carrito y que al notar la presencia del fotógrafo se yergue bruscamente: "¡Aguanta, que me perjudicas!" —y pega un salto que lo sitúa fuera del ángulo focal de la cámara. Esta se ha vuelto hacia otros obreros que continúan el trasiego mientras el que ha gritado explica: "Es que no me conviene que mi jeva me vea en esto de los refrescos, ella cree que yo soy técnico de televisión. Me coge en esto y me choteo".

Atravesamos la explanada en dirección a Paseo. Los milicianos de posta parecen columnas truncas de una rotonda monumental y arruinada. En el trayecto distinguimos bultos que la oscuridad confunde con los árboles o con un trozo de noche más espesa; pero rematando los bultos se advierte, contra el gris de la madrugada, la boca de un cañón antiaéreo que vela apuntando hacia la luna cenicienta detenida sobre el edificio del Teatro Nacional. Son las mismas baterías que guardan el Malecón y las zonas costeras de la Isla. Mayito me cuenta que los artilleros cubanos han demostrado ser capaces de montarlas en menos tiempo que los mismos fabricantes; esto además de parecerme admirable, me parece extremadamente saludable: no es lo mismo











fabricar armas que tener que descargarlas contra un súbito atacante.

Por 23 el movimiento de automóviles y peatones es intenso y más allá lo es tanto que, más que medianoche, parece mediodía. Un vigilante dirige el tráfico al compás con el semáforo y otros dos han empezado a montar una barrera en la esquina del INIT. A todo lo largo de La Rampa circula un público en traje dominguero y aquí y allá se ven damas negras y blancas que abrigan sus hombros con pieles blancas y negras. A simple vista se nota que algunos transeúntes son extranjeros: un moreno rostro ovalado de cejas espesas o la piel lechosa de unas pantorrillas van sugiriendo las nacionalidades. Frente al edificio del Retiro Médico los transeúntes se arremolinan ante una mesa atendida por milicianos de ambos sexos; es el Banco de Sangre Cubano que funciona en el sótano y el coordinador de propaganda del Cuerpo de Sanidad de las milicias nos invita a visitarlo. Veinticuatro horas atrás ha comenzado allí un desfile insólito y continúa efectuándose, y Goizueta no quiere que perdamos detalles; está emocionado y habla incesantemente del hermoso espectáculo que es la generosidad humana. Sucedió que además de los innumerables cubanos que diariamente donan sangre en el Banco, empezaron a llegar de pronto salvadoreños, costarricenses, mexicanos, venezolanos, norteamericanos... Una joven pareja de esta nacionalidad conversa en el saloncito de espera aguardando su turno; les pregunto sus nombres y luego de consultarse con una ojeada rápida él exclama: "¡Qué diablos!" y se presenta, añadiendo con un suspiro de resignación:

—Sé que ahora mi gobierno me va a perseguir cuando regrese.

En la cafetería varios donantes reponen fuerzas y, al fondo, yacen en seis camillas otros tantos donantes que miran al techo con leves parpadeos mientras el cuerpo facultativo del Banco atiende el lento proceso de la transfusión.

Dos jóvenes norteamericanos comentan que lo que más les ha llamado la atención es que aquí "todos están dispuestos a dar, sin pedir nada en cambio". Los observo: al más alto le cae sobre la frente un mechón de pelo rubio y lacio; el otro asiente al comentario de su amigo, carraspea y pasa un dedo a lo largo de su nariz ganchuda..

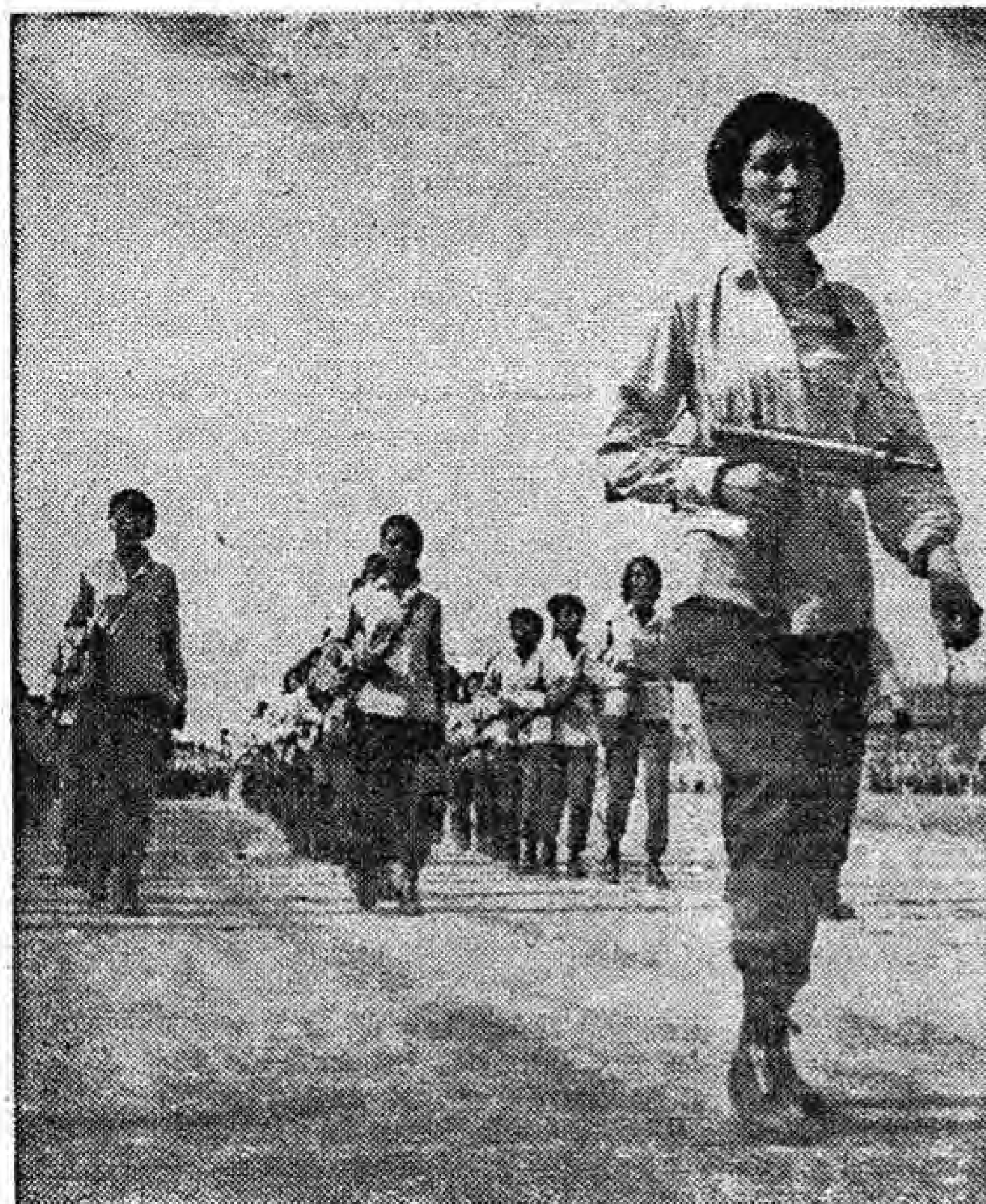
Raquel y Dolores, las recepcionistas, refieren algunas anécdotas.: una mexicana a la que el médico no le permitió donar sangre debido a su baja presión "se puso tan pesarosa" que prometió llevar a todos los miembros de su Delegación para compensar su deficiencia. Goizueta no se cansa de encomiar la labor de sus compañeros, desde los médico hasta las milicianas del ACAT que los ayudan. "Son héroes —dice".

Al salir miro el reloj: las dos.

En el vestíbulo del *Habana-Libre* hay un ir y venir de huéspedes que se acercan a la carpeta, esperan los ascensores y se pasean entre la fuente y los emparrados. Una joven —cubana— se inclina hacia la joven de ojos azules sentada frente a ella y comienza a explicar con entu-







siasmo en qué consiste eso de los cuarteles que de pronto se convierten en escuelas. Un grupo heterogéneo desciende por la escalera, sale y se encamina hacia el parque del INIT. En la acera se han instalado dos puestos de pan con lechón que están haciendo su zafra. Bajo las anchas sombrillas del merendero hay un murmullo de conversaciones y un chocar de vasos; los camareros discurren entre sillas y mesas con andar de malabaristas envarados en solemnes uniformes rojos. Juan Charrasqueado intenta cruzar la calle seguido de cerca por la voz aflautada de un bromista; se detiene, vuelve la cabeza y al advertir la presencia del fotógrafo se apresura a desenfundar un pavoroso revólver de hojalata: en lugar de disparar, sonríe mordiendo el tabaco y se ladea brevemente el sombrero.

En L nos detenemos a tomar un café y de pronto alguien nos hace señas: el norteamericano del mechón en la frente se aproxima seguido de su amigo el de la nariz ganchuda. Jadeando nos explican que no, que no vienen a tomar café, sino a aclarar que lo que dijeron no lo dijeron en nombre de todo el grupo de estudiantes que han venido con ellos desde Utah —¿o Idaho?— a ver de cerca la Cuba Revolucionaria. No querían que fueran a comprometerse y ellos mismos... "Es por el FBI, ¿sabe?" —explica a modo de excusa el rubio pelilacio. "No es que tengamos miedo —advierte su compañero— Es que, bueno, usted sabe... todavía no hemos terminado el Bachillerato".

Son casi las dos y media y estamos de regreso en la Plaza Cívica. Noto ahora la parisiense ocurrencia de un precavido que ha sembrado de casetas-mingitorios el borde de la avenida. Preguntamos por el responsable pero parece que no ha llegado todavía. Los miembros de la *Compañía 25 de Comodoro* siguen alineados en actitud de atención, de espaldas y de frente a la azulosa estatua de Martí. Reconocemos a Nuez, el dibujante, con su afilada barba de cardenal renacentista. El teniente que ha sustituído al anterior se diferencia de aquél en que es mucho más corpulento y muchísimo menos indeciso. ¿Unas fotos para *Revolución*? La compañía está a punto de hacer un relevo y cambio de guardias, pero el teniente da cuatro gritos y manda a formar los pelotones, que en breve comienzan a aparearse frente a los reflectores encendidos.

—¡Compañía 25: a formar! A ver si encontramos novia cuando salgamos en el periódico. ¡Este pelotón aquí! ¡Cerrando compañía para salir en el periódico! Los sargentos de espalda a la Compañía, para que salgan también ¡En atención!

Mayito protesta y le señala al teniente que quiere algo "más informal".

—¿Más informal? —repite el teniente, un poco desconcertado ante semejante capricho—. Bien, compañero. A ver, Compañía 25: a discreción... ¡descansen!

Se levanta un murmullo de las filas y Mayito se interna en ellas disparando la cámara a diestro y siniestro. El teniente grita: —Compañía 25: ahora nadie está cansado, ¿eh?

De las filas sale una voz que es coreada por otras.

—¡Con usté hasta el fin del mundo, teniente!

"Están aquí desde las diez —murmura el teniente, como hablando consigo mismo— y estaremos aquí hasta que nos ordenen lo contrario" — y alzando la voz:

—Bueno, ahora en atención. Compañía 25. ¡porten... armas! Compañeros: "porten armas" es así, fíjense bien: *así*, aquí arriba. Vamos, vamos, los zurdos como si fueran derechos. A ver: ¡porten armas! Bien, así se hace. Fotógrafo, a ver: ¡cámara, luz, acción!

La jornada de los puestos de comidas y refrescos ha empezando. Un miembro de la Cruz Roja sopla una cucharada de sopa humeante, entre dos bostezos. Los puestos parecen ser anónimos y lo son, pero sólo para el público; entre ellos se identifican como *La Oriental, El Cariñoso, El Rey de la Frita*. Los propietarios han llegado a la amistad a través de varias concentraciones.

—Venimos cayendo juntos desde la Declaración de La Habana —explica uno.

El de El Cariñoso tiene contratiempos con el fogón y no se cansa de repetir:

—Pero qué se yo de fogones. Yo no soy cocinero; yo soy barbero.

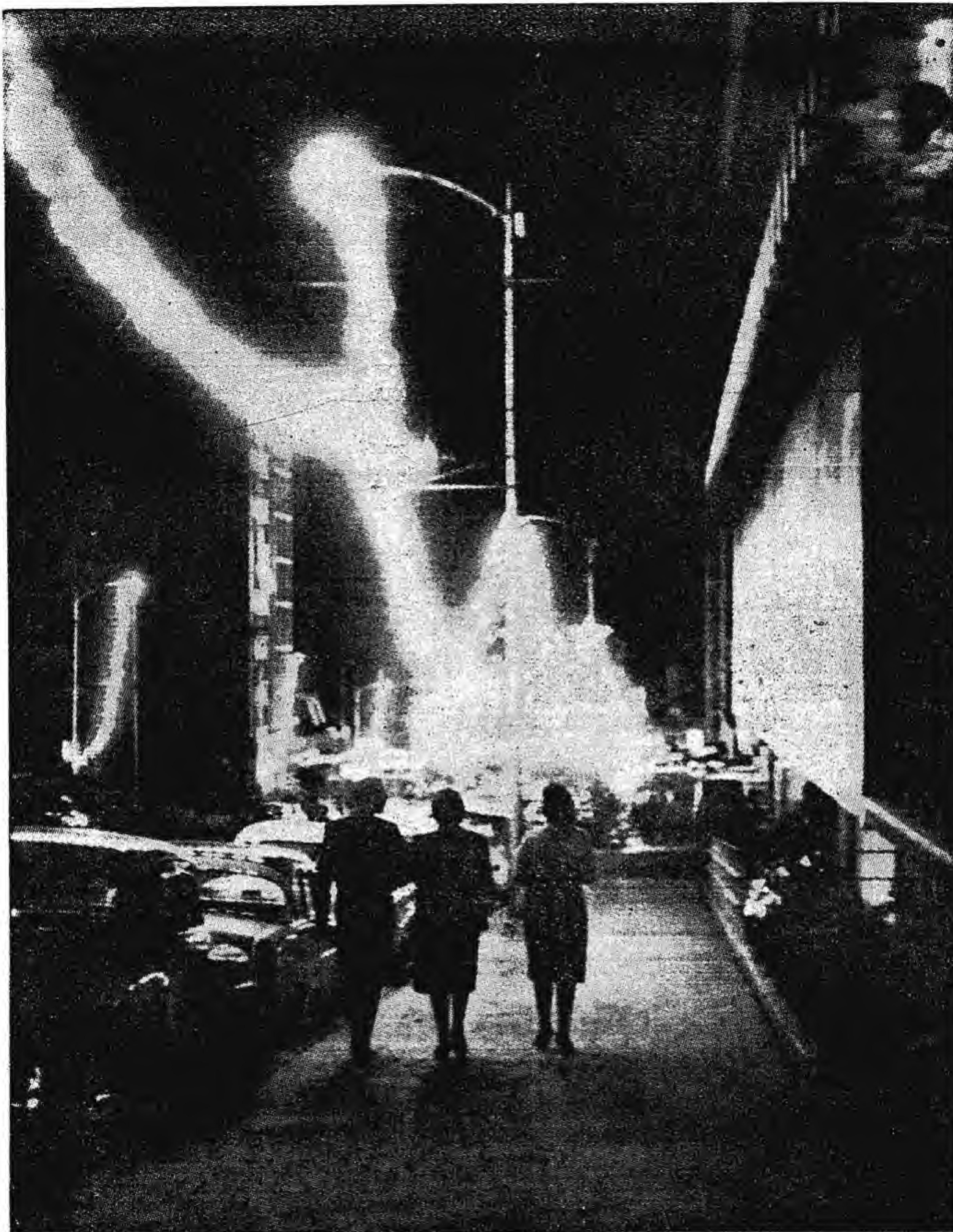
Alguien se brinda a echarle alcohol a la mecha pero él se niega enérgicamente.

—Agradecido por la atención, compañero, pero si se le echa ahora, esto vuela. Agradecido, compañero...

—No, no, compañero, no hay problema; yo lo hacía por ayudar.

A las cuatro de la mañana el Parque de la Fraternidad no tiene un solo banco vacío ni una pareja que no se sienta influída por el nombre. Cruzan la glorieta tres músicos abrumados por el peso de sus instrumentos de percusión; vienen seguramente de los jardines del Capitolio y uno de ellos va tarareando al ritmo de sus pasos mientras los otros lo siguen cabizbajos.

La Estación del Ferrocarril está desierta. Los trenes de milicianos no llegarán hasta un poco más tarde. El guardajurado nos señala el patio que les corresponde, pero nuestra ronda termina a las seis de la mañana y ya no alcanzaremos a presenciar la llegada. Por Monserrate los trasnochadores se agarran a los últimos mostradores y grupos dispersos esperan en las esquinas las guaguas que no acaban de llegar. Damos una vuelta por los muelles. Nos



cruzamos con un carretón tirado por un caballo huesudo que lleva cascabeles en el horcate, como los percherones de Saboya. En las callejuelas de La Habana Vieja hay un silencio espeso que rasga de súbito la caída de un latón de basura y el aullido desolado de un perro. A trechos, milicianos y escurridizas siluetas de milicianos asoman detrás de una columna o a la entrada de viejos edificios.

Vamos en busca de un café con leche caliente y lo encontramos finalmente en una cafetería de Neptuno. Está repleta. Cerca de nosotros un hombre de sienes canosas mastica penosamente un trozo de carne mechada y su acompañante, una jovencita de ojeras lívidas y pulseras doradas, trata inútilmente de pinchar la aceituna que salta como un grillo en el plato.

Calle de Monte abajo, a las cuatro de la mañana, pasa un vestido de glasé contoneándose y un brazo agitando una cartera guarnecida de mostacilla. Hay sombras más espesas que las sombras en los portales y a la luz de un farol observo en un rincón una pierna solitaria que sale del fondo de un montón de periódicos desparramados en el suelo. Un gato barcino sale repentinamente de una bocacalle y casi de inmediato lo vemos en la acera opuesta desentendido de los frenazos y las maldiciones.

Se nos ocurre que en algún punto de las inmediaciones de la ciudad debe de haber algún contingente de milicianos en marcha. Pasamos por Cuatro Caminos, donde los trasnochadores de sopa de mariposas se confunden ya con los madrugadores de café con leche y el semáforo es un artefacto superfluo ante el atrevimiento de los transeúntes. De una barra llega la voz pastosa de un cantante que se enlaza con el ritmo de las maracas..

Palo, palo, palo,
palo, palito, palo-é

En la carretera encontramos el Batallón 113, de San Francisco de Paula. Veinte camiones repletos empiezan a calentar los motores para iniciar la marcha sobre La Habana. Desde un punto indeterminado de un palmar dividido por una guardarraya, el teniente da órdenes y un miliciano nos pide noticias frescas, pues hace cuatro días que no tiene tiempo de mirar un periódico. Acaricia su metralleta y comenta:

—Los estamos esperando... ¡Los estamos esperando!

El responsable del transporte me muestra su boina verde olivo:

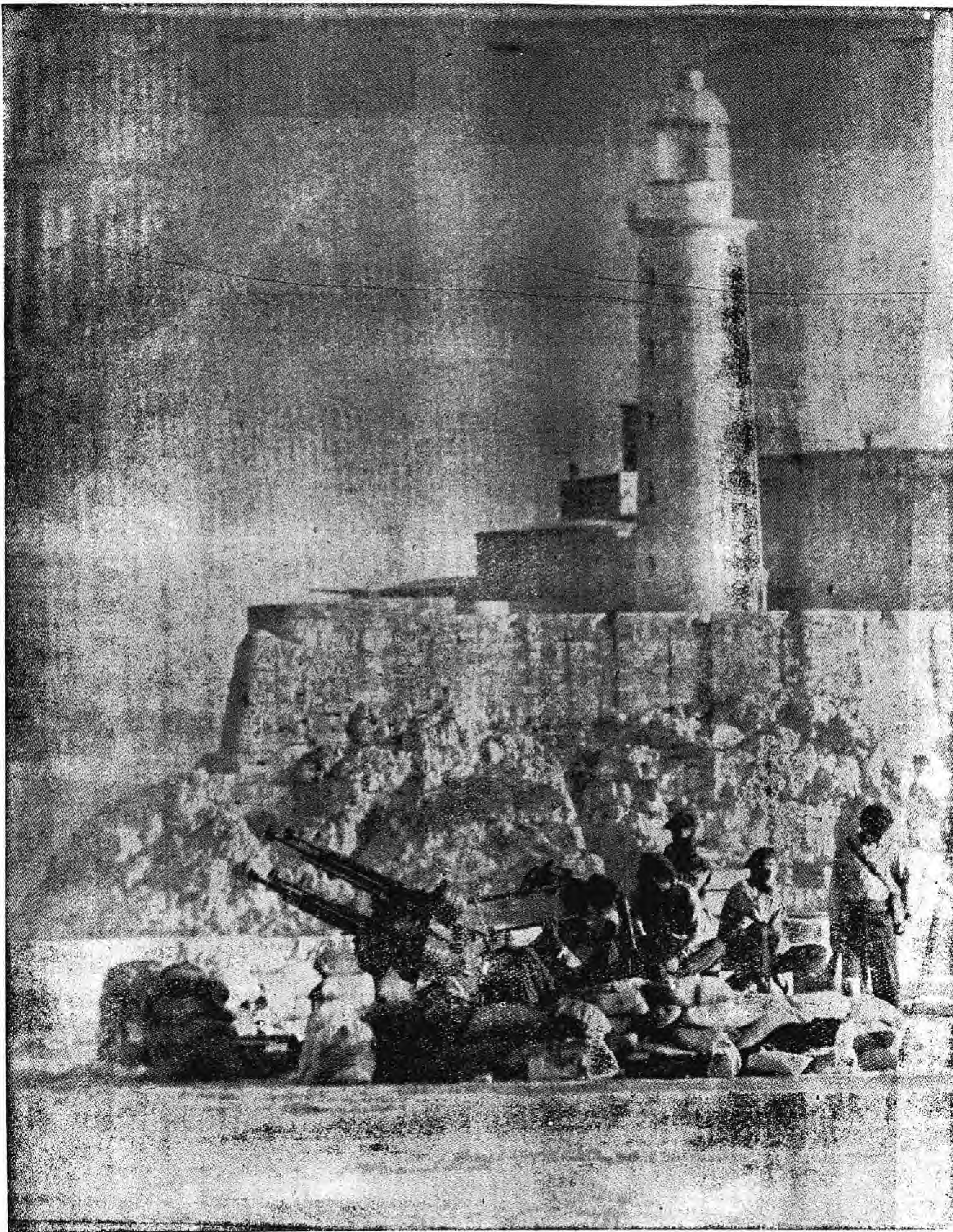
—¡Mire qué paño, compañero!

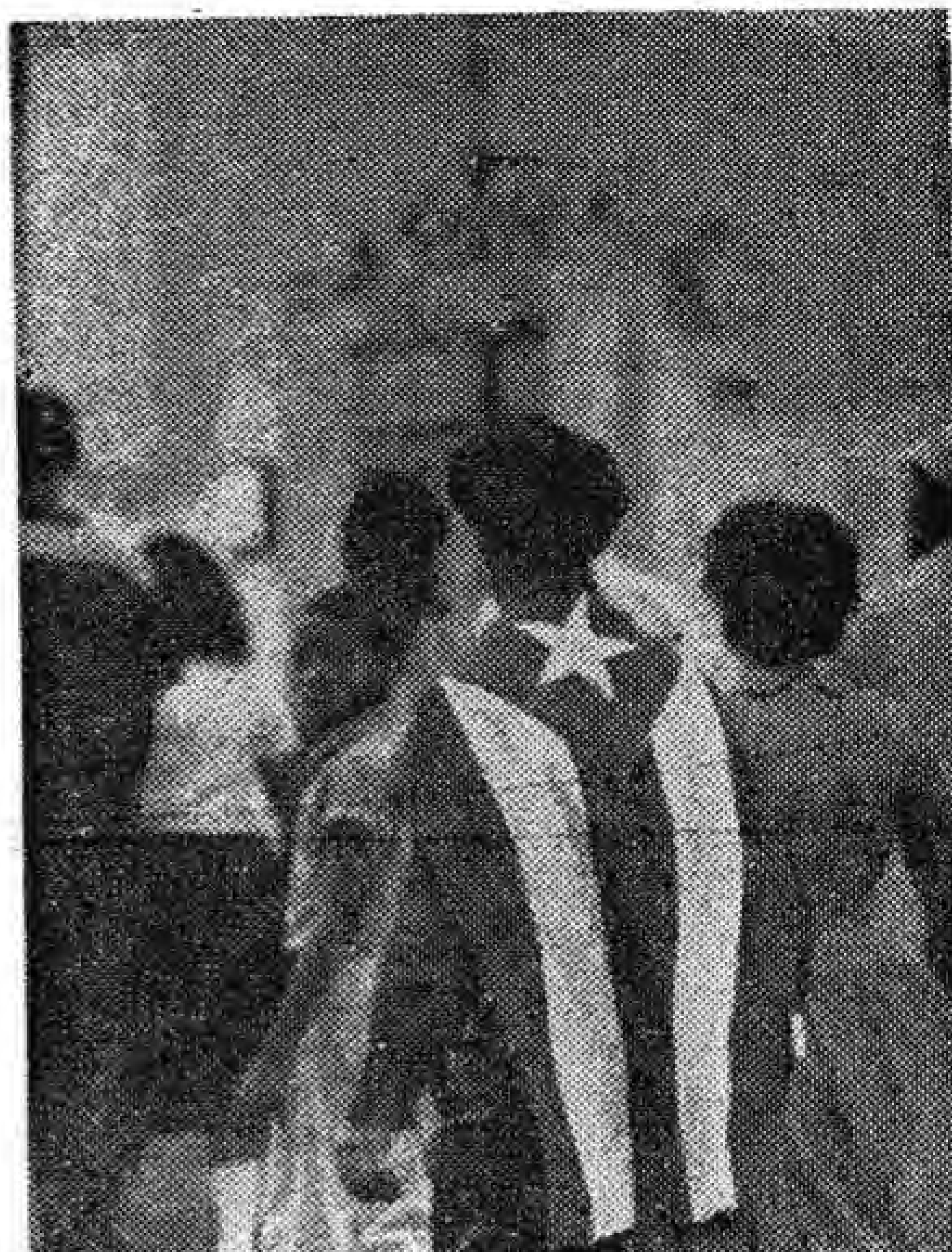
Mayito arranca consignas revolucionarias, armas en alto y hasta aplausos cuando inicia los nerviosos disparos de su cámara.

La atmósfera ha empezado a aneblarse y la línea del horizonte blanquea mientras un aire frío nos hace cerrar las ventanillas. De regreso nos encontramos con que todas las calles de acceso a la Plaza Cívica están bloqueadas y hay órdenes de no hacer excepciones salvo por algún motivo más que justificado. La labia de Mayito y el carnet del periódico da suficiente justificación a nuestro motivo y logramos franquear. Ayestarán. En la Plaza han instalado los equipos de cine, las cajas de botellas han dasaparecido y el **Rey de las Fritas** atiende a la clientela madrugadora Un muchacho dormita en la acera de la Biblioteca, cuya fachada principal sigue iluminada tras una esquemática decoración de ojivas.

Los mismos milicianos hacen la misma guardia y vuelvo a preguntarme si no estarán durmiendo de pie, como los árboles.

Una niebla blanquecina se desparrama sobre la explanada desierta.





2 DE ENERO
UN PUEBLO Y SU REVOLUCION

Por LUIS AGUERO

EL PRIMER ENCUENTRO

A las seis de la mañana, en enero, la calle Línea es un largo, estrecho desierto de asfalto y luces de mercurio.

A esa hora buscaba un taxi que me llevara a REVOLUCION. Estaba citado con Mayito, el fotógrafo, para una misión extraordinaria: Recoger un testimonio de lo que sucedía en la ciudad durante toda la mañana. Y era una misión extraordinaria porque extraordinario sería lo que sucedería ese día: Era Dos de Enero: Se celebraba el II Aniversario de la Revolución Cubana.

Transcurrió aproximadamente media hora, antes de que pasara un taxi libre.

El chofer, con cierta desconfianza, me preguntó dónde iba.

—A REVOLUCION —dije yo.

Emprendió la marcha Línea arriba, hasta llegar a G. Allí un policía nos detuvo.

— Voy a coger por jé —dijo el chofer.

—Por jé, nada —terminó rotundo el policía.

Esta fue, hasta entonces, la única prueba que tuve de que aquel día sería distinto a los demás.

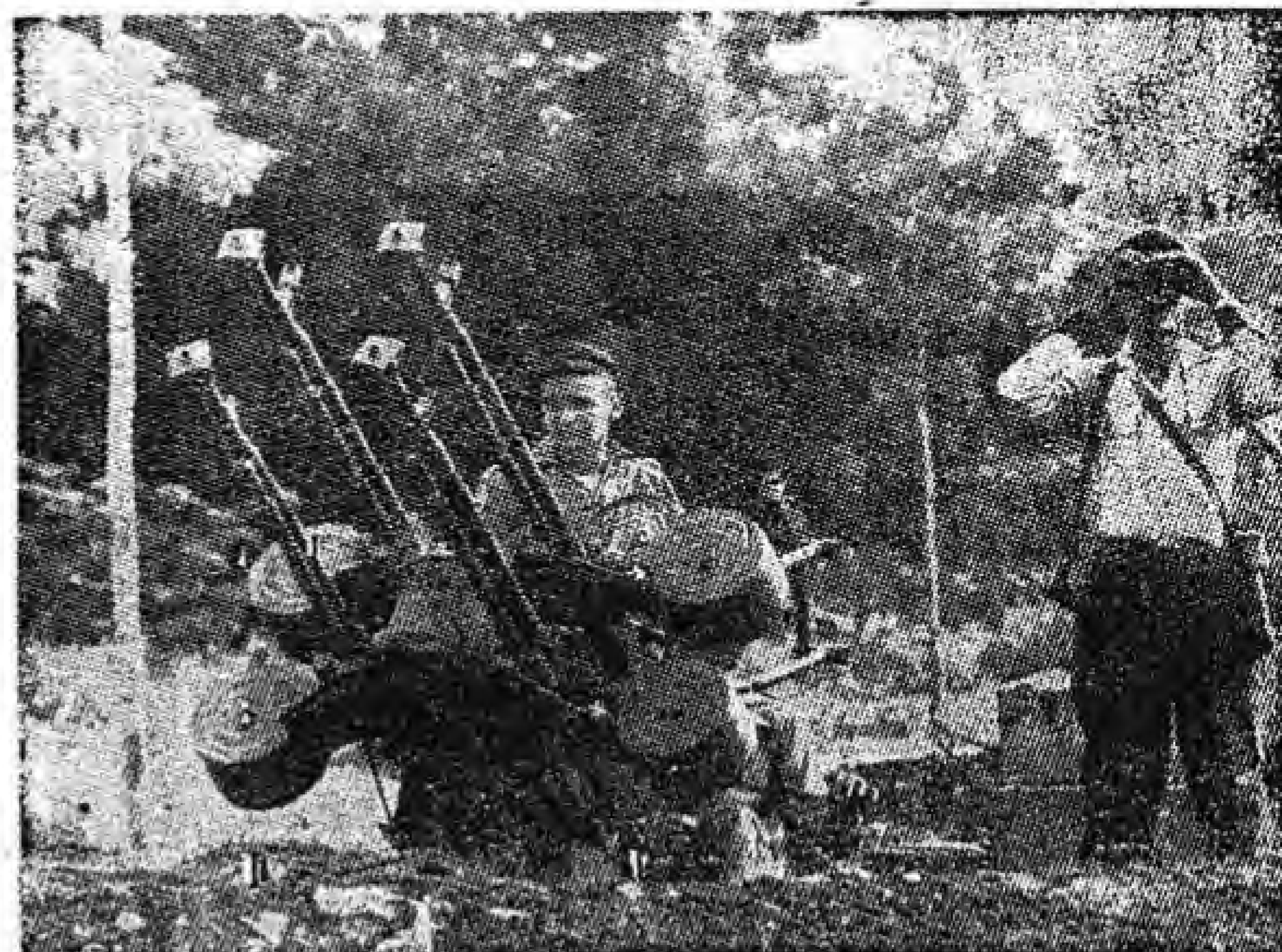
AMANECE EN LA PLAZA CIVICA

Al llegar a REVOLUCION, me esperaba el carro número diez, un Fiat negro y veloz. Dentro de él, Mayito y José Jer, el chofer.

Desde ese mismo momento comenzamos a recorrer la ciudad sin posible descanso.

La Plaza Cívica: El Martí gigantesco comienza a iluminarse, sorprendido por un sol débil que se pasea entre un puñado de nubes negras y morosas. Los primeros milicianos han llegado ya; qui-









zá, desde muchas horas antes. En la calle 23 entre Paseo y A, un pelotón de soldados rebeldes se prepara, marcha, descansa, vuelve a marchar. El Fiat se detiene y la cámara de Mayito comienza a funcionar.

Después serán otros rebeldes, en el Malecón. Estos están ocupados en otra tarea: limpian sus tanques. Parecen adolescentes (lo son) sacándole brillo a sus zapatos domingueros.

Por la Avenida del Puerto llegan más tanques. Son muchos y hacen un ruido que suena bien. Se pierden en el Malecón, junto con los otros, bajo la mirada vigilante del Morro habanero.

Allá es una compañía de milicianos que comienza a alinearse. Más allá son las antiaéreas o las "cuatro patas", como las ha bautizado el pueblo, girando sobre sí mismas y mirando arriba. Aquí, una carretilla pregonando empanadas calientes, con un letrero de "Patria o Muerte". En otro sitio cualquiera un grupo, con sombreros de yarey, camina al lugar de la cita. Es todo un pueblo en pie de guerra para preservar la paz.

PAREDON PARA LOS TERRORISTAS

El Fiat entra en Neptuno: Una 32 avanza con un enorme letrero al frente: PEDIMOS PAREDON PARA LOS TERRORISTAS.

Detrás viene una 26, un U-4, una 43, un 1-1. Todos piden lo mismo: Hay que acabar con los que quieren ver las escuelas, convertidas, otra vez, en cuarteles de odio.

En Galiano nos sorprende una marcha familiar querida. Es el "Himno del 26 de Julio". Son mujeres y hombres quienes lo cantan; mujeres y hombres que hasta ayer trabajaban en el edificio ennegrecido y maloliente que se levanta frente a ellos. Llevan una tela desplegada donde proclaman







su entereza: "La Epoca está en pie. Venceremos".

Desde arriba, desde los balcones, la gente observa y aprueba. Algunas mujeres lloran y algunos niños gritan. Y en todos los rostros se siente la justa indignación.

UNA BANDERA PARA EL FIAT

Un cubano alegre nos detiene en Zanja y Campanario. Es un vendedor que anuncia su mercancía. Quiere vendernos una bandera para adornar el carro.

Jer, el chofer, está interesado y entramos a presenciar el regateo criollo.

—Esto es taca de lana —dice el vendedor.

—Te doy cuatro pesos por ella —responde Jer.

—No me lleves tan recio, mi socio: Me costó cuatro cincuenta.

Al fin todo se arregla: Jer paga cinco pesos por la bandera y el Fiat se viste el capó.

El vendedor está mucho más alegre ahora. Y nos pide que le tiremos una foto. Mayito lo complace.

Todos pensamos que, en definitiva, el vendedor tenía razón: Necesitábamos una bandera.

Hay banderas por todas partes: En los balcones del "Habana Libre", en los sombreros, en las manos, en las esquinas.

En Carlos III son muchas muchachas vestidas de rojo y azul y de blanco. Y una sola muchacha vestida de azul y de blanco y con un triángulo rojo y una estrella cubriéndole el busto. Todas ellas forman una grande, hermosa bandera.

Continuamos la marcha complacidos: Nuestro Fiat también tiene su bandera.

OTRA VEZ EN LA PLAZA

Cuando regresamos a la Plaza Cívica, nos acompañó mucha gente, gente diferente e igual: gente de pueblo:

Una negra enorme con sus nalgas redondas y su sombrero de yarey que se hace más grande por el retrato de Fidel que lleva al frente. Una muchacha rubia, en pantalones deportivos, con su sonrisa blanca cortándole el suave maquillaje. Miles de carretillas con naranjas, piñas, cocos y cuanto pueda imaginarse. Un grupo corea:

Al ánimo, al ánimo,
la fuente se rompió.
Si los yanquis invaden Cuba,
bombardeamos Nueva York.

Otro grupo, de milicianas y milicianos, se deja













retratar por un fotógrafo callejero. Otra muchacha rubia, pero a simple vista se sabe que no es cubana. Detrás de ella viene un policía y nos dice: "De ésta, aprendo a hablar ruso" (la ocasión lo había convertido en intérprete). Viene otro hombre más atrás y ve la cámara de Mayito y dice, casi gritando: "Saquen bastantes, para que las vean los gringos". Y siguen pasando muchas gentes más; gente igual y diferente: gente de pueblo.

EN LA TRIBUNA

En la tribuna, Violeta Casal, lanza al aire sus consignas, que son las consignas del pueblo y que el pueblo corea y responde y reafirma.

El Fiat sube y llega hasta la tribuna. Allí está alguien que se eleva sobre los demás. No hace falta decir quién es: Es Fidel.

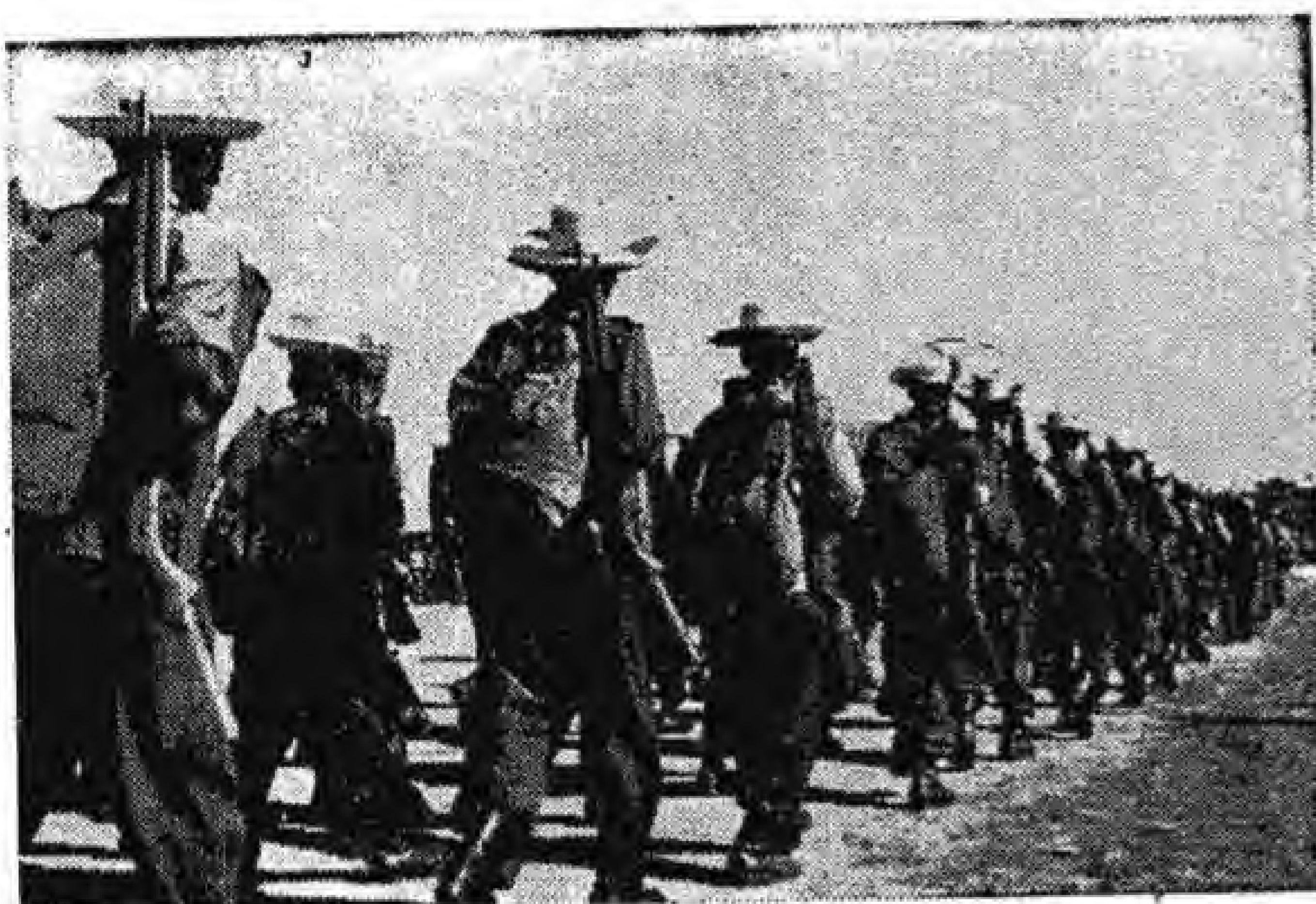
Junto a él, Dorticós, Almeida y muchos más. Todavía falta mucho para que comience el desfile, pero ellos ya están allí.

El pueblo empieza a aglutinarse para escuchar a sus líderes. Y comienzan también a llegar los extranjeros, en los ostentosos carros que dejaron los "siquitrillados" en su huída y que ahora son del pueblo bajo el título de "Instituto de Amistad con los Pueblos".

Llegan los mejicanos, los soviéticos, los argen-









tinos, los japoneses y todos hacen patentes su solidaridad con la Revolución Cubana, que es la Revolución de Nuestra América.

TERMINA LA MAÑANA

La mañana va llegando a su fin. Tenemos que volver al periódico, pero antes recibimos la noticia de que unos milicianos campesinos vienen a caballo de Pinar del Río.

Cuando llegamos al túnel, centenares de milicianos esperan la hora de comenzar a desfilar.

En la Quinta Avenida vemos pasar uno, dos, tres, cuatro y no sé cuántos camiones más. Van repletos de milicianos campesinos que levantan sus metralletas y dan vivas a la Revolución.

Alguna dama de la alta aristocracia criolla se asoma a algún balcón de algún palacete olvidado de la Quinta Avenida, hace un gesto de asco y se retira a sus habitaciones particulares.

El pueblo grita con los campesinos y los milicianos.

Nosotros volvemos al periódico. No hemos visto a los milicianos a caballo. Pero hemos visto a todo un pueblo unido, junto a su Revolución. Son casi la una de la tarde.











R

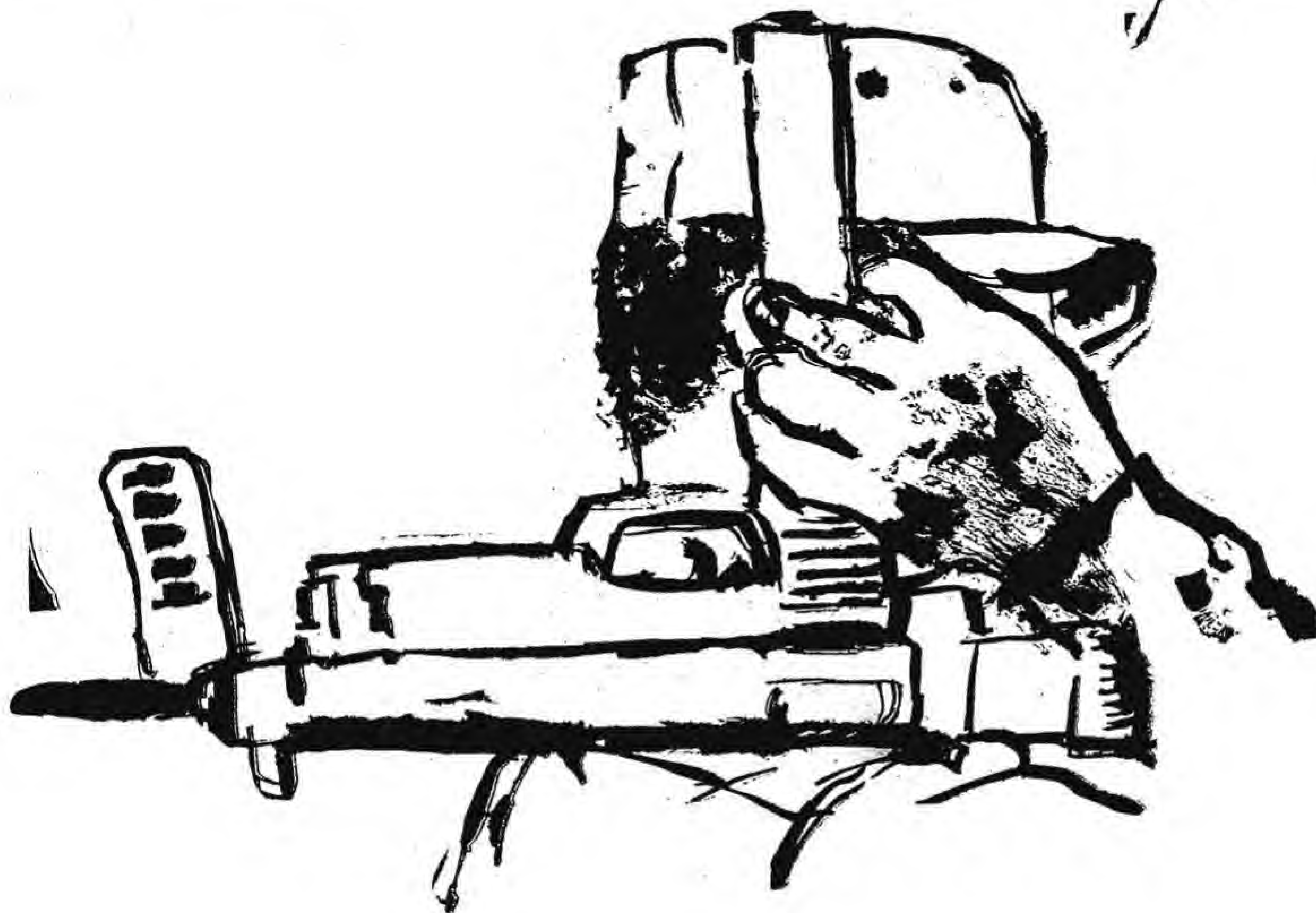
DIBUJOS DE CARMELO






DIBUJOS DE TONY EVORA







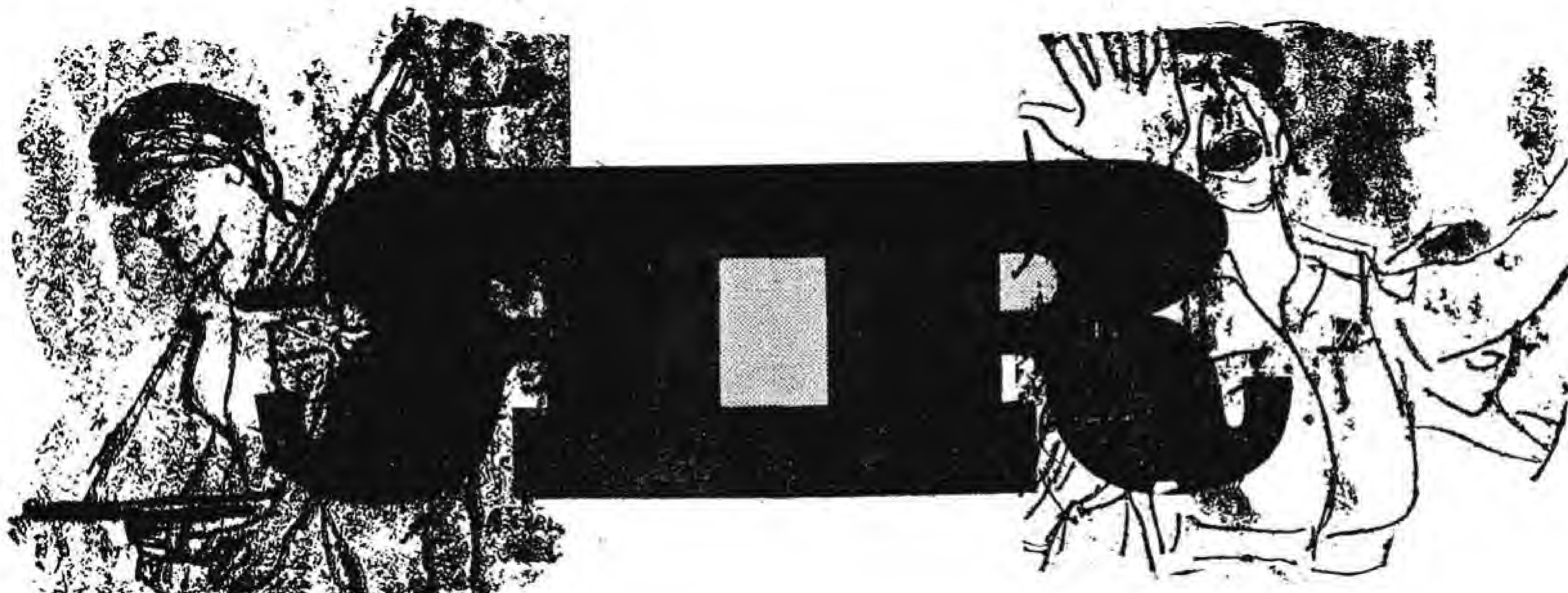


DIBUJOS DE TONY EVORA



DIBUJOS DE ANTONIA EIRIZ

A. EIRIZ





R

SI TODA AMERICA FUERA UN DOS DE ENERO

Por JAIME SARUSKY

Sentado en la acera, con su camisa abierta, el negro Bonifacio contemplaba el largo desfile. Sudaba. Le pesaba sus ochenta años y sus canas revueltas pero no estaba cansado. "¡Vaya, frangollos de mi tierra! ¡Frangollos dulces de Baracoa!" pregonaba el hombre con sus cucuruchos entre los dedos, sus dulces de coco con azúcar prieta, papaya y miel. Pasaba frente a él la antiaérea de cuatro bocas; los cañones irresistibles; los milicianos erguidos, ligeros con sus bazookas y sus metralletas y el rumor metálico se extendía de punta a punta de la plaza.

"Cuando joven no era así". La República era un sabor amargo en la boca; un hoyo que cambiaba de dueño; un estéril susurrar de palmas y machetes mambises en la manigua. La República —y él, Bonifacio, lo recordaba como si fuera ayer— era como un coco seco —seco de agua y sin masa. Y Bonifacio alza los ojos grandes, limpios, para oir a otra anciana que se abanica con su yarey cargado de banderitas tricolores y retratos de Fidel. "Cuando yo lo digo. Esto, hijo, yo no lo viviré pero dentro de quince años, qué digo quince, dentro de diez años, o menos, le juro que esta islita va a ser una tacita de oro... un paraíso... un paraíso y medio".

Hay fragancia de naranjas y mandarinas en la plaza. Igual que en el malecón aquél 20 de Mayo de 1902, cuando Wood, el general americano, plantaba su bota en el Morro y la banderita cubana subía, subía hasta el mástil y la otra, la extraña, de estrellas y franjas bajaba a las tierras y los ingenios para escamotearlos en los papeleos de la enmienda de un tal senador Platt. 'Un fraude, un fraude, por mi madre que ahora sí que lo veo bien. Un fraude, como dice la gente..."

La viejita seguía hablando en el optimismo incontenible de sus 77 años; de sus 23 hijos de los que sólo le quedaban 11 sobreviviendo. Este año si que no, este año yo sí que aprendo a leer... para leer a Fidel... los discursos de Fidel..."

Entonces en el malecón mucha gente se murió de la emoción. "Colapso, ¿sabe? pero 'lo de la banderita cubana no era verdad" El helado de piña chorreaba por la camiseta blanquísima de Bonifacio. ¿Cuántas horas llevaba allí, en la Plaza, sentado con sus recuerdos y sus esperanzas de cañones verdes, de boinas verdes? No importaba. Diez. Once. El sol se había plantado en el asfalto. "Por primera vez mucha gente es persona, se sienten ser alguien. Con la metralleta bien agarrada... persona, sí señor", comentó un teniente médico del Ejército Rebelde y Bonifacio, sin dejar de saborear su helado, asintió.

Y ahora Cuba, de pronto, como un sobresalto en la oscuridad de una pesadilla invitaba a mil personas de "todos los punticos que marca la brújula" y se plantaba, como el sol en el medio de la plaza, en el centro del Continente, cargando con sus hombros pequeños pero viriles y suficientes las esperanzas de un Continente. "Aquí no sabíamos nunca nada de nada. Ni de América ni de







ninguna parte. Nada más que de yanquilandia... ¡Solavaya..."

—Ya to's los hierros están en la calle.

—¿No quedan más cañones, ni "antiaviones", ni yipis...?

—Quedan, Bonifacio, quedan.

—Bueno, mi sangre.

Y la sorpresa de la tarde se acercaba lenta, muy lentamente. Llevado en rastra como si fueran andas —sarcófago provisional del cohete matavacas.

Sí, aquél 20 de Mayo fue fiesta. Se bailó en las calles y la gente se divirtió y don Tomás oyó a Wood, el general americano. Pero era 'un fraude, de verdad". La diversión para los cubanos pero lo otro, todo lo demás, para los americanos.

"Nos tocó bailar con la más fea". Era fuerte la juventud. Los milicianos y las milicianas y los rebeldes parecían marchar sobre una alfombra. "¿Quién dijo que Cuba iba a ser un país que le va a zumbar dentro de 15 años? ¡Ya le zumba, oyó, ya!" El lo sabía bien. El había conocido la Chambelona y los trucos del chino Zayas gobernado desde la "Embajada" por míster González. "Por mi madre que a estos americanos hay que partirles el pescuezo de una vez. Morralla..."

—¿Café, Bonifacio?

—Bueno.

Bueno, bueno era el espectáculo que estaba viviendo. Allí estaba el cohete matavacas. ¡Grande! "Como una jeringuilla del tamaño de una casa". Bonifacio no salía de su asombro; no se imaginaba cómo los obreros metalúrgicos cubanos habían podido "pegar" pedacito a pedacito todo lo que había quedado del cohete. "¡Verdad que los blancos inventan... y los negros también, qué caray!"

Y habló Guillén, el poeta. "¿Verdad, verdad que se ven cosas raras en esta Cubita? Poetas hablando con el pueblo". El pueblo











corria hacia el centro de la plaza ya iluminada. Oir, de cerca la voz y las imágenes y el ritmo de aquel poema, ¡Se acabó! que lo sentia conocido, propio.

Y la voz de Neruda el poeta de Chile, poeta de América, cantó sus poemas para el pueblo. "Por eso Cuba todo lo que espero es que aniquiles a los invasores" y el pueblo en un corrientazo exclamó agitando sus pañuelos cien veces "Venceremos".

Bonifacio creía que sus palpitaciones de hombre viejo corrían parejas con las oscilaciones del pueblo reunido allí, con él, junto a él, frente a él, detrás de él. Cañones y bazookas y "antiaviones" y yipis y todo en cantidad como milicianos y rebeldes había y todo para defender la Patria, la Patria que con tanto gusto pronunciaba y no para bailar mientras los yanquis se comen la tajada buena. "El vivo al hoyo y el muerto al pollo".

Entonces le tocó a Fidel.

Y el grito de "Fidel, Fidel" gravitó incansable, como siempre, como cientos de veces anteriores, sobre la plaza. Y se cantó el Himno Nacional y el Himno del 26 de Julio hasta que por fin pudo hablar Fidel.

"El pueblo no ha abrazado la bandera de la Revolución sin justificación. La minoria en Cuba era la que monopolizaba el poder politico, los medios de la cultura y trataban de modelar el pensamiento del pueblo a su antojo. Pero el caso de Cuba ha sido afortunadamente, que la Revolución ha sido comprendida..."

Y sobre las cabezas se agitaron las banderitas tricolor y los yareyes nuestros y los pañuelos blancos y nadie se fatigó gritando "¡Paredón!" para los saboteadores, traidores y mercenarios. Y el pueblo vibró otra vez y Cuba y Patria no eran simples frases huecas como antes para amenizar los discursos de ministros, rotarios y leones. Algo que no podía explicar pero que comprendía bien, muy bien, Bonifacio.

Y se extinguieron los últimos murmullos de la plaza que quedó en penunmbras, tranquila, sucia —con la suciedad de los hombres unidos en la esperanza, en el fervor.

Bonifacio miró a su alrededor y emprendió el regreso pausado al solar, distraido en sus reflexiones, en sus recuerdos.

"Aquí no sabiamos nunca nada de nada. Ni de América ni de ninguna parte. Pero y si toda América fuera un dos de Enero..."





UN DIA DE Reafirmación Revolucionaria

Por HEBERTO PADILLA



¡He esperado hasta medianoche para hacer el recuento de las horas que estuve participando en los actos de este dos de Enero! Desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, fuí parte de ese pueblo que, desde el amanecer, se echó a las calles con renovado entusiasmo y jadeante alegría. Observé, caminé, conversé con los cubanos más disímiles; anduve horas enteras de un sitio a otro, siguiendo el desfile como un espectador más y puedo afirmar que el espectáculo de nuestros milicianos y nuestro ejército rebelde, marchando unidos por las calles principales de La Habana, ha sido uno de los hechos más conmovedores de nuestra historia; no sólo por lo que ello entraña de unidad, de conjunción feliz de fuerzas populares, sino por el noble ejemplo que se desprendía de aquellos jóvenes que marchaban identificados con el mismo destino cubano, con igual conciencia revolucionaria.

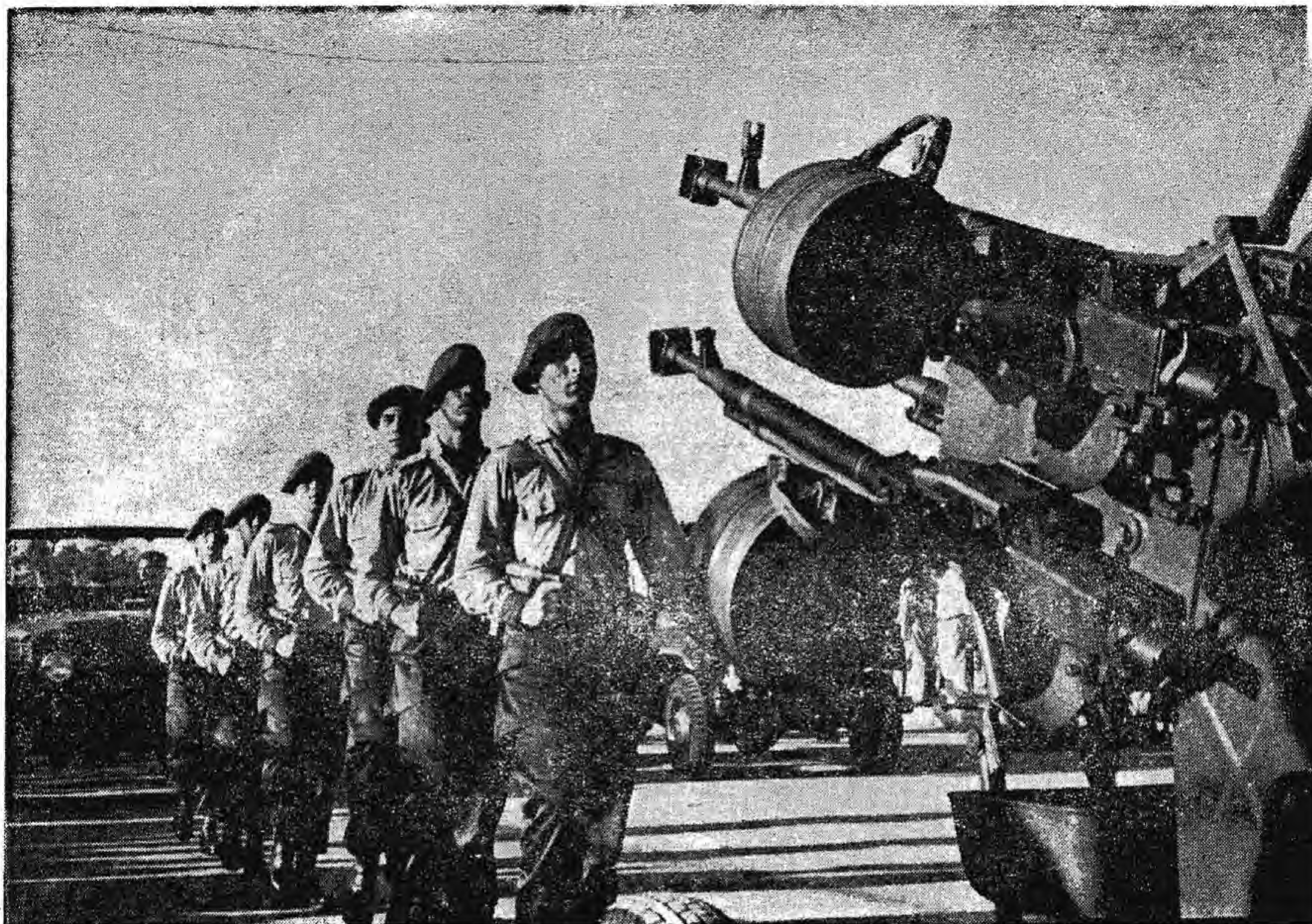
Yo estuve seis horas cubriendo, como solemos decir en el lenguaje de las redacciones, la información para este número especial; pero desde temprano, por mi propia cuenta, salí a recorrer nuestras calles, a convencerme con mis propios ojos de que dos años cumplidos de revolución no han menguado en ninguna medida el tesón revolucionario de nuestro pueblo ni la firme resolución de la lucha.

Y esto será cada día más significativo, pues que ofrece la medida de nuestra madurez. ¡Qué diferente la concentración popular de este dos de Enero de aquéllas en los días oscuros en que la politiquería repugnante se desplazaba engañando y traicionando al pueblo! ¡Y qué distintas, al mismo tiempo, las reacciones esperanzadas de estos rostros de ahora comparados con la sorda preocupación de aquéllos que contemplaban la burla y el escarnio con impotente angustia!

Inevitablemente, mientras caminaba entre estos hombres, muchas veces pensé en aquellos años, cuando nuestra generación se desgarraba en la búsqueda de una suerte, de zona secreta milagrosa que fuera capaz de construirnos un estado de fe. ¡Eran los años en que nos parecía un sueño la posibilidad de vernos libres, y lucía patético e ingenuo aquel desesperado sentimiento de nación que nos alentaba desde el fondo de nuestra historia!

Esa voluntad, esa fuerza ostensible están expresadas en este dos de Enero. Nuestra Revolución entra en su tercer año. Contra el vaticinio de los imperialistas y los





traidores, la Revolución se ha afincado en el pueblo definitivamente. Las viejas aseveraciones que daban de nuestras gentes una estampa frívola, capaz de ceder al influjo del mejor postor, se han derrumbado ante la realidad de una conciencia revolucionaria cada día más alerta y más lúcida, y de una pasión y un amor impares. Y qué hermoso fue poder comprobar, entre cubanos, este sentimiento de adhesión. A las seis de la tarde, cuando penetré entre los cientos de espectadores; a las siete, cuando recorría los alrededores de la plaza cívica; a las ocho y media, cuando ya había comenzado a hablar Fidel; a las diez, cuando más vehemente se hacía su palabra; a cualquier hora que se pasara, podían percibirse idéntico fervor, idéntica alegría. Era, verdaderamente, una fiesta del pueblo, en familia grande, donde todos parecían conocerse, donde todos se hablaban, se confiaban comentarios francos, directos; donde cada uno se daba ánimos para la lucha. Ninguna conversación ha sido para mí tan valiosa como la que sostuve con los hombres, mujeres y niños que contemplaban el desfile del día de hoy. Nunca he escuchado convicciones más firmes, comentarios más atinados ni más justos. En ninguno de ellos encontré vacilaciones o dudas; de labios de ninguno salieron palabras de temor ante las amenazas de los imperialistas. Una tranquila resolución los identificaba a todos; una confianza en su fuerza, una absoluta fe en la Revolución y en sus líderes.

Mientras Fidel hablaba, yo observaba los rostros de los allí presentes. Eran rostros atentos que acogían, medían y consideraban cada una de sus palabras. Ni un solo murmullo se agitaba entre los miles de personas que le escuchaban en la Plaza Cívica. Después, cuando Pablo Neruda y Nicolás Guillén leyeron sus poemas, aquellos rostros cambiaron, se iluminaron súbitamente; reflejaban la emoción de los versos hasta en los más recónditos matices.

A las diez y media, cuando Fidel terminó su discurso de tres horas, el pueblo se movió apenas del lugar en que estaba. Sólo cuando no quedó nadie en la tribuna, y ya no podían contemplar a sus líderes, empezaron a dispersarse sencillamente. Yo les vi alejarse en grupos; a veces de a ocho, de a cinco, de tres o cuatro personas. Les vi y oí comentar las palabras de Fidel. Lo hacían con precisión y profundidad. Hablaban del peligro de la invasión yanqui como quien conversa de la próxima lucha, sin ningún alarde, pero con determinación y valentía. Estuve cerca de la tribuna hasta que sólo quedaron unos cuantos policías y milicianos y comenzó el tránsito normal. Por la plaza desierta, antes febril y activa, comenzaba nuevamente la vida de trabajo de un pueblo que, reunido en un acto de reafirmación revolucionaria, lanzaba al mundo su advertencia conmovedora y definitiva: "¡Patria o Muerte!".

SE OYE EL PUEBLO

por: Antón Arrufat

Me despiertan a las siete y media los ruidos del barrio, los preparativos, un batallón de milicianos que pasa por mi calle. Bajo; llevo mi libreta de apuntes. REVOLUCION me ha encomendado una crónica de los actos de este día. Ya estoy en la calle. Me sorprende el sol, la claridad poderosa de la mañana. Están lejos los días grises de nuestro indigente invierno. Hace calor. Observo todo lo que sucede a mi alrededor. Hay banderas en los balcones; pasan hombres, mujeres y niños con banderitas, sombreros de yarey; milicianos que van camino de incorporarse a su batallón. El escuadrón de milicianos que me despertó se aleja por la calle; se escucha el sonido marcial y enérgico de las botas en el asfalto. Voy hasta la esquina para tomar la guagua. Pasan llenas, la gente canta el himno del 26 de Julio y golpea la carrocería con las manos.

Se siente el ambiente de un pueblo que ha tomado conciencia de lo que debe hacerse y cómo debe hacerse y lo lleva a cabo implacablemente, como cuando nos hemos decidido de veras. Un miliciano cruza la calle, y el público que espera la guagua lo aplaude. El dueño de la quincalla, que lo conoce del barrio, le grita: "Viva el miliciano de Fidel". El muchacho está un poco amoscado, y no sabe qué hacer. Se va en la primera guagua, en la 43, rumbo a la Plaza Cívica. Dos mujeres no pueden montar. Una gorda con un pañuelo en la cabeza le dice a la otra que pueden ir a pie. La otra no está muy decidida, pero al fin echan a andar las dos juntas. Debo advertir que estoy parado en Neptuno y Soledad, y que puede hacerse la travesía hasta la Plaza Cívica sin que uno llegue extenuado. Me pongo a pensar que bajo esta luz, detrás de esta animación decidida del pueblo cubano, está la muerte agazapada esperando. Nadie puede olvidar la inminencia de un ataque, de una invasión. Así se le ha advertido al pueblo. El día 31 de diciembre, la última noche del año, se sentía en La Habana esa emoción angustiosa del que se agarra a lo único que tiene para salvarse. Nunca pasamos un fin de año tan amenazados por la muerte, con la experiencia de que estaba cerca de nuestras playas. Creo que todo el pueblo cubano experimentó esa situación que han llamado algunos una "situación límite". Delante estaba la fiesta, el afán de divertirse, de ser feliz, y detrás las amenazas de un bombardeo, las sirenas de alarma, la ciudad apagada, la falta de agua y alimentos, y tantas cosas que los cubanos nos dimos a pensar en aquellos momentos. Pero, sin embargo, sé que ahora todo es distinto, el cubano en estos momentos, siente que su destino como pueblo, y por tánto, que el destino individual de cada uno está amenazado de exterminio. Y se dispone a defenderlo, y va a escuchar la palabra de Fidel, y desfila y empuña el fusil, o está dispuesto, como me dijo una negra en la Plaza Cívica, a prestar los primeros auxilios, a aprender a prestarlos.

Mientras pienso esto, llega la guagua. De un modo inexplicable atiende mi llamada; monto. Escucho en la guagua un punto guajiro sobre la Revolución. Se escuchan comentarios por todas partes. Los vendedores de periódicos vocean. Llega la guagua a Carlos III, y de allí no pasa. Me bajo y voy a pie. Quiero hacerlo. Deseo estar entre la gente. Una muchacha me pone en la camisa un emblema con el rostro de Fidel sobre una bandera cubana. Hay carritos de refrescos por todos lados. La gente bebe y come sin cesar. Y siguen adelante. La meta de todos: La Plaza Cívica. "Oye, estos tipos que ponen bombas, no tienen entrañas", dice un hombre detrás de mí. Paso por una bodega. Un negro apoyado en un bastón, grita a los que están adentro, apoyados en la barra: "Coño, todavía están criticando cuando Fidel nos paga todos los meses sin dejar uno". Me entero que es un retirado de Obras Públicas. Sigo adelante. "Las trincheras serán tumbas para los invasores". Estoy en la Plaza Cívica. "Detrás de esta unidad, los cañones antiaéreos", dice el locutor anunciando el orden del desfile. "Cucha, hasta cañones antiaéreos. No pasan del Malecón", dice una mujer y se echa a reir. No tiene un solo diente en la boca.

Cuando voy caminando por la calle, para entrar al centro de la Plaza Cívica, una miliciana me detiene. "Oiga, joven, ¿qué hace por aquí?" "Compañera yo trabajo en REVOLUCION". "No, no, si lo dejo pasar a usted van a querer pasar hasta los vendedores de Bohemia". Me coloca una mano en el hombro, con la otra mano rompe el cordón de espectadores y me saca de la calle. Estoy ahora entre el público. Es lo que yo quería, pero no encontraba el modo de hacerlo.

Hay tanta gente, que no reconozco la distribución de las calles. La miliciana me ha sacado del apuro, aunque fue otra su intención. Es una mujer muy estricta y no se para en nada.

Veo piñas en la tierra de los jardines de la Biblioteca Nacional. Hay muchas piñas. Es un bonito espectáculo. Están protegidas del sol por yaguas, sostenidas por un palo que casi forma una casa de campaña.

"Los dos enemigos públicos en Matanzas, "El Ñato" y "El Eléctrico", están gordos y rozagantes. La familia va a verlos", dice una mujer que tiene un sombrero de yarey en la cabeza. "Esos que mandan bombas son los que quieren gobernar al pueblo, los muy asesinos". La mujer cuenta que su hermana está en la Milicia, entrenándose. Ella ignora cómo está. Considera que es su deber. Además, está con la Revolución "hasta fuera".

Cuando voy pasando, veo que un periodista de la agencia soviética de noticias, TASS, se retrata con unas cubanas, abrazados. Luego en cuclillas en los jardines. Tienen todos sombreros de yarey y banderas. Cerca hay un puesto de libros donde se ven, "Las Fuerzas Morales", de Ingenieros, los "Poemas" de Neruda, y "El Manifiesto Comunista" en una edición pequeña. Hay muchos más, pero no quiero detenerme. Son esos los que adivino al vuelo, casi por las carátulas.

Una de las cosas más interesantes de la concentración es la multitud de olores diferentes, mezclados en el aire. Olor a carne de puerco, que venden en pequeños quioscos, olor a naranjas, melones, chicharrones. Todas las cosas que pueden venderse de un modo ambulante, se encuentran en la Plaza. El público come las cosas más disímiles. Luego vienen los vendedores de refrescos con sus cubos llenos de hielo, voceando y asegurando que son los más fríos que pueden conseguirse en toda la extensión de la Plaza. Una pipa del Acueducto ofrece agua al pueblo en vasos de papel.

Paso frente a uno de los muchos pabellones de la Cruz Roja que hay instalados en lugares estratégicos de la Plaza. Veo una mujer acostada en una camilla, dentro de la tienda, que han puesto en el suelo. La mujer tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Le dan aire artificial. "Oigá, ¿qué anota?", me pregunta una muchacha vestida de amarillo, con una banderita en la mano. "Lo que se me ocurre". "¿Y eso para qué". "Bueno, me gusta ver cómo la gente reacciona. Además, es mi trabajo". "Vaya, usted es muy curioso", y sigue de largo.

"Bien frío". "Viva la Revolución Cubana".

Se mezclan las voces, los comentarios, las opiniones. El pueblo comenta el orden del desfile, la cantidad de armas, la marcialidad de los soldados.

Muchas veces me preguntaron que si yo era extranjero. Les extrañaba verme con una libreta y un lápiz apuntando todo lo que alcanzaba a ver. "Aquí no hay nada que decir. Todo está a la vista", me respondió un viejo que llevaba una metralleta colgando del hombro.

Al ánimo, al ánimo
Nikita repitió:
"Si los yanquis
atacan a Cuba
volaremos Nueva York".

Creo que copié, a pesar de mis muchas dificultades para reproducir, aunque sea la más mínima forma poética, lo mejor que pude esta versión cubana que cantaban unas muchachas tomadas del talle y a coro, cerca de la avenida principal de la Plaza Cívica.

"Con un palo, con un martillo, con lo que sea. No tenemos miedo". "Ahora mismo estamos nosotros aquí, y no sabemos lo que pueda pasar mañana". La generosidad del pueblo para con el porvenir, está así como lo dice esta frase, en darlo todo al presente. Nuestro pueblo ha dado muestras muchas veces de esta generosidad. El acto de la Plaza Cívica, este acto que ahora contemplo, así lo demuestra. Ante la agresión, ante la muerte que todos creemos próxima, ante las amenazas y el exterminio, lo damos todo al porvenir porque lo damos todo al presente. El pueblo está aquí ahora, frente a la tribuna, bajo un sol que "rompe las piedras" o que las raja, porque sabe que de ese modo manifiesta su necesidad de vivir. De ese modo detiene el paso de la muerte.

"Esta gente no le echa al pueblo americano, sino al gobierno".

Me acerco a una norteamericana y le pregunto: "¿Qué le parece todo esto?" "Estoy asombrada. El pueblo cubano es valiente. No me explico cómo han salido de sus casas ante la inminencia de un ataque". Esto es algo que creo haber dicho antes. La americana, en su inglés de lentas vocales, me lo corrobora.

"Ese Tony Varona ya no puede confundir a nadie".

Pasan ahora las Brigadas de los Jóvenes Rebeldes con sus trajes azules, largo el cabello y las armas al hombro. Luego vienen las maestras y maestros que han estado cinco veces en la Sierra Maestra.

"Prú bien frío. Prú oriental". "Esto es lo más grande que he visto", dice un joven ecuatoriano y yo anoto la frase, que se ha dicho muchas veces pero que en el tono de su voz adquiere el valor nuevo de la convicción.

LA HABANA, ENERO 2 DE 1961

FRANK RIVERA

MIRAMAR CALLA

Son las 4 p. m. Miramar es una silenciosa agrupación de casas muertas y calles despobladas. Una mujer camina con su perro blanco por la calle novena y el tránsito enloquecido del Vedado permite a un V2 y a una ruta 19 pasear tranquilamente por la Quinta Avenida. Desde muy temprano los milicianos bajan en oleadas por la Avenida treinta y uno, y ya a las diez de la mañana se habían situado en las calles las largas filas de cañones y artillería pesada. La mujer del perro blanco pasa cerca de ellos apresurando la marcha. El animal trata de ir al encuentro de un miliciano que espera en el borde de la acera la orden de partir, pero un rápido tirón de la correa corta bruscamente su impulso. Después ambos desaparecen al doblar de la esquina y la calle vuelve a quedar callada, con sus filas de cañones y sus casas muertas.

ANTIAEREAS Y PASAJEROS INESPERADOS

Tomamos Malecón para ir hacia La Habana. Los ómnibus corren alegremente frente al mar, estrenando caminos. Pasamos el Riviera, todo mármol y cristales verdes. Frente a él, se alzan las antiaéreas de nuestros soldados y los campamentos de la Cruz Roja. Esas armas no irán al desfile: estarán allí todo el tiempo, listas a defender los derechos de un pueblo entero frente a sus agresores.

El resto del Malecón es una línea de cemento que marca el límite de una tierra azul y verdeolivo. Las camisas sudorosas y ardientes de los milicianos se mueven en riguroso compás: un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro. Subimos por la calle G. En Calzada, tres muchachos jóvenes hacen señas a los automovilistas que pasan para que los lleven gratis. Nos detenemos junto a ellos y luego de un breve diálogo convenimos en llevarlos hasta Diecisiete. Al llegar a Línea las aceras aparecen pobladas de cáscaras de naranjas y otros desperdicios. Uno de ellos saca la cabeza por la ventanilla, y mira a un lado y a otro.

—Eso lo dejaron los barbudos —dice.

Hay un tonillo raro en el modo como ha dicho la palabra "barbudos" y me vuelvo hacia él para verle bien la cara. Hay un silencio violento y breve.

—Sigamos leyendo las Selecciones —dice otro entonces, con entonación admonitoria.

Miro de nuevo, y, en efecto, gruesos tomos de Selecciones se abren al unísono sobre las seis rodillas.

El automóvil se detiene en seco. Ya hemos llegado a Diecisiete y los tres muchachos se bajan apresuradamente.

—¿Ustedes van a la Plaza Cívica, no? —digo antes de arrancar.

—No... Nosotros vamos para el Nuevo Vedado...

PRADO A LAS CINCO

Bajamos por todo San Lázaro hasta el Prado. El barrio de Colón, a diferencia del resto de la ciudad, muestra su habitual efervescencia. Los vendedores de maní y caramelos vocean sus mercancías junto a los leones seculares.

En el Parque Central, los altoparlantes dan cuenta de todo lo que sucede en la Plaza Cívica. Junto a la estatua de Martí, una corona de flores y un periódico con una foto: la de los marines que profanaron el monumento en 1949. Una anciana vestida pobremente nos mira y se acerca a nosotros.

—Eso es verdad —dice señalando el periódico. Yo estaba aquí esa noche, esperando para entrar al teatro Nacional y los vi. Se subieron allá arriba, en la misma cabeza...

La voz se interrumpió y los ojos de ella se quedaron fijos en los cabellos de la estatua. Luego brillaron demasiado tristemente y entonces la mujer se dio vuelta y abandonó el parque con sus pasos viejos. Junto a la estatua quedamos nosotros, una corona de flores y la fotografía de los marines de 1949.

APLAUSOS EN INFANTA

En Infanta y Carlos Tercero oscurece lentamente, entre camiones y automóviles cargados de milicianos que regresan de la Plaza. La esquina donde paran los ómnibus está llena de público.

—Yo estuve allí desde el amanecer. Estoy que si me siento ahora no puedo levantarme hasta mañana por la mañana.

—Pues trata de mantenerte de pie, que ahí viene la guagua.

Los camiones siguen pasando veloces. Uno se detiene por la luz roja y los milicianos cantan dentro: "Que viva Cuba, viva Fidel, y todos los que lucharon junto con él". Las caras cansadas del grupo que espera la guagua se reaniman. Algunas voces se unen al coro del camión. La luz roja cambia a verde y el camión arranca. De repente, inesperado, surge un aplauso unánime de las cansadas manos que esperan en la esquina.

LA BARRIADA DE JESUS DEL MONTE

Por la Calzada de Diez de Octubre, a las nueve de la noche, el tránsito es increíblemente escaso. Grupos de hombres y mujeres comen en el bar de la esquina de Tamarindo bajo las bocinas que dejan escuchar la voz de Fidel.

Yo me detengo ante la puerta de un cine. La muchacha de los tickets se aburre públicamente en su vitrina iluminada.

—¿Hay mucha gente dentro?

—No.

—¿No?

—No. ¿Qué esperaba usted? ¿No ve que está hablando Fidel...?

Me mira con oculto enojo y yo me alejo por la Calzada. Vuelve a escucharse la voz de Fidel Castro, esta vez más cerca de la acera. Sigo caminando y la voz se mantiene a igual distancia. Diríase que me sigue los pasos. Me vuelvo, pero no hay —como había imaginado— ningún carro altoparlante en la calle. Entonces me doy cuenta: a mi lado marcha un hombre con un pequeño radio en el bolsillo del saco, desde donde la voz de Fidel pasea cómodamente arriba y abajo por la Calzada de Diez de Octubre.

LOS AMIGOS

Por CALVERT CASEY

Es la madrugada del gran día. El lobby del Havana Riviera está repleto de gente. Se están celebrando muchas cosas a la vez. Unos celebran su suerte en el juego, y se afanan con fijeza maniática sobre los tapetes verdes en un enorme salón dorado y mostaza que enferma con sólo entrar en él de cuyo techo pende una doble placa de concreto y oro que parece que va a convertirnos en polvo dentro de breves segundos. Salgo despedido. ¡Aire! Al salir, paso por la única mesa vacía que queda.

Un croupier que espera que llegue la hora de su juego. "Doble o nada" o algo por el estilo. Mientras espera con el codo apoyado sobre la mesa y la mejilla apoyada en el codo parece absorto en la lectura de algo. Me inclino por encima de su hombro con una indiscreción enorme. El hombre lee **The Tragedy of the American Diplomacy**. Leo tres párrafos de un tirón. Le respiro sobre el cuello. No me siente. Este croupier que lee diplomacia mientras le llega la hora de hacer volar los dados ya no es un croupier, pero él no lo sabe.

En otro gran salón inexplicablemente vacío un hombre joven melenudo toca muy mal un gran concierto para demostrar a dos amigos que sabe tocar. Hay un bombillo solitario allá muy lejos, en el techo. Los amigos se tapan los oídos pero el melenudo no los ve y sigue aporreando de lo lindo.

En un salón que tiene por techo el cielo se reúnen varios miles de personas en una gran pachanga enorme y bailan en una masa apretada a pocos milímetros de la piscina colmada de agua que a esta hora debe estar muy fría. Un suspiro de placer más amplio de lo conveniente del inmenso hormiguero, y la masa caería al agua.

En un pequeño salón de los pisos superiores del hotel cien norteamericanos se apiñan en una pequeña habitación. Son gente de la clase media, gruesas amas de casa, intelectuales miopes, estudiantes lampiños. Planean el día cuidadosamente, como una gran operación, cuyos más pequeños detalles deben discutirse hasta la fatiga. Han estado en la Ciénaga, en las cooperativas de Pinar del Río. En Jagüey Grande tuvieron un recibimiento estruendoso por parte de toda la población mientras los vidrios de una ventana volaban de entusiasmo. Los más audaces quedaron sorprendidos y asustados ante la alegría de la muchedumbre. Jamás, cuando pidieron el primer folleto explicativo de la Revolución cubana al Comité de Justo Trato a Cuba, las prudentes señoras esperaron ser recibidas como heroínas por todo un pueblo y llevadas en triunfo a la Laguna del Tesoro. Ahora preguntan si se podrían quedar, qué podrían hacer en Cuba, si se necesitan técnicos en una infinidad de cosas. Del susto pasaron al entusiasmo. Se han rejuvenecido. Andan más rápidos. Secretamente esperan estar muy cerca de Fidel en el desfile y comienzan a fraguar pequeñas conspiraciones para desprenderse del grupo e ir a ver a Fidel muy de cerca. Han hallado una cálida razón de existir en este caluroso fin de año de La Habana tan lejos de South Acton y de Ashville y de Perryville y de Northampton.

Pero la reunión va en serio. Se planea el gran día, pero también se proyecta el regreso a los Estados Unidos, erizado de peligros, de interrogatorios y de molestias para los que se han atrevido a desoír al Departamento de Estado y han venido pasando por encima de los mil obstáculos levantados para impedírselo. La líder explica minuciosamente lo que podrá suceder al descender de los aviones. Registros, detenciones, confiscación de material de lectura. Enumera las leyes que pueden invocar los que han venido a conocer la Cuba revolucionaria, cuyas pertenencias serán puestas en cuarentena por haber osado tanto. Aconseja que se exijan recibos a los funcionarios aduanales; explica la forma de hacer frente a las detenciones arbitrarias.

El inmenso grupo de visitantes se prepara para el doble acontecimiento del día: el gran desfile y el regreso a los Estados Unidos por la noche. Muchos han perdido sus empleos por haber querido conocer y defender la verdad por encima de las informaciones cablegráficas norteamericanas. Otros han venido en secreto, pretextando unas Navidades lejanas del lugar de domicilio. Dos muchachas cuentan que son vistas con gran sospecha en su comunidad por haberse atrevido a disentir sobre el proceso cubano. Un matrimonio discute entre sí la manera de enseñar a sus dos hijos pequeños la forma de ocultar que han pasado todas las vacaciones en el Zoológico de La Habana, cuya belleza les hizo visitarlo una y otra vez. Conmueve la osadía de toda esta gente que arriesga posiciones, tranquilidad, modo de vivir por un simple viaje a La Habana de 1960 y por el acontecimiento más profundo de Continente.

7.30

Todo el muelle de Luz se pone a temblar con sus cascrones.

Una compañía de tanques avanza mordiendo el asfalto de la calle con las ruedas de oruga. El ruido es abrumador. Comienzo a entender lo que es el avance de una división de tanques sobre una ciudad. Ha amanecido hace muy poco. Sobre la bahía aún cuelga una neblina espesa. Dos visitantes belgas que vagan a esa hora por el muelle de las goletas se vuelven a mirar el avance de los inmensos tanques. El espectáculo es familiar para ellos. Una estudiante rusa de español les explica a gritos en francés que los tanques se dirigen al desfile, o por lo menos eso creo yo entender por el movimiento de los labios de la muchacha. Cuando pasa el último tanque, los dos belgas dan las gracias en español y se alejan. Un camión lleno de milicianos campesinos les invita a subir y desaparecen en lo alto del vehículo entre apretones de manos y vivas a la Revolución.

Doce horas después

Los últimos cañones pintados de verde están pasando junto a la Biblioteca Nacional. Dos filas de milicianos son como si dijéramos el remate del día. Si hay una nueva Cuba, aquí está. Los rostros están curtidos de sol, pero no hay fatiga ni dureza. Pudieran recomenzar el largo día con la misma firmeza con que ahora lo cierran. Un grupo de mujeres canta el himno. Junto a ellos va marchando una muchacha norteamericana o inglesa (por lo alta y rubia). Marcha junto al último miliciano. Le ha echado el brazo sobre el hombro. Entre los dos hay una familiaridad amorosa. Lleva sandalias y el pelo descuidado a la moda. Es la versión 1960 de la soldadera mexicana. Por su expresión de fatiga y por el polvo que le cubre la cara parece que viene marchando junto a él desde muy lejos. Es la soldadera que ahora usa el avión y cruza el océano en pocas horas después de leer "La historia me absolverá" o "Listen, Yanquis". El polvo de Managua y de la Esquina de Tejas y el sudor del día no llegan a ocultar la delicada belleza de su rostro. Marchó detrás de ellos unos minutos. Ella habla un español atroz y él le contesta en un inglés desesperado.

Junto a la avenida hay un hombre muy negro rodeado de muchos cocos abiertos. Grita ¡cocos! y sigue abriéndolos de un machetazo diestro. Un ruso de sandalias y pantalón ancho en el bajo se vacía un coco en la garganta y en la cara y con el resto se enjuaga los brazos y se refresca la cabeza y el cabello largo. Los compañeros lo imitan y tiene lugar un gran baño de coco junto al edificio del INAV.

Los visitantes extranjeros abandonan la alta tribuna para mezclarse con la muchedumbre. Suben y bajan entre los milicianos que guardan la escalera y prueban los dulces con que los muchachos se ganan el día. El dulce de leche recibe el mayor número de votos admirativos, y alguien de una delegación socialista regresa a la tribuna con los bolsillos atiborrados de un gran cargamento de pedacitos de dulce de leche.

Poco después, Guillén y Neruda recitan dos poemas y bajo una lluvia fina Fidel empieza a hablar.







LA MARCHA DE LOS HOMBRES

"Sepan los gusanos, los hijos de los gusanos, que no se van a enfrentar con señoritos; se van a encontrar con hombres. Nosotros queremos que sepan que los hombres que han desfilado por aquí son hombres. Y están dispuestos a morir".

FIDEL CASTRO

Por GUILLERMO CABRERA INFANTE

LUNES se propuso recoger la atmósfera de este lunes 2 de enero. Sus redactores salieron a la calle para tratar de decir luego cómo había sido todo. No les llevaba el afán diario del periodista, ni la intención mediata del historiador, sino la simple gestión del escritor que quería participar de un gran momento de su país y dejar su impresión por escrito.

El día había sido inolvidable para todos y cada uno regresó a escribir con el mismo radiante cansancio que mostraban los milicianos al terminar la parada. Sin embargo, todo no resultó tan simple como pareció en el esquema de trabajo.

Para quien escribe hay siempre un problema terrible a resolver: el de la hoja en blanco. Pero el que escriba sobre un acto tan magnífico —y aquí la palabra quiere decir, todo lo que quiere decir esa palabra: no sólo grande, sino también óptimo y bello y glorioso —siempre sabrá que sus palabras serán pocas para decir lo que vio y oyó y sintió. Por eso sólo queda el recuerdo: intentar describir cómo era la cosa con las palabras que da la memoria —y todavía saber que la vieja patriota que se negó a responder a un periodista, porque estaba sumida en la desconfianza de las mentiras que ha sembrado el periodismo de los piratas en Cuba, tenía, finalmente, razón: ella

dijo, después de ver la credencial del periodista amigo que la entrevistaba: 'Sí, eso puede ser verdá, usté puede ser de los nuestros, pero con todo", y señaló para un viejo miliciano que marchaba sin fatiga, "él es más puro".

No se puede olvidar la luna grande, roja, que estaba sobre la abierta plaza al amanecer. Tampoco se puede olvidar cómo amaneció el cielo limpio, sin una nube, mientras un sol oblicuo alargaba el monumento hasta el fin de la plaza —alargaba su sombra, la sombra que descendía desde lo alto del monumento hasta la última fila de milicianos que habían guardado la plaza bajo la luna como ahora la custodiaban bajo el sol, a pie firme. Y comienzo a pensar en Crillon. Es entonces que el altoparlante grita sus instrucciones después de haber agotado los números 1, 2, 3, 4, 5 probando, 1, 2, 3, 4, 5 probando y dice: Por favor, el pueblo debe desalojar la vía de Rancho Boyeros... Colocarse a la izquierda o a la derecha, dice. Dejen la vía libre, y pasan en seguida, precedidos por sirenas, un jeep y luego otro y luego otro y luego otro: todos van llenos de jóvenes rebeldes, soldados animosos de uniformes verdeolivo, nuevos, que sonríen seguros, y los jeeps arrastran un extraño artefacto que parece un radar rudimentario, agrícola, que alguien del pueblo identifica como obuses de montaña, que otro conocedor rectifica, posiblemente un miliciano, un rebelde, alguien que sabe, dice: Son del último modelo, y pasan los jeeps en una cadena sin fin y alguien dice. Deben ser más de cien. Es temprano todavía.

A las once, desde la ventana de REVOLUCION, se ve al pueblo congregado, múltiple, lleno de color y se ve una boina roja y una boina verde y un sombrero y otro sombrero y parece una feria, sólo que más allá del público multicolor se ve el espectáculo que no es un espectáculo y la fila nutrida de milicianos avanza con sus colores verde y azul que la distancia hace lucir morado desde arriba. Abajo hay una gran alegría y la frase Revolución con pachanga (alguien dice al lado, en la escalera, que la acuñó Francoise Sagan, pero yo creo que la Sagan jamás ha dicho algo que no haya dicho alguien antes y recuerdo haber oído esa frase mucho antes, no sé dónde) se vuelve verdadera, porque hay una gran alegría dondequiera: esa increíble alegría cubana que llena de fiesta la ocasión más solemne y quieta todo protocolo y tristeza de las ocasiones que bien vistas no tienen por qué ser tristes, sino todo lo contrario, alegres y pienso que si aquí hay guerra va a ser una guerra alegre y recuerdo la frase de Fidel (su cara muy seria, preocupada bajo la nueva boina, tocando una y otra vez con la punta de los dedos el botón final de los micrófonos, hablando en Ciudad Libertad a los maestros, a las cuatro de la mañana del día de Año Nuevo), diciendo: Si vienen, se refiere a los marines, no van a encontrar al pueblo muerto de miedo, sino muerto de risa. Va a ser una alegre guerra. Nadie la quiere, nadie quiere tener que cargar con una metralleta bajo el brazo, empuñada como una flauta de pan de flauta, una metralleta bajo el brazo cuando se puede traer un ramo de rosas para una muchacha o una muchacha puede traer un ramo de rosas que le han traído y el muchacho moreno, de pómulos fuertes que hacía señales con las banderas rojas y amarillas desde la torreta del tanque puede saludar en cambio a su primo Seledonio, con la mano, desde el campo arando con su tractor, en cambio, o los milicianos pueden pasear por el Malecón o jugar pelota o simplemente piropear a las muchachas que pasan, que ahora tienen que ser milicianas y por eso no les dice nada, porque sabe que están en algo muy serio, que es la guerra: nadie quiere eso, pero si viene, que venga y nadie se va a morir de miedo, y yo sé que no va a ser una alegre guerra, porque no hay guerra alegre, porque eso es un decir, pero lo que quiero decir es que nadie tiene miedo ni a las amenazas ni a las bombas ni a la candela y si las cosas tienen que pasar, pues se pasa por ellas en la confianza de que tenemos toda la razón del mundo y que nuestros enemigos no tienen toda la fuerza del mundo.

Es lo que digo: ahora pasa una conga solitaria: tumbadora y quinto y conga y bombo y cencerro y dos seguidores: llevan un ritmo muy africano, anoto, y luego las veo, cuando los tanques pasan, en la esquina: la tumbadora descansando en la acera y las gangarrias encima que parecen un azadón y una pala, sin mango, o algo parecido. La veo mientras pasan las milicias armadas con sus compactas metralletas checas: un arma que se ve fuerte, buena para la pelea, eficaz y modesta: nada de alardosa como la Thompson, ni que recuerde a los gangsters, sino que parece un arma de partisanos, un arma de guerra, pero de la buena guerra. Por ejemplo, de la guerra civil española o de los que mataron a Heydrich o de la lucha de Stalingrado o de los maquis o de la de los partigianos de Italia, como los de la película Paisa, los que morían en los pantanos de arroz del Po, y alguien pregunta a un miliciano, ahora. ¿Qué ejército es éste? y el miliciano responde: El Ejército Rebelde, y el que preguntó dice: Hombre, claro compadre, que el Ejército Rebelde. Yo digo que qué cuerpo de ejército, qué división. Ah, dice el miliciano, el 11. Y el que preguntó sigue su camino.

Siguen pasando todavía los tanques y los conductores van serios, conscientes de su labor en la dirección del tanque, que deja una estría sobre el asfalto que parece una costra de fango seco y cuando arrancan levantan la trompa de un golpe y parece que se van a desbocar o algo, pero luego toman su camino muy bien, muy poderosos, muy, como dice uno al lado, competente para lo que sea. Algunos conductores parecen indios, pero luego se ve que son muy cubanos, solamente que las chichoneras, los cascos protectores se cierran sobre sus caras, dejando los pómulos y la barbilla y los ojos y si no parecen indios parecen sparrings-partners, que es como les llaman en el boxeo a los que entrenan a los campeones, pero estos son los campeones. Entonces una bella muchacha de ojos verdes y de pelo rubio les grita ¡Vivan los rebeldes! y los tanquistas contestan muy serios y recuerdo el poema de Baragaño sobre las milicias que dice: Yo mi miliciano Tú mi miliciano, y miro a la muchacha que es muy linda. Es asombrosa la cantidad de mujeres lindas que vienen al desfile, milicianas o no; de mujeres que se afanan por estar en todas partes en primera línea, saliendo de todas partes, reclamando su lugar, sabiendo que la belleza o la gracia no es más que un adjetivo más, pero que ahora quieren también ser útiles, eficaces, compañeras, sin dejar de ser bellas y femeninas y todo lo demás. Y ahora al escribir pienso que debo escribir sobre la compañera de las milicias que lloró el día primero de mayo, porque no la dejaron desfilar con nosotros y que la he visto hoy con una metralleta empuñada, embellecida ella misma por el sol y el ejercicio cuando antes no era bella y muy decidida y muy mujer y sabiendo que ya no va a llorar más ningún primero de mayo, porque ahora ella ha desfilado y está vestida con la boina verde olivo y la blusa gris y la estría verde que quiere decir que ha pasado por la escuela de milicias y ha hecho el entrenamiento completo; y también recuerdo a la otra bella, larga miliciana con quien hablé junto al INRA, que está muy orgullosa de estar en las milicias y de haber desfilado y que se ve muy seria y muy capaz y que por el día debe ser una eficaz mecanógrafa pero luego marcha y sube montes y hace los ejercicios todos y se pasa quince días durmiendo al raso, acampa por ahí, por el campo, por el Escambray o por Pinar del Río; también recuerdo las fotos del paso marcial de las maestras voluntarias, bellas y decididas y pienso que en Cuba se está creando ante los ojos del mundo un hombre diferente, una mujer diferente, y que es esto lo que hace que Cuba sea tan diferente a España o a Francia o a Checoslovaquia o Alemania, cualquiera de las dos Alemanias, o a la misma Unión Soviética y no sé si también a China, pero que sé que es diferente y fascinante y casi única: no sólo por esto.

También por cosas como éstas, la de la vieja negra que hablaba con los milicianos que acaban de llegar en guagua. Los milicianos acababan de llegar y uno tira el envase al suelo, el envase de una compota o un dulce de frutas y viene un responsable y dice: ¿Quién tiró esto? y el culpable mira con cara de culpable y el responsable suaviza la voz y el gesto y dice, Compañero, usted no sabe que eso no se debe hacer que el hombre que le vendió ésto se gana la vida vendiendo ésto", y recoge el pomo y se lo lleva al vendedor y le dice, suave: Mire, el mío, el pomo mío y el de un compañero. Yo le pregunto que de dónde son y el responsable me mira y uno que está al lado dice: De San Nicolás de Bari, que queda bien lejos. Bueno, pues esta misma gente conversaba con la vieja y la vieja les decía algo de la comida, que si no habían comido. ¿Ustedes no tienen comida? Toa la que queremos, responde un miliciano. Ah, yo creía, dice la mujer y añade: Porque esta es la tierra de los cubanos. Es una negra alegre que habla a gritos: Si los americanos, dice, vienen aquí a comerse la comida de los cubanos, van a comer comida de difuntos, porque van a estar muertos, muertecitos, dice. Y luego grita: A mí hay que arrancarme la cabeza, dice, hay que matarme pa que vengan los americanos aquí. Tienen que matarnos a tos, dice y termina: Y somos bastantes. Somos muchos, demasiados —muchos pa los yonis. Un miliciano grita: ¡Patria o Muerte! y se oyen vivas y aplausos para la mujer que ríe feliz. Cuando recuerdo esto pienso que los cubanos tienen un sentido político muy refinado porque esa misma tarde, al ver a Robert Taber y a Richard Gibson, dos amigos dos Cuba, un grupo hablaba y comentaban que habían visto otros americanos y uno preguntaba que qué habían dicho y el que habló primero decía que él no hablaba inglés, pero que los americanos hablaban con todos los que hablaban inglés, fue que el segundo dijo: Mucho cuidado que ésos son de los buenos. Son del Comité de Justo Trato. Son gente brava, son los comecandelas americanos. Y otro dijo: Esa gente pasa mucho trabajo para defender a Cuba en Estados Unidos. Sí, dijo otro del grupo, son gente avanzada. Y el otro lo corrigió: son liberales, que allá es como decir comunistas. Y entonces empezaron a hablar de Wright Mills y lucían muy enterados, porque uno de ellos dijo que del libro de Mills (y dijo bien el nombre: Listen, yankee) se habían vendido dos millones de ejemplares de la primera edición, lo que es una exageración, pero es una buena exageración.

Fue muy bueno el almuerzo en la casita de madera que está frente al Instituto Nacional de Reforma Agraria, la rústica caseta de madera donde se servía un congrí y unos bisteces y una carne con papas que no se sirven en muchos hoteles, por treinta centavos o cosa así, allí comiendo con los milicianos de las milicias campesinas, en gran camaradería, en una desmentida total a la soledad, cada uno pudiendo coger prestada una papa o un boniato del plato vecino y sabiendo que para la soledad no hay mejor remedio que las revoluciones, porque las revoluciones traen un nuevo sentido a la vida y con este nuevo sentido que se llama solidaridad, no hay miedo posible ni angustia ni cosa que se le parezca y si esto suena muy cursi o muy picúo, yo lo siento mucho, porque así es como lo siento y así es como lo digo. De manera, que almorzamos y servidos por Isabel, la del lunar grande en el brazo, que luego no se llamaba Isabel era fantásticamente grata y servicial y todo el mundo la llamaba Isabel quizás por culpa mía o del rebelde que estaba a mi lado o del guajiro miliciano y curtido que estaba enfrente comiendo su congrí o sabe Dios por quién, la que se llamaba Olga y no Isabel eran fantásticamente grata y servicial y cariñosa y nadie pensó que era por la propina, porque nadie dio propina, sino porque ella se sentía feliz de estar allí, sirviendo a la Revolución de la manera que mejor sabía. Como yo.

Y pensé en Crillón.

Luego estuve conversando con la gente y hablando con las milicianas y conversando con Loló Soldevilla que ha cogido la milicia con un entusiasmo tremendo, con su cuchillo al bolso, su revólver vizcaíno a la cintura y su San Cristóbal al hombro, ella diciendo que las fotografías que había publicado REVOLUCION ayer eran muy buenas y reflexionando sabiamente que la pintura ya no tenía nada qué hacer, porque la Revolución tenía un arte a su alcance que reflejaba la Revolución sin violencias y sin in-

terpretaciones, nada más que la objetividad de la cámara y la elección del espectador ante aquella verdad que podía rechazar o aceptar, pero nunca poner en duda, y como la pintura se quedaría en los museos ahora para siempre, y todas esas cosas de las que se podía hablar porque ya había pasado el sol blanco del mediodía, con su blancura de hueso blanco y no había calor y la tarde estaba linda y uno se sentía muy bien en el desfile lejano y el sonido de los zapatos marciales sobre el pavimento. Y arranqué a caminar por entre la gente y encontré a Chernyzhov y a los periodistas soviéticos que había conocido en Moscú, que regresaban del desfile y Chernyzhov me dijo, muy contento: Cada día descubro más la verdad de esta Revolución, su corazón. Es formidable. Y yo pensé que era formidable que Chernyzhov pensara que era formidable, porque en la Unión Soviética debían saber muy bien qué cosa era una Revolución y Chernyzhov venía y decía esto.

Caminé y vi una muchacha muy joven recostada al gran cartel que anuncia el desfile, las milicias junto al INRA, que es un cartel muy primitivo, pero que allí, con la gente a su alrededor, recostada contra las figuras de milicianos que marchan al ingenio armados, lucía muy bien. Oscurece y la gente conversa mientras pasan los grandes cañones antitanques que ya no asombran a la gente, porque han pasado decenas de ellos y alguien dice que somos el país mejor armado de América Latina y el otro le dice que es verdad y que sin embargo no queremos guerra y que por ejemplo, Guatemala, con Ydígoras, anda buscando pelea con nosotros y el otro le dice que esa pelea se la busca a Ydígoras su manager, el Tío Sam. Los cañones desfilan alumbrados por los jeeps que les siguen y los faros iluminan el polvo fino que levantan las gomas y la Plaza de la República está totalmente transformada, irreconocible por la multitud que la colma. Se vuelven a oír los altoparlantes y el locutor advierte a la gente que el desfile no ha terminado todavía, que falta una sorpresa final, que no interrumpan la vía, y una vieja que camina envuelta en la bandera cubana grita: Ese es el etcétera de Fidel, y casi sobre su voz se escucha la voz múltiple del locutor saliendo por cada uno de los altavoces, diciendo: No se trata de un arma nueva, señores. Se trata del cohete matavacas que fue reconstruído por obreros cubanos, pedazo a pedazo. Se abre un camino y al fondo se distinguen luces rojas y faros de autos y el zumbido de las motocicletas llega hasta nosotros y a lo lejos se ve avanzar una estructura y a duras penas se contiene a la gente y cuando ya no se puede contener más al pueblo, un miliciano grita: ¡Rompan! Y la gente se abalanza sobre la tribuna y desde lo alto de la calle parece una marea fantástica empujada por un viento fenomenal y todos corren y ya no se oyen las instrucciones del locutor, ahogada su voz en fragmentos, palabras: ...avances... por favor... el Máximo... la palabra. Y es que Fidel va a comenzar a hablar, pero antes han de leer sus versos Neruda y Guillén y en este momento que no pueden describir ni Neruda ni Guillén ni yo ni nadie, porque es increíble y emocionante y único y nuevo y endemoniadamente difícil de trasladar a nadie con palabras o con fotos o con cine, con cualquier sustituto de la realidad, excepto por la realidad misma, pienso la última vez en Crillon, el hombre sin miedo, a quien Carlos IX el rey de Francia o Enrique IV o no recuerdo quién, le dijo, después de una batalla, de una victoria gloriosa, le dijo: Cuélgate, bravo Crillon, pues hemos combatido en Arles y tú no estabas. Y recuerdo a todos los que no están aquí: a los ausentes de veras y a los ausentes por su voluntad y a los ausentes contra su voluntad y a los ausentes por resentidos y a los escritores ausentes y a los cubanos ausentes y a los extranjeros ausentes y a todos los que no estaban y no puedo menos que terminar diciéndoles, a los que no estaban:

cuélguense,
hemos visto a la
Revolución
y
ustedes
no estaban
NO
ES
TA
BAN






DISCURSO DE FIDEL

Considerando la circunstancia excepcional en que fue pronunciado el vigoroso y trascedental Discurso de Fidel Castro, para conmemorar el Segundo Aniversario de la Revolución Cubana y responder a las amenazas intervencionistas del Imperialismo yanqui y a los ponedores de bombas y de fósforo vivo de la contrarrevolución: "LUNES DE REVOLUCION" publica íntegramente su texto para que los millones de cubanos que le oyeron vuelvan a enriquecer su patriotismo y su voluntad de defender la Patria con los rifles y con las uñas, leyendo a Fidel Castro.

Si los ensoberbecidos millonarios de la "Casa Sucia" de Washington y los militaristas enloquecidos del Pentágono y los monopolistas de Wall Street se han ilusionado con los actos de sabotajes de la contrarrevolución que ellos dirigen y actúan en el interior de nuestro país creyendo que pueden intervenir, porque encontrarán a unos aliados desvergonzados y abyectos gusanos, ahí tienen como respuesta a miles y miles de hombres desfilando con cañones, rifles, cañones anti-tanques, ametralladoras antiaéreas y el vigoroso discurso de Fidel Castro.

Visitantes de todos los países que nos estimulan y nos honran con su presencia en este acto;

Cubanos todos:

Una vez más nos hemos reunido en esta gran Plaza, que siempre ha llenado el calor y el entusiasmo de nuestro pueblo.

No están, sin embargo, presentes muchos: una parte considerable de la masa del pueblo, que en estos instantes no puede acompañarnos como siempre, porque otros deberes reclaman su presencia; ni pueden estar aquí con nosotros los hombres que durante casi nueve horas desfilaron ante el pueblo (aplausos), porque ellos salieron de sus puestos y volvieron a sus puestos (aplausos); ni pueden estar con nosotros las decenas de miles de milicianos que, mientras ellos desfilaban, mantenían en alto la guardia de la Patria, para que el enemigo no fuese a aprovecharse de la conmemoración de hoy y extraer ventajas posibles de ello (aplausos).

Faltan, pues, muchos miles de buenos cubanos, de recios obreros, que siempre le han dado, con su presencia y su fervor revolucionario, la tónica de entusiasmo que siempre han caracterizado a estos actos. Sin embargo, ha habido el entusiasmo de siempre. Y la presencia extraordinaria de mujeres cubanas obedece al hecho de que, al no poder venir esta noche muchos hombres, vinieron sus esposas, y vinieron sus hijas, y vinieron sus hermanas, a ocupar su puesto (aplausos).

Hemos venido hoy a conmemorar el Segundo Aniversario de nuestra Revolución. Todos recordamos aquel día, hace dos años; la Revolución comenzaba propiamente. Muchos, tal vez, entre los que disfrutaban una situación privilegiada dentro de nuestra sociedad, pensaron que no habría Revolución; es posible que no tuvieran siquiera idea de lo que era una Revolución.

Los que no querían y estaban interesados en que no hubiera Revolución, los que jamás podían aceptar la Revolución, no están hoy con nosotros. Los que sí comprendían la necesidad de la Revolución, o llegaron, en el transcurso de estos dos años, a comprender esa necesidad; los que han visto, los que han tenido la oportunidad extraordinaria de ver lo que es una Revolución, al cabo de dos años, después de dos años, están aquí con el mismo entusiasmo del primer día (aplausos).

Es como un entusiasmo... (COMIENZA A LLOVIZNAR LEVEMENTE, Y EL PUBLICO COMIENZA A GRITAR: "¡QUE SE TAPE! ¡QUE SE TAPE!")... Yo espero que el agua no vaya a perturbar el acto de esta noche... (EL PUBLICO GRITA: "¡NOS MOJAMOS! ¡NOS MOJAMOS!")... Creo que, si es necesario, hay que mojarse; pero en ese caso es necesario que yo me moje también con ustedes (GRITOS DE "¡NO!"). (EL DOCTOR CASTRO SE QUITA LA CAPA QUE TIENE PUESTA, OYENDOSE INMEDIATAMENTE GRITOS DE: "¡QUE SE LA PONGA, QUE SE LA PONGA!" Y DE: "¡QUE SE TAPE, QUE SE TAPE!").

Compañeros: comprendemos, comprendo perfectamen-

SEGUNDO ANIVERSARIO

te, comprendo perfectamente que en otras circunstancias tenga mayor o menor importancia que nosotros nos mojemos, lo que nos cuesta trabajo comprender es si en momentos como éstos en que la Patria está corriendo peligro, si en momentos como éstos en que todo el pueblo está dispuesto a dar su vida por defender su causa (aplausos), si en momentos de peligros para nuestro país, como estos momentos, y que juntos con el pueblo los hombres que dirigimos al pueblo estamos en esa disposición, si estamos todos en la disposición, y nosotros en primer lugar que nadie, porque ese es nuestro deber, si vale la pena preocuparse en momentos como éstos de que a nosotros nos caigan unas cuantas goticas de agua encima (APLAUSOS Y GRITOS DE: "¡QUE SE TAPE, QUE SE TAPE!". EL DOCTOR CASTRO SE COLOCA NUEVAMENTE LA CAPA ENCIMA).

Si no los podemos convencer con razones —y nosotros creemos que tenemos razón en lo que estamos diciendo—, no vamos a discutir más. De todas formas el acto, el tiempo, los minutos y las cosas sobre las que tenemos que meditar esta noche tienen extraordinariamente más importancia.

Hablábamos de los que no comprendieron ni podían comprender la Revolución, y los que sí la comprendieron. En primer lugar, una Revolución no se produce sin causa. Los que crean que nosotros somos los causantes de la Revolución, se equivocan; los causantes de la Revolución, paradójicamente, son los que no pueden querer la Revolución (aplausos).

No habría Revolución si no hubiese existido tanta injusticia en nuestro pueblo. Es bueno partir de esta base: de que la culpa de que nuestro país se vea envuelto en una Revolución la tienen los grandes abusos que se cometieron durante tantos años con nuestro pueblo, la tiene la explotación a que se vio sometido el país, a que había estado sometido siempre. Cualquiera comprende que sin esas circunstancias no habría tenido lugar una Revolución en nuestro país.

La Revolución era, pues, una necesidad, y la Revolución se está haciendo, y la Revolución ¡se hará! (aplausos).

Y ¿qué es una Revolución? ¿Es, acaso, un proceso pacífico y tranquilo? ¿Es, acaso, un camino de rosas? La Revolución es, de todos los acontecimientos históricos, el más complejo y el más convulso. Es una ley infalible de todas las revoluciones, y la historia lo enseña; ninguna revolución verdadera dejó de ser, jamás, un proceso extraordinariamente convulso, o, de lo contrario, no es revolución. Cuando hasta los cimientos de una sociedad se conmueven, y sólo la Revolución es capaz de conmover los cimientos y las columnas sobre las cuales se erige un orden social, como sólo una Revolución es capaz de conmoverlos, y si esos cimientos no se conmueven, la Revolución no tendría lugar, porque una Revolución es algo así como destruir un viejo edificio para construir un edificio nuevo (aplausos), y el nuevo edificio no se construye sobre los cimientos del edificio viejo. Por eso, un proceso revolucionario tiene que destruir para poder construir (aplausos).

Y eso hemos venido haciendo durante dos años destruir los cimientos de ese edificio. Por eso, los que querían aquel viejo edificio destruído por la Revolución, el edificio de sus privilegios y sus extraordinarias ventajas a costa de los demás, miran con tristeza y desaliento la demolición que estamos realizando. Y los revolucionarios, que no sentimos nostalgia por el pasado, y que tenemos nuestros ojos puestos en el porvenir, y sólo en el porvenir, vivimos, en la esperanza, en el estímulo y en el aliento que nos da el nuevo edificio social que estamos construyendo (aplausos).

Y a los dos años, cuando los enemigos de la Revolución han ido de las palabras a los hechos, es cuando los hechos demuestran, cada vez más evidentemente, la pugna entre esos dos criterios, entre esas dos fuerzas: las fuerzas del pasado y las fuerzas del futuro; los que se apegan al ayer y los que nos apegamos al mañana; los que no querían cambios, los que querían la continuación de un sistema y de una existencia donde se encerraban las más inconcebibles injusticias, y los que estamos decididos a hacer, para nuestro pueblo, un mundo nuevo (aplausos).

El choque entre el mundo viejo y el mundo nuevo era inevitable, y como ese choque es cada día más enconado, es preciso aclarar ideas, aclarar ideas al pueblo, pero no sólo ayudar al pueblo a comprender, tenemos que aclararles las ideas, también, a los enemigos del pueblo (aplausos).

Nosotros no vamos a hablar aquí hoy de los beneficios de la Revolución; no se trata de repetir aquí lo que el pueblo sabe perfectamente bien, lo que cualquiera de ustedes ha visto y ha vivido; no se trata de que nosotros le enumeremos a nuestros generosos visitantes el número de cosas que la Revolución ha hecho. Ustedes no están aquí sin razón, ustedes no han abrazado la bandera de la Revolución sin justificación. Ya se sabe que las revoluciones entrañan destrucción de privilegios y de intereses de minorías explotadoras, para servir los intereses, y los derechos, y las aspiraciones de las grandes mayorías oprimidas o explotadas (aplausos). Vamos a apartarnos de esas enumeraciones, y vamos a afirmar y a analizar que era inevitable un choque de intereses, que era inevitable el choque entre los intereses de la mayoría y los intereses de la minoría privilegiada.

No siempre la Revolución la comprenden aun los mismos que reciben beneficios de ella; es posible que una parte de los beneficiados por la Revolución no sean capaces de darse cuenta, siquiera, de ello. Hay ciertos hombres que son hijos genuinos del pasado, que son un producto del pasado. Sobre una parte, que puede ser mayor o menor del pueblo, influye esa minoría privilegiada, porque la minoría era la que recibía una educación, la que ostentaba el poder político, la que monopolizaba todos los medios de cultura, de divulgación de las ideas, y trataba de modelar el pensamiento del pueblo a su antojo.

Hay veces que es grande la parte de la masa que no llega a comprender la Revolución, como el caso de aquel siervo que estaba siendo explotado, que cuando en un país se hizo una reforma agraria, exclamaba: "¿Por qué le quitan la tierra a mi patrón, si es bueno?" (Aplausos.) Otras veces, sin embargo, la Revolución es comprendida por una gran parte de la masa, y ése ha sido, afortunadamente, el caso de Cuba. (Aplausos.) Y la lucha de la minoría privilegiada, la lucha de los enemigos de la Revolución no es lo principal; siempre, desde el primer momento, estuvo dirigida al objetivo de confundir al pueblo.

La minoría privilegiada y los grandes intereses afectados por la Revolución, se han esforzado extraordinariamente para conseguir que los propios beneficiados de la Revolución, que los hombres y las mujeres liberados por la Revolución, conspiren contra la Revolución; que el pueblo libertado por la Revolución se ponga contra su Revolución. (Gritos de: "Paredón", "Paredón".)

Y esa táctica es una táctica invariable de las clases dominantes cuando son desplazadas del poder. Cualquiera, por ejemplo, que analice cómo son engañados los pueblos, cómo, mediante una propaganda sistemática y falsa, es posible confundir a grandes núcleos nacionales; cuando se comprende, por ejemplo, la tragedia de los Estados Unidos, en que su población es apartada sistemáticamente, mediante agencias monopolísticas de noticias, de toda información veraz, cuando se observa cómo los más poderosos medios del pensamiento, que influyen sobre las ideas de los pueblos, son utilizados sistemáticamente por esas minorías dominantes para mantener a los pueblos en el engaño más criminal.

Se comprende la esperanza que ponen los enemigos de nuestra Revolución en la idea de confundir a una parte del pueblo. Sin embargo, era mucho más fácil engañar a los pueblos extranjeros, era mucho más fácil engañar a los pueblos hermanos de nuestro Continente, que a nuestro propio pueblo, porque nosotros éramos testigos de los acontecimientos y las grandes masas de América, una gran parte de las noticias que reciben es a través de agencias que son enemigas inveteradas de nuestra Revolución.

Y, sin embargo, esas masas, que no son testigos de los hechos que ocurren en Cuba, sin embargo son testigos de los sufrimientos que esos pueblos están padeciendo, igual a los que padeciamos nosotros, y esa es la única explicación de que, a pesar de la tremenda campaña que se ha realizado contra nuestra Revolución; nuestra Revolución Cubana cuente con las simpatías de amplias masas de los pueblos hermanos de América Latina. (Aplausos.) El sentimiento del sufrimiento propio, ha sido más poderoso que todas las deformaciones de la verdad que ha tenido que sufrir nuestra Revolución.

Mas, si queremos comprender las cosas tal como deben ocurrir, debemos recordar que ninguna Revolución se libró de la calumnia, y hay circunstancias que tan inexorablemente se repiten que es virtualmente imposible que nosotros aspiráramos a librarnos de ella. La deformación de la verdad, las peores calumnias y las peores agresiones, han sido las primeras cosechas de todas las grandes Revoluciones en la historia de la humanidad.

Si quisiéramos medir el mérito de nuestra Revolución y el valor de nuestra Revolución, bastaría observar el odio que contra ella sienten los grandes intereses reaccionarios del mundo; bastaría observar el odio que contra ella siente el peor y más explotador de los imperialismos modernos. (Gritos de: "¡Fuera!"); bastaría observar el odio que contra ella siente la prensa más reaccionaria del mundo, la campaña tremenda de calumnias que se comenzó a realizar desde el primer día contra ella, para comprender, para satisfacción de nuestro pueblo, que nuestra Revolución pasará también a la historia como una gran Revolución. (Aplausos.) Pero ninguna Revolución se puede librar de esos males inevitables: ni de la calumnia, ni de la deformación de la verdad, ni de la agresión; y nosotros no podíamos creer que de esas consecuencias inevitables nos íbamos a librar, ni de ninguna otra consecuencia de toda Revolución verdadera, ¡y ésta es una Revolución verdadera! (Aplausos.)

El conflicto de grandes intereses está planteado, la lucha enconada entre Revolución y contrarrevolución, está planteada; la lucha a muerte entre esas dos fuerzas era inevitable, y en una Revolución las luchas son a muerte.

(Aplausos.) Sólo los ilusos y los ignorantes son capaces de imaginarse otra cosa. Nosotros lo sabíamos desde el primer día, y lo comprendemos cada día más claramente, por la experiencia que da esta lucha y por lo que se aprende en un proceso revolucionario, como hemos aprendido todos: ustedes y nosotros. (Aplausos.)

Sin embargo, como no hay mejor lección que los hechos, era necesario que los hechos vinieran a enseñarnos, era necesario que los propios hechos condujeran al pueblo, a la gran masa del pueblo, a una comprensión mejor de lo que es una Revolución; y; sobre todo, en primer lugar, que una Revolución no es un camino de rosas, y que una Revolución es una lucha a muerte entre el futuro y el pasado (aplausos), y que la propia naturaleza de todo proceso revolucionario hace imposible toda otra alternativa; el choque de intereses es demasiado enconado en una Revolución para que pueda ser de otra manera. El viejo orden se resiste siempre a morir, y el nuevo orden, la nueva sociedad, el nuevo mundo que se forja en una Revolución, pugna con todas sus energías para sobrevivir (aplausos); la lucha se convierte para ambas fuerzas en una cuestión vital: o las contrarrevoluciones destruyen a las Revoluciones, o las Revoluciones destruyen a las contrarrevoluciones. (Aplausos y gritos de: "¡Venceremos!")

Ambas fuerzas tienen sus objetivos y sus tácticas; ambas fuerzas saben cuáles son los recursos con que cuentan. Toda contrarrevolución es una fuerza; y no hay Revolución que no genere una fuerza contra ella. La propia Revolución genera las fuerzas que la combaten.

Y la contrarrevolución tiene su apoyo social en los grandes privilegiados desalojados del poder económico y político; tiene su apoyo en los grandes terratenientes que han perdido sus tierras; en los grandes propietarios que han perdido sus propiedades; en los grandes industriales que han perdido sus industrias; en los grandes burócratas que han perdido sus prebendas. Tiene su apoyo en todos los parásitos que en la sociedad existen. (Gritos de: "Fuera"); y tiene su apoyo en esa escoria social que es producto de la ignorancia y de la explotación.

La contrarrevolución cuenta con todos los parásitos y con toda la escoria social. (Gritos de: "Fuera"); ese ejército, a veces numeroso, de elementos que vivían medrando en la pudrición; ese ejército numeroso de hombres que eran también parásitos satélites, pequeños parásitos que giraban alrededor de los grandes parásitos, y que en nuestro país conocemos por el nombre de esbirros. (Gritos de: "Fuera"), de confidentes, de politiqueros, de boteleros, de hombres que vivían del vicio, bien del juego, bien del tráfico de drogas, bien del contrabando, bien de la trata de blancas, bien del crimen, o porque alquilaba su brazo al poderoso para defender sus privilegios, para matar y oprimir al pueblo, con todo ese lumpen social, con todos los cobardes, con todos los viciosos, con todos los miserables, con todos los parásitos, cuentan las contrarrevoluciones. (Gritos de: "Paredón".)

Pero en nuestro país ocurría, además, una circunstancia especialísima, porque el apoyo más poderoso de la contrarrevolución, su fuerza principal, no era, sin embargo, ese lumpen de miserables, de parásitos, de explotadores, de asesinos, de viciosos y de cobardes. El apoyo más poderoso de la contrarrevolución era el apoyo de una fuerza que se hace sentir en todo el mundo, de una fuerza muy poderosa; tan poderosa, que hoy es el freno principal del avance de la humanidad; tan poderosa, que crea conflictos en todos los Continentes del mundo; tan poderosa, que interfiere en los problemas de una gran parte de las naciones del mundo; tan poderosa, que aspira a decidir destinos y, en muchos casos, decide destinos de pueblos. El apoyo fundamental de la contrarrevolución en Cuba vino a ser, necesariamente, el apoyo de los grandes monopolios extranjeros, es decir, el apoyo de las grandes fuerzas imperialistas.

Tan poderosa, tan poderosa es esa fuerza, que en América, ¿cuántos son los gobiernos que pueden decirle "no"?, ¿cuántos son los políticos que pueden decirle "no"? Tan poderosa es esa fuerza, que entre tantos pueblos de América, son pocos, muy pocos, los políticos, y son verdaderas excepciones los gobiernos que pueden decirle "no". Tan poderosa, tan poderosa es esa fuerza, que la mayor parte de los hombres públicos, y la inmensa mayoría de los gobernantes de este Continente y de los demás Continentes, siempre tienen que decir "yes". Y nuestro pueblo le dijo al poderoso, al poderoso, al que muchos le decían "yes", ¡nuestro pueblo le dijo "no"! (Aplausos y gritos de: "Cuba sí, Yanquis no".)

Pero no es fácil pronunciar la palabra "no" ante un poderoso. El "no" de los pueblos no se pronuncia impunemente ante el rostro de un imperio poderoso. La Revolución Cubana tenía que ser, necesariamente, ese "no" al imperialismo, y el imperialismo decidió destruir a esa Revolución que pronunció la palabra "no", desentonando con el coro infame de los que siempre han dicho "yes".

El imperio poderoso decidió la destrucción de la Revolución Cubana; la Revolución Cubana tenía que chocar, necesariamente, con el imperio poderoso. ¿Hay algún ingenuo en este mundo que se crea que se podía hacer una Reforma Agraria, privar de la tierra a las grandes compañías imperialistas sin chocar con el imperialismo? ¿Había algún ingenuo en este mundo que creyera que se podían nacionalizar los servicios públicos sin chocar con el imperialismo? ¿Había algún ingenuo que creyera que se podía aspirar a tener una economía independiente y una vida política independiente sin chocar con el imperialismo?

Ese ingenuo es difícil que pueda existir, sobre todo, cuando los hechos nos han ido enseñando la verdad. Luego, la fuerza contrarrevolucionaria encontró su apoyo en el imperialismo, y la lucha de la Revolución Cubana dejó de ser una lucha dentro del marco nacional, para convertirse en una lucha de los intereses de la nación, contra los intereses del imperialismo. Y en eso se cumplió una ley de todas las revoluciones: la reacción derrotada en un país busca siempre su apoyo en las fuerzas reaccionarias extranjeras.

Existe en el mundo la solidaridad de la reacción y siempre, en todas las revoluciones, las clases reaccionarias han tratado de volver a dominar el país con el apoyo de la reacción internacional. Pero, en este caso, vino a ser la lucha de David contra Goliat: la lucha del pueblo pequeño contra el gigante imperialista cuyas largas manos alcanza a pueblos de todos los continentes del mundo.

La lucha de la Revolución Cubana se vino a convertir en una epopeya, la epopeya de una Revolución que tiene lugar en un país pequeño, en lucha contra el más poderoso imperialismo de los tiempos contemporáneos, y ese poderoso imperialismo ha puesto todos sus servicios y todos sus recursos al lado de la contrarrevolución. El imperialismo se convirtió en jefe de la contrarrevolución, y en este minuto nos vemos envueltos en una lucha en la cual la contrarrevolución cuenta con todo el apoyo de ese poderoso imperio.

Quizás ése sea el mayor mérito de nuestra Revolución; quizás ése sea el mayor mérito que la historia reconozca a nuestra Revolución: que no se enfrenta a un enemigo pequeño, sino a un enemigo muy poderoso, y ese enemigo poderoso ha sido el encargado de "revolver la gusanera" aquí en nuestro país (Aplausos). Y los "gusanos" se han removido, los "gusanos" se han agitado.

Con toda seguridad que sin el esfuerzo que realiza el imperialismo contra nuestra Revolución, nuestro país no tendría el menor problema, ésta sería la tierra más feliz del mundo, y ésta sería una nación de paz y de trabajo. Sin el apoyo imperialista, ¿qué podrían los enemigos de la Revolución? Los enemigos de la Revolución no se atrevían siquiera a levantar la voz; los enemigos de la Revolución no se atrevían a desafiar a la gran masa del pueblo; los enemigos de la Revolución temblaban ante el pueblo, temblaban ante la gran mayoría del pueblo y, sin embargo, el imperialismo los sacó de ese miedo, el imperialismo les dio esperanzas, el imperialismo les dio apoyo y les dio recursos, pero, sobre todo, les dio la creencia de que algún día podrían dominar a esa gran masa, les hizo creer que no importaba cuán grande fuese el apoyo popular de la Revolución, que más tarde o más temprano la Revolución sería destruída por el imperialismo y, entonces, ellos, los gusanos, treparían sobre las esperanzas y los ideales deshechos de nuestro pueblo (Aplauos).

Y los gusanos han llegado a creerse, de veras, que algún día sus amos imperiales los pondrán aquí otra vez con una banderita que pretenda ser enseña nacional, con un himno que pretenda ser himno de la patria, y con un colorcito en el mapa para alentar la ficción de que los gusanos gobiernan y de que los gusanos mandan. Y los gusanos no pueden vivir sino de la pudrición, y los "gusanos" no podían vivir ni hacer de instrumentos del imperialismo. como no fuese en el mundo y en el medio corrompido en que vivía nuestro pueblo antes del día luminoso del 1ro. de Enero de 1959 (Aplausos).

Y al país, carcomido por la podredumbre, lo ha levantado la Revolución; al país, que era asiento de todos los vicios políticos, de todos los crímenes, la Revolución, la Revolución lo levantó; la Revolución fue capaz de barrer de la vida pública a todos los gusanos; la Revolución fue capaz de barrer de la vida pública a todos los politiqueros; la Revolución fue capaz de barrer de la vida nacional a todos los criminales y torturadores; la Revolución fue capaz de barrer de la vida nacional a todos los parásitos; la Revolución fue capaz de barrer a los viciosos y a los vicios.

La Revolución fue capaz de acabar con todas las inmoralidades públicas; la Revolución fue capaz de acabar con el robo; la Revolución fue capaz de acabar con el crimen; la Revolución fue capaz de acabar con el hambre; la Revolución fue capaz de acabar con la miseria; la Revolución fue capaz de acabar con la incultura (Aplausos). (Gritos de: "FIDEL", "FIDEL"); la Revolución fue capaz de acabar con el bandidaje; la Revolución fue capaz de acabar con la deshonra; la Revolución fue capaz de acabar con la mentira; la Revolución fue capaz de acabar con la traición; la Revolución fue capaz de acabar con la injusticia; la

Revolución fue capaz de acabar con la explotación (Aplausos y gritos de: "PAREDON", "PAREDON").

La Revolución fue capaz de acabar con la vergonzosa sumisión a los intereses extranjeros y la Revolución fue capaz de liquidar a esos intereses extranjeros (Aplausos); la Revolución fue capaz de acabar con los prejuicios; la Revolución fue capaz de acabar con la discriminación injusta y cruel (Aplausos); la Revolución fue capaz de crear en el pueblo una esperanza; la Revolución fue capaz de despertar en el pueblo dormido los más nobles propósitos de ideales (Aplausos y gritos de "VENCEREMOS"); la Revolución fue capaz de despertar la vergüenza nacional y de avivar y renacer las extraordinarias virtudes de nuestro pueblo. Y de un pasado en que la vida era una vergüenza, de un pasado en que la vida era sin esperanza, la Revolución ha llevado al país a un minuto en que se siente como una gran honra ser hijo de esta nación (Aplausos y gritos de "CUBA SI, YANQUIS NO")

La Revolución ha despertado el sentido moral del pueblo; la Revolución ha despertado la solidaridad humana en los hombres y mujeres de nuestro pueblo; la Revolución ha abolido el egoísmo y ha convertido la generosidad en la virtud principal de cada ciudadano; la Revolución ha recogido lo mejor de la nación; la Revolución ha barrido, la Revolución ha purificado, la Revolución ha adecentado, la Revolución ha redimido.

Pero los gusanos no podían resignarse, y los gusanos, ayudados por sus amos imperialistas y al servicio, por entero, de ese imperialismo, pagados por el oro miserable del imperialismo, se empeñan en podrir a la patria, se empeñan en que la patria vuelva a ser podredumbre y cieno. Y ponen bombas... (Gritos de: "PAREDON", "PAREDON") que asesinan a niños inocentes, que hieren sin consideración a mujeres y hombres, tratan de destruir las riquezas del pueblo. Y los que ayer ¡los que ayer no ponían una bomba en una industria cuando era propiedad del extranjero explotador, la ponen hoy cuando es propiedad del pueblo! (Gritos de: "PAREDON", "PAREDON"). Los que ayer no saboteaban una industria cuando era propiedad de una empresa extranjera o de un millonario, la sabotean hoy cuando es propiedad del pueblo. Los que ayer, cuando la economía nacional estaba en manos extrañas, cuando las riquezas de nuestra patria servían para engrandecer las fabulosas fortunas de los monopolios extranjeros, cuando ayer el peso que se producía no era para nosotros, cuando el pan que se producía con el sudor de nuestro pueblo no era para nosotros, cuando la riqueza que se creaba con trabajo del pueblo no era para beneficio del pueblo no hacían sabotajes, no ponían bombas, no regaban fósforo vivo, no hacían atentados. Y, en cambio, lo hacen ahora cuando es del pueblo.

Nosotros, los hombres que nos fuimos a las montañas, nunca adoptamos la táctica del terror; nosotros sentíamos verdadera alergia por los métodos terroristas. Pero, sin embargo, éramos capaces de comprender que los jóvenes quisieran destruir una empresa que no era nacional, sino extranjera, y medio de explotación del pueblo; que quisieran destruir una riqueza que no era cubana, sino extranjera; comprendíamos que los jóvenes se rebelaran con odio contra el vicio, contra el crimen, contra el robo; comprendíamos que sintieran odio hacia los asesinos, hacia los ladrones, hacia los torturadores; comprendíamos que tenían un propósito noble.

Pero hoy, ¿contra quién ponen las bombas?, ¿contra la honradez escrupulosa y absoluta de los hombres que gobiernan a la República? (Aplausos); ¿contra qué ponen las bombas?, ¿contra los cuarteles que hemos convertido en escuelas? (Aplausos); ¿contra qué ponen bombas?, ¿contra los maestros que les hemos enviado a nuestros campesinos? (Aplausos); ¿contra qué ponen bombas?, ¿contra los médicos que hemos mandado a todos los rincones del país? (Aplausos); ¿contra qué ponen bombas?, ¿contra las tierras que les hemos entregado a los campesinos? (Aplausos), ¿contra las casas que les hemos entregado al pueblo? (Aplausos); ¿contra qué ponen bombas?, ¿contra los doscientos mil nuevos empleos que la Revolución ha creado para el pueblo? (Aplausos).

Yo quisiera que levantaran la mano todos los hombres y mujeres que están aquí y que trabajan (los hombres y mujeres del pueblo alzan las manos). ¡Observen ese mar de manos!, ¡eso es lo que la Revolución ha hecho! Y nosotros nos preguntamos: ¿contra qué ponen bombas?, ¿contra esas manos que trabajan, contra esas manos que producen la riqueza nacional? (Aplausos prolongados y gritos: "¡PAREDON!")

Ponen bombas contra las manos limpias de los que crean, contra los hombres y las mujeres honestas de nuestro pueblo, contra los hombres que cumplen el deber con nobleza y gallardía, contra los hombres que han sabido respetar la persona humana. Los que no hacían atentados contra esbirros, quieren asesinar a soldados, a milicianos y a hombres que jamás han golpeado a un solo ciudadano, ¡que jamás le han puesto la mano encima a nadie! (Aplausos).

Los cobardes, los cobardes alentados por el imperialismo, se han llenado del falso valor que les da la creencia de que los miserables, protegidos por los poderosos, pueden triunfar. Los cobardes se han llenado del falso valor que les ha dado el hecho de que la Revolución haya sido generosa y extraordinariamente humana; los miserables se han llenado de valor falso al saber del interés que la Revolución ha tenido en evitar medidas rigurosas, en evitar medidas severas; los gusanos se han llenado de falso valor.

Saben que ningún agente de autoridad los va a golpear o los va a torturar, saben que ése es un principio inconmovible de la Revolución; pero como, además, un día la Revolución quitó los Tribunales Revolucionarios y suspendió los fusilamientos, y como otro día la Revolución restableció los Tribunales Revolucionarios pero ha sido muy generosa y muy benigna con los contrarrevolucionarios y los traidores, ¿qué ocurre?, ¿qué ocurre?: que los gusanos han campeado a sus anchas.

Poner bombas y hacer sabotajes se convirtió en un negocio lucrativo, y sin riesgo; si no los descubrían, recibían las espléndidas monedas con que la Embajada americana paga aquí el terrorismo (Gritos: "¡FUERA!"; si no los descubrían, ahí hay un enjambre de agentes del Servicio Central de Inteligencia, del FBI y del Pentágono, que han estado operando aquí impunemente (Gritos: "¡FUERA!", y esos agentes son los que han dotado a los terroristas de los instrumentos más modernos de destrucción, son los que han abastecido a los terroristas de explosivos de alto poder, son los que han abastecido a los terroristas de substancias químicas de gran efectividad, son los que han abastecido a los terroristas de todos los medios de destrucción y de sabotaje, son los que han abastecido a los terroristas de bases allí, en el territorio de los Estados Unidos, para que constantemente sus aviones estén hostigando nuestros campos y nuestras ciudades, son los que les han dado allí hospitalidad a los criminales, a los que aquí han asesinado soldados y se han ido a ocultar allá, a los que se roban aviones aún a costa de la vida de los pasajeros, son los que han estado enviando constantemente armas a los distintos lugares de Cuba para tratar de promover insurrecciones y son, sobre todo, los que les han dado aliento a los gusanos miserables.

Luego, los gusanos, los gusanos han encontrado un negocio lucrativo; destruir una fábrica del pueblo, destruir una tienda del pueblo, se convirtió en un negocio bien pagado por el imperialismo. Si los descubrían, no tenían problemas en las estaciones; y, además, la Revolución no los fusilaba (Gritos: "¡PAREDON!" y "¡AHORA SI!")

La Revolución los condenaba a prisiones, pero como los contrarrevolucionarios creen ciegamente que el imperialismo los va a sacar de la cárcel y los va a situar en el poder, se sienten llenos de ilusiones. Y la historia por la que han pasado las revoluciones enseña que en esta pugna enconada de intereses los contrarrevolucionarios se despreocupan de las penas de prisión, porque como viven para una ambición, como viven aspirando a recibir algún día su prebenda, a ellos lo que les importa es vivir, porque creen que el poderoso amo extranjero que los ayuda los va a rescatar de la cárcel y los va a salvar.

Y ésta es una verdad dura, pero es una verdad. Las penas de prisión no asustan a los gusanos, los gusanos creen que van a estar unos días en la cárcel.

Y por eso, con una desfachatez tan grande, aun en estos días en que no hubo una sola familia que no tuviera lo suficiente y lo necesario para pasar unos días felices y tranquilos (Aplausos); cuando la Revolución había logrado darles a todos los trabajadores un plus de fin de año, han puesto bombas en establecimientos llenos de público, y han quemado almacenes llenos de juguetes para los niños el Día de Reyes (Gritos de "Paredón").

Y creen que pueden destruir impunemente las riquezas que el pueblo crea con su trabajo y con sus manos limpias y honradas. Las manos de los miserables quieren destruir lo que producen las manos de los hombres honrados, de los hombres y mujeres trabajadores de nuestro pueblo, para ir a cobrar la paga miserable de los amos extranjeros. Los gusanos creen que la Revolución no puede acabar con ellos, ¡y la Revolución, que ha acabado con muchos males, sabe también cómo acabar con los gusanos! (Aplausos).

La Revolución ha tenido mucha paciencia; la Revolución ha consentido que una plaga de agentes del Servicio de Inteligencia, disfrazados de funcionarios diplomáticos de la Embajada Americana, haya estado aquí conspirando y promoviendo el terrorismo. Pero el Gobierno Revolucionario ha decidido que antes de cuarenta y ocho horas, antes de cuarenta y ocho horas, la Embajada de los Estados Unidos no tenga aquí ni un funcionario más de los que nosotros tenemos... (Lo interrumpen con una ovación prolongada)... Permítanme... Permítanme... (Continúa la ovación)... Permítanme... Permítanme terminar la idea. El hecho de que hubiésemos establecido un orden en la expresión, ha servido en este caso para descubrir un deseo del pueblo. Nosotros no íbamos a decir todos los funcionarios, sino ni un funcionario más del número de los que nosotros tenemos en Estados Unidos, que son once. (Aplausos). Y estos señores tienen aquí más de trescientos funcionarios, de los cuales el ochenta por ciento son espías... (Gritos de "¡Que se vayan!")... Si ellos quieren irse todos... (Gritos de

SEGUNDO ANIVERSARIO

"¡Que se vayan!")... Si ellos quieren irse todos, entonces ¡que se vayan!... (Gritos de "¡Que se vayan!"... "¡Cuba sí, yanquis no!"... "¡Pim, Pom, Fuera: Abajo Caimanera!").

Mientras por un lado han estado haciendo presión para que los gobiernos de los pueblos latinoamericanos rompan relaciones con nosotros, ellos, a través de la representación diplomática, han introducido aquí un verdadero ejército de agentes conspiradores y promotores del terrorismo. Y han llegado a tales faltas de respeto a los intereses del pueblo, que en días recientes, realizábamos nosotros gestiones en busca de algunas casas para establecer un centro de capacitación de maestros voluntarios, y nos encontramos que en una de las casas de un señor siquitrillado, vivían tres funcionarios de la Embajada a quienes el señor que se había ido para los Estados Unidos les había dejado la casa, y a pesar de la Reforma Urbana, esos tres señores, descaradamente, ni siquiera pagaban el alquiler. (Gritos y Silbidos).

Si se tiene en cuenta que ellos han comprado una gran parte del dinero que se robaron los criminales de guerra, es decir, que les han dado dólares comprando los pesos a muy bajo precio —a ellos un peso les cuesta veinte centavos de dólar— y han sido algunos tan desvergonzados, que han estado robándole al pueblo de Cuba el precio del alquiler de una casa (Gritos de "Fuera").

Y mientras presionaban a otros gobiernos para que rompieran con nosotros, utilizaban ellos la Embajada para introducir aquí agentes conspiradores y terroristas; porque han estado dirigiendo el terrorismo amparados en la inmunidad diplomática. Por lo tanto, el Gobierno Revolucionario adopta esta posición que ha expresado aquí. No rompemos con ellos, pero si se quieren ir, ¡que les vaya bien! (Aplausos).

Y como la Revolución, como una Revolución es una lucha a muerte entre el pueblo que quiere marchar hacia adelante y los gusanos que nos quieren retrotraer a la podredumbre; como habíamos planteado, con la Revolución no hay alternativa: o la contrarrevolución aniquila a la Revolución, o la Revolución aniquila a la contrarrevolución. (Aplausos). O los contrarrevolucionarios aniquilan a los revolucionarios, o los revolucionarios aniquilamos a los contrarrevolucionarios. (Aplausos).

Y, por lo tanto, proclamamos aquí nuestra disposición de adoptar medidas severas contra los gusanos que sirven al imperialismo (Aplausos).

Todos los visitantes que han asistido a este acto y a esta conmemoración del Segundo Aniversario, son testigos excepcionales del sentimiento de nuestro pueblo (Aplausos), y son testigos excepcionales, y son testigos excepcionales, de que los agentes pagados del imperialismo han estado destruyendo riquezas del pueblo y destruyendo vidas del pueblo; los que nos visitan son testigos de que en un país pequeño, haciendo una Revolución verdadera frente a un enemigo tan poderoso como el imperialismo, que dispone de tantos recursos económicos para sobornar y comprar conciencias, que dispone de tantos recursos económicos para corromper, que dispone de tantos recursos técnicos para destruir, la Revolución Cubana se ve en la necesidad vital de aniquilar a los terroristas y a los contrarrevolucionarios (Aplausos y gritos de: "¡Paredón, Paredón!").

Y el próximo día 4 se reunirá el Consejo de Ministros para acordar una Ley severísima castigando con la pena capital, no sólo a los terroristas, sino a los cabecillas de los terroristas (Aplausos); castigando severamente, castigando severamente, no sólo el poner bombas, sino el tener en su poder explosivos de cualquier índole (Aplausos); castigando con la pena capital a los que tengan explosivos o sustancias inflamables que sirvan para hacer sabotajes (Aplausos); castigando con la pena capital todo acto de terrorismo contra la Revolución, y todo acto de sabotaje contra las riquezas nacionales (Aplausos), y aplicando las penas mediante procedimiento sumario, de manera que a las setenta y dos horas de haberse comprobado un acto de terrorismo o sabotaje (Aplausos), el terrorista o saboteador sea sancionado por los Tribunales Revolucionarios (Aplausos).

Nosotros sabemos cómo liquidar a los terroristas, nosotros sabemos quiénes son los terroristas, nosotros sabemos quiénes apoyan a los terroristas, cuáles son los intereses que aquí están aliados a los terroristas; nosotros sabemos que los terroristas se esconden en casas de señores privilegiados o afectados por la Revolución, nosotros sabemos que los terroristas se esconden en las casas de los ricos, nosotros sabemos qué clase social apoya el terrorismo, qué clase social ampara al terrorismo; nosotros sabemos cómo liquidar el terrorismo, no liquidando solamente a los terroristas, sino también aniquilando hasta el último privilegio y hasta el último interés económico de los que apoyen a los terroristas (Aplausos).

Y si tenemos que ocupar, si tenemos que ocupar una por una las casas de los privilegiados que ayudan a los terroristas, ¡ocuparemos las casas de los privilegiados y estableceremos allí centros escolares, o llevaremos a vivir a los vecinos de los barrios de indigentes que todavía quedan en la Capital! (Aplausos).

Nosotros sabemos cómo tomar las fortalezas sociales en que se apoya la contrarrevolución, y si nosotros tenemos que tomar un barrio entero, ¡tomamos un barrio entero! (Aplausos). Tengan la seguridad, tengan la seguridad, que por cada privilegiado que habita en suntuosas residencias, aquí hay diez familias que viven en un cuarto (Aplausos).

Al expresar esto, expresamos nuestro propósito de liquidar a la contrarrevolución, de aniquilar a los contrarrevolucionarios, de destruir todo apoyo a la contrarrevolución y a los terroristas (Aplausos). Y, por lo tanto, este año será un año de lucha, un año de duro batallar, ¡pero este año vamos a liquidar a los contrarrevolucionarios! (Aplausos y gritos de: "¡Venceremos, Venceremos!").

Están jugando con la Revolución, y no son capaces de imaginarse la fuerza y los recursos de una Revolución. La Revolución se prepara para defenderse de sus enemigos; esas armas que ustedes vieron desfilar aquí, que no es más que una parte pequeña de las armas con que cuenta el pueblo, y por aquí no desfiló sino una parte pequeña de las fuerzas con que cuenta la nación para defenderse, pero que ustedes fueron testigos de la gallardía, la marcialidad y el entusiasmo de esos hombres y esas mujeres.

Debemos decir aquí que esos hombres se han privado durante meses de sus ratos de ocio, y en ocasiones se han privado del calor del hogar para recibir cursos durante varios meses, a veces sin ver a la familia, para capacitarse en el manejo de esas armas (Aplausos); que los hombres que manejan las baterías antitanques son todos milicianos obreros de 20 a 30 años de edad (Aplausos); que los hombres que manejan los morteros pesados, son milicianos obreros de menos de 25 años de edad (Aplausos); que los hombres que manejan las antiaéreas son jóvenes cuyo promedio de edad es de 17 años (Aplausos); que los jóvenes que manejan las "bazookas" son Brigadas Juveniles que han escalado cinco veces el Pico Turquino, y han pasado por durísimas pruebas (Aplausos). Hombres del pueblo, hombres de extracción humilde, que fueron hoy, ante los visitantes ilustres que nos acompañan, ¡el orgullo de la nación! (Aplausos).

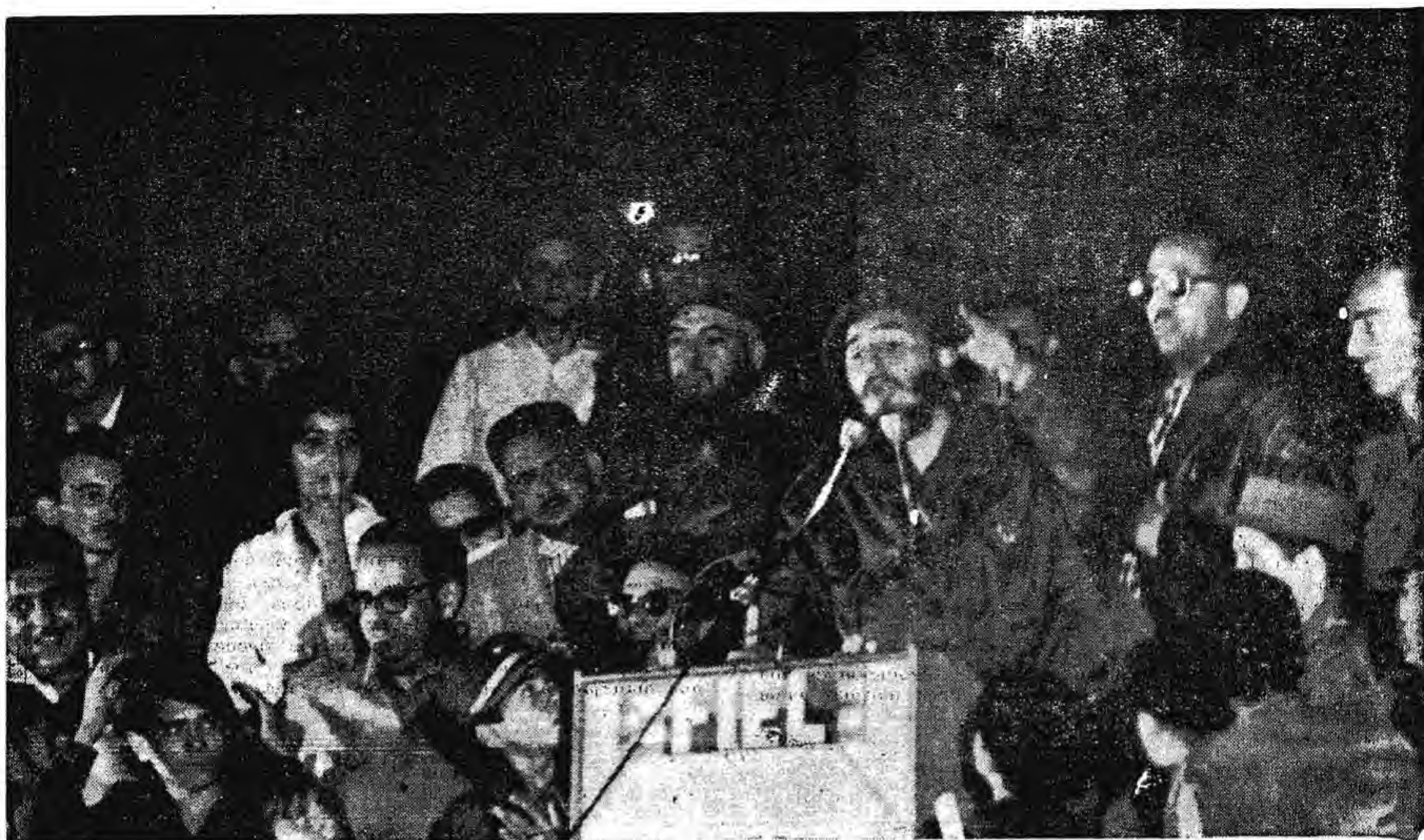
Ellos saben, ellos saben, como dijo el poeta Neruda, que nuestra batalla es la batalla de ellos, y que nuestra victoria es la victoria de los pueblos hermanos de América (Aplausos).

Y ellos marcharán con la impresión inolvidable de lo que han visto hoy. ¿Qué han visto? ¿Un clásico desfile militar? No. Nunca nuestro pueblo acudía a ningún desfile militar cuando las armas eran armas en manos de los privilegios contra el pueblo. El pueblo, en cambio, acudió en masa a ver desfilar a su fuerza armada; el pueblo aplaudió los tanques, aplaudió los cañones (Aplausos), porque son sus tanques, porque son sus cañones, porque son sus armas para defender todo lo que la Revolución ha conquistado para ellos. Y no los defiende una casta militar, sino los defienden las manos de los obreros humildes y de los campesinos, que han aprendido a manejar el cañón y han aprendido a manejar las armas con la perfección que jamás la aprenderán los privilegiados.

Y los gusanos, los privilegiados, los parásitos y los hijos de los parásitos que quieran enarbolar la bandera vergonzosa del crimen y de la traición a la Patria, sepan que no se van a enfrentar con "señoritos", ¡sepan que se van a enfrentar con hombres (Aplausos) que conocen del trabajo y del sacrificio! Y si todavía confiaran en que el imperialismo los va a llevar al poder, si se hacen ilusiones, sepan lo que deben saber. Nosotros esperamos que nadie dude de que esos hombres que por aquí desfilaron son hombres dispuestos a morir (Aplausos).

El pueblo es mucho más fuerte que cualquier oligarquía, el pueblo es mucho más poderoso que cualquier interés de minorías; y si ellos esperan que aquí, apoyados por el imperialismo, van a volver a ensangrentar y a oprimir la Patria, sepan que no hallarán nada, sepan que no hallarán un solo edificio entero, sepan que no hallarán una sola casa entera ¡porque cada edificio lo vamos a defender con armas automáticas, con ametralladoras, con "bazookas" y con cañones! (Aplausos). ¡Y que cada edificio y cada casa, la vamos a defender desde el último piso hasta el sótano, y cuando no quede un solo piso, defenderemos las ruinas de las casas! (Aplausos). ¡Y que en cada edificio y en cada fortaleza habrá uno de nosotros, en cada edificio y frente a cada grupo de hombres habrá un jefe que no se rendirá jamás (Aplausos) y que combatirá hasta después de la última bala! (Aplausos).

Esos hombres, que llevan sobre sus hombreras el honroso distintivo de oficial rebelde o de oficial de milicia, es un hombre que sabe cuál es su destino (Aplausos); y que cada soldado del Ejército Rebelde de esas unidades que ustedes vieron desfilar aquí hoy; y que cada miliciano de esos batallones especiales de combate, cuyo volumen de fuego es equivalente al volumen de fuego de una división entera en la última guerra (Aplausos), son hombres que saben cuál es su destino; y que los hombres y mujeres honrados y dignos de este país son hombres y mujeres que saben cuál es su destino (Aplausos); y cada uno de los miles de Brigadas Juveniles son jóvenes que saben cuál es su destino, y cada uno de los maestros y maestras que por ahí desfilaron son hombres y mujeres que saben cuál



ès su destino; y cada uno de los obreros que aquí desfiló, o que no desfiló aquí porque estaba en una trinchera, y cada uno de los obreros que aquí están, y cada uno de los hombres de vergüenza de este país, son hombres que saben cuál es su destino (Aplausos).

Ese es el destino que hemos escogido, y es un destino que no admite alternativas. Por eso, esperemos confiados y alertas, esperemos serenos y firmes. El peligro que se cierne sobre la Patria no acobarda, sino que enardece al pueblo (Aplausos). Esperemos confiados, esperemos confiados cualquier eventualidad; por criminal y traicionero que pueda ser el zarpazo, no nos intimida. Viviremos días de peligro, de verdadero peligro, y la responsabilidad no será sólo de esta Administración, sino que será también del Presidente electo en los Estados Unidos, porque si ellos creen, si ellos creen que van a descargar la responsabilidad sobre la Administración actual, nosotros denunciamos que cualquier agresión no se llevaría nunca a cabo sin la complicidad de los nuevos gobernantes elegidos por los Estados Unidos (Aplausos).

Nosotros esperamos de la nueva Administración algunas rectificaciones; nosotros sabemos que las circunstancias políticas del mundo y las circunstancias del cambio que va a tener lugar en los Estados Unidos, obligan a la nueva Administración a una política más sensata y más serena si no quiere llevar al mundo a una verdadera hecatombe y a un holocausto apocalíptico (Aplausos).

Nosotros corremos hoy los mismos peligros que corre el mundo, los mismos riesgos que corre el mundo, y el mundo corre los riesgos de una guerra, y el mundo sabe quiénes son los que siempre están llevando a la humanidad al borde de una guerra atómica, y son muchos los puntos donde esos enemigos de la humanidad y de la paz han creado zonas de conflicto, y la humanidad tiene derecho a albergar la esperanza de que un mínimo de sensatez conduzca a los nuevos responsables de la política de los Estados Unidos a una actitud más cuerda y más sensata, porque ningún interés, y mucho menos los intereses bastardos de los monopolios, los intereses egoistas y repugnantes de los monopolios, justifican que la humanidad viva en medio de la zozobra y en medio de la pesadilla que le plantea las consecuencias de una guerra; el mundo tiene derecho a esperar que haya un mínimo de sensatez en esos hombres, y el mundo tiene derecho a esperar que estos dieciocho días transcurran sin que la podrida dirigencia de la actual administración lleve a los Estados Unidos ¡al más criminal, al más vergonzoso, al más cobarde y al más repugnante de sus actos! (Aplausos).

Nosotros hemos aceptado todas las contingencias de esta lucha; nosotros, serenamente, estamos prestos a afrontar lo que sea necesario afrontar. Por tanto, para nosotros no hay camino incierto, todos los caminos para nosotros, es decir todo lo que nos conduce o nos espera en el futuro, es cierto; porque nosotros nos hemos trazado una línea y cualquiera que sea nuestro destino, será siempre un gran destino, porque grande es el destino de los pueblos que triunfan ¡y grande es el destino de los pueblos que saben morir antes que aceptar la derrota! (Grandes Aplausos).

Nosotros jamás seremos vencidos. Para los que defendemos una causa justa ¡la derrota no existe! (Aplausos).

Y junto con el destino de nuestro país, estarán jugando con el destino del mundo, estarán poniendo en riesgo el destino de la humanidad. La humanidad seguirá adelante, de éso nadie puede dudar; el hombre vencerá sobre el mal, la humanidad vencerá sobre todas las injusticias. Lo que no se sabe cuál será el precio, cuánto le costará su victoria, qué le harán pagar a la humanidad las fuerzas retrógradas y reaccionarias del mundo por su triunfo, el cumplimiento de sus esperanzas; cuánto le cobrarán a la humanidad, es lo que la humanidad mira hoy con verdadera incertidumbre, y que la humanidad ve con justificada preocupación, y lucha, por que no le hagan pagar un precio verdaderamente holocáustico por su ascenso a un mundo sin colonias, ¡a un mundo sin esclavos, a un mundo sin explotados y a un mundo sin explotadores! (Grandes Aplausos).

La humanidad triunfará, nadie lo dude, sea cual fuere el precio, y no basta más que mirar hacia la historia para comprender que los que en el mundo actual actúan como están actuando los guerreristas, los provocadores, están inexorablemente, inexorablemente, condenados a la derrota, como estuvo condenado el fascismo y estuvo condenado el nazismo, pero le cobraron a la humanidad un precio muy alto.

¡Y ojalá que haya en esos hombres que de alguna manera influyen en las decisiones de los Estados Unidos el mínimo de sentido común que lleve a la humanidad, que quiere la paz y que no quiere guerra, un poco de esperanza! (Aplausos).

Y el destino del mundo está en juego en estos momentos, y una agresión a nuestro país, como encontraría una resistencia tenaz y prolongada, sería una agresión al mundo, ¡que no nos dejará solos! (Aplausos). Porque sabemos que no estamos solos, porque sabemos, y estamos seguros, de que una agresión imperialista a Cuba los llevaría a su propia destrucción. Mas, sin embargo, ¡nosotros no queremos que se suiciden a costa nuestra! (Aplausos).

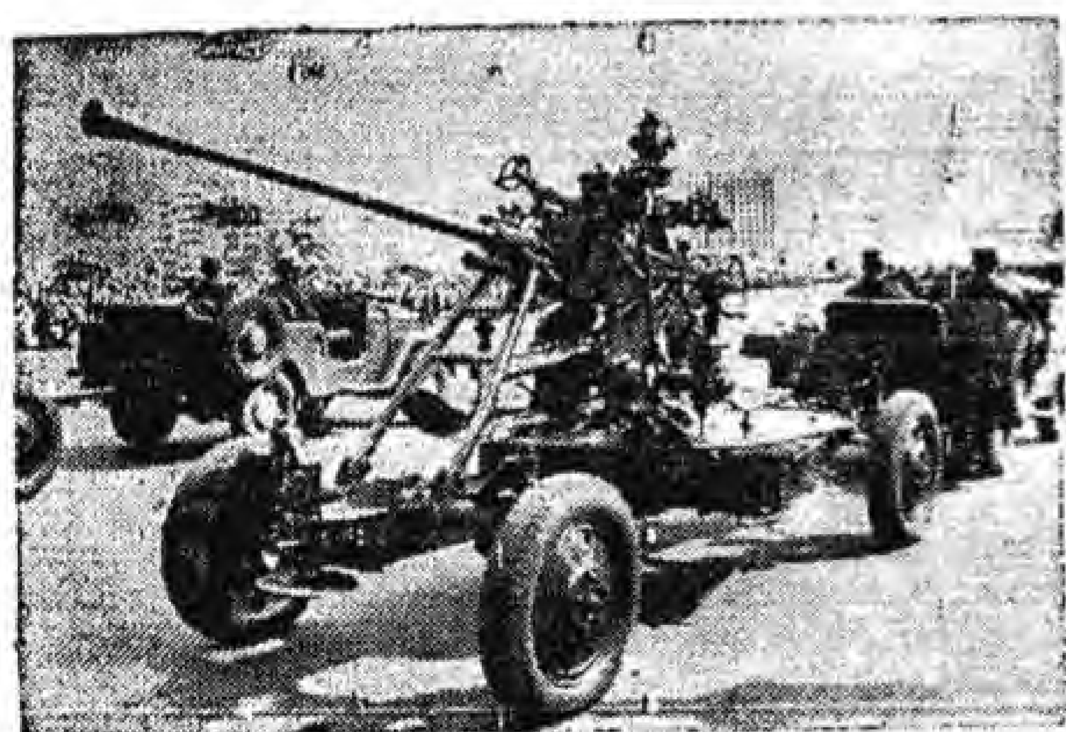
Y no pensamos solamente en Cuba, que sería egoista, pensamos también con tristeza en los sacrificios que una agresión a nuestro país implicaría para otros pueblos; los peligros que pueda implicar para la humanidad, porque por encima de los hombres, de los individuos, están las naciones, ¡y por encima de las naciones está la humanidad! (Aplausos).

Por eso, hoy, al marcharnos para nuestras casas, o para nuestros puestos, debemos llevar el sentimiento de que estamos viviendo un minuto trascendental de la historia de nuestro país y de la historia del mundo, y llevémonos la convicción de que nuestra consigna de ¡PATRIA O MUERTE! es no sólo una consigna en nombre de la Patria, ¡sino también en nombre de la humanidad!

(Ovació

SEGUNDO ANIVERSARIO





R



